

DEBERES



J. Renard.

B 13.000

CIRKASIO FERERIO
DE
LTRA. Y CIO.
Secretaria

22 FEB 1927

22 FEB 1927

CENTRO DE DOCUMENTACION
MANUALES ESCOLARES
UNIATLANTICO

DEBERES

MÉTODO COMPLETO DE LECTURA

DEBERES

POR

DON JOSÉ DALMÁU CARLES

Profesor Normal,

Ex Director del Grupo Escolar de Gerona

NUEVA EDICIÓN.— APROBADA PARA TEXTO

LIBRO CUARTO

El mejor libro es el que más enseña

Lecturas educativas

Poesía

Ejercicios de reflexión

Ejercicios de Lenguaje

100 grabados



1933

DALMÁU CARLES, PLA. S. A. — EDITORES

GERONA · MADRID

Es propiedad.

Queda hecho el depósito prevenido por la Ley.

Talleres Dalmáu Carles, Pla. S. A. — Girona

TABLA DE MATERIAS

	<u>Pág.</u>		<u>Pág.</u>
Dedicatoria	7	Las manzanas.	68
A nuestros comprofesores	9	Excélsior	73
DIOS	12	Un niño observador	75
I. Debemos conservar la vida	14	La ambición	78
II. No debemos desesperanzar jamás	18	El tabaco	82
III. Hay Providencia	20	Trabajar para su daño	87
IV. No hemos de entregarnos a la desesperación	23	<i>Ejercicio de reflexión</i>	89
<i>Ejercicio de reflexión</i>	25	LA SOCIEDAD	91
La primera lección	27	Una lección elocuente	93
LA FAMILIA	29	La verdad sospechosa	96
Antes madre que reina	31	Dos amigos.—I. Riña	96
El buen consejo	34	Dos amigos. — II. Reconciliación	99
Nochebuena feliz	37	La paciencia	102
Lucas el ciego	40	A una niña.	107
Los viejos	43	Kilín, el ciego	109
Buena hermana	46	La abnegación de Manolo.	113
Manolito y su criada	49	Ingratitud (Fábula).	117
<i>Ejercicio de reflexión</i>	51	La fuente y la mariposa	120
EL INDIVIDUO	55	El trabajo	122
Lo que hace el mal amigo	57	El rasgo de Luisa	125
Fábula	60	Locura y reflexión	129
El tío Cuco	62	El farol y la estrella (Apólogo)	132
El tesoro de Jacinto	65	Quien mal anda	134
		Cura prodigiosa	138
		Consecuencias naturales	141

	<u>Pág.</u>		<u>Pág.</u>
La modestia	144	Méndez Núñez	166
A un pobre.	145	Dos almas notabilísimas	171
Un héroe	148	La voz del patriotismo .	176
<i>Ejercicio de reflexión</i> .	151	LA NATURALEZA . . .	179
Gratitud	154	El sueño del campo . .	181
LA PATRIA	155	Las golondrinas	185
Gloria española	159	La primavera	187
Canción de esperanza .	165	Léxico	189

A la memoria del ilustrado
inspector de Primera Enseñanza

Don Ricardo Tena y Ruiz

*Testimonio de admiración y gratitud al
sabio Maestro, al funcionario celosísimo, al
malogrado amigo del alma.*

El Hutor

A NUESTROS COMPROFESORES

En los libros primero, segundo y tercero de nuestro MÉTODO COMPLETO DE LECTURA que llevamos publicados — *El Camarada, Infancia y Lecciones de Cosas* — así como en los dos primeros libros complementarios de dicho método — *El Primer Manuscrito* y *El Segundo Manuscrito* — hemos procurado que, además de las condiciones puramente didácticas y de sugestión, los asuntos escogidos para fondo contribuyan poderosamente a conseguir los fines inmediatos que las obras de esta clase deben realizar en la escuela: la educación y la instrucción enciclopédica del niño.

Claro está, pues, que los libros que todavía debemos dar a luz para completar nuestro MÉTODO, han de estar inspirados en la misma racional tendencia; y como la edad y los conocimientos adquiridos por aquéllos a quienes van dedicados permiten ya, ahora, un estudio más metódico y formal de las materias en virtud de las cuales se realizarán los altos fines que se han mencionado, hemos creído conveniente que el fondo del *libro cuarto de nuestro Método* sea esencialmente educativo, como será esencialmente instructivo el del *libro quinto*, el cual, Dios mediante, no tardaremos a ofrecer a nuestros estimados amigos y compañeros.

Nada más a propósito que el estudio de los *deberes* del hombre para escribir un libro de índole educativa, y de ahí, sin duda, el que algunos autores hayan elegido, como nosotros, esta materia para diluirla en las páginas de un librito con destino a la niñez.

Si el fondo de este nuestro *cuarto libro* no ofrece novedad, intrínsecamente considerado, creemos que sí la tiene en cuanto a forma, al lenguaje que empleamos para dar al niño las ideas que han de asimilarse y en lo que toca a la sugestión necesaria, a fin de que la simple contemplación del libro invite al alumno a leer y le incite a discurrir.

El fondo de DEBERES lo constituyen los seis principios siguientes, que integran la vida espiritual del hombre civilizado: *Dios*, la *Familia*, el *Individuo*, la *Sociedad*, la *Patria* y la *Naturaleza*. Dentro de cada uno de estos grandes principios, hemos elegido los puntos más culminantes dando relieve al *deber* que su esencia entraña, procurando siempre que la exposición y el lenguaje sean los más a propósito para estimular la actividad infantil.

Ojalá hayamos acertado en nuestra difícil empresa.

Y si otra cosa no fuese posible, acepten nuestros dignísimos compañeros el buen deseo que nos ha guiado y el testimonio, tantas veces reiterado, de la profunda gratitud que nuestra alma les conserva.

J. D. C.

Gerona, 10 de marzo de 1906.

D I O S

Debe de existir un poder creador de la vida. Él ha animado los mundos, esas estrellitas que relucen en las noches claras sobre nuestras cabezas; Él ha encendido, dándole fuerza, vigor y hermosura, cuanto vemos en torno nuestro: desde lo más pequeño a lo más grande, cuanto alcanzan los ojos y los sentidos hiere, obra suya es. Pero no creáis, sin embargo, que se ha entretenido en hacer cada cosa aisladamente, levantando aquí montañas sobre los valles y allá, islas sobre las aguas del mar. No: su inteligencia soberana, infinita, infunde, en la Naturaleza, su soplo y lo somete a las leyes fatales, de conjunto armónico, que determinan y conservan; renovándola incesantemente, la maravillosa máquina del Universo, en el tiempo y en el espacio sin fin.

Y lo mismo que, con su suprema voluntad, Dios ha dado ser a tantas cosas grandes, a tantas cosas bellas, ha dado ser a nosotros dotándonos de un principio imperecedero, de la vida inmortal. Somos hijos de Dios en es-

píritu, y en ese espíritu, que no destruye la muerte, le debemos amor y le debemos respeto a la vida.

Leyes de atracción son las que conservan el universo físico; leyes de amor son las que alientan a las almas; pero debéis tener entendido que estas leyes, lo mismo en el orden físico que en el moral, no producen la destrucción ni el odio, sino la conservación de la vida. Y así los soles, en su vertiginoso rodar por los espacios, no chocan, no rompen el universal equilibrio; así las almas, que crea Dios perfectibles, deben caminar ascendiendo y ensanchando las órbitas de la cultura y de la virtud. *

* CONVERSACIÓN.—¿Debe de existir un principio creador?—¿Cómo se manifiesta en la naturaleza?—¿Cómo nos ha dado el ser a nosotros?—¿Qué debemos a Dios?—¿Qué leyes rigen el universo físico?—¿Qué obligaciones ineludibles tiene el hombre durante su vida?— LENGUAJE: ¿Qué significa la palabra *Vigor*?... *Vigorizar*.— Los *sentidos*; ¿cuántos sentidos tenemos? *Injundir*...— *Perecedero*: ¿lo contrario?— *Atraer*... *Atracción*.— *Físico*, universo *físico*.— *Vértigo*... *vertiginoso*.— *Equilibrio*: ¿lo contrario?— *Ascender*... *ascendiendo*.— *Cultura*... *culto*.— *Dar culto*.

I

Debemos conservar la vida

Caminaba cierta vez un viejo por la orilla de un río caudaloso, con paso lento, pero seguro. Sus rasgos fisonómicos revelaban dulzura, nobleza de ánimo, alegría y contento de vivir. Aunque pobremente vestido, todo era en él agradable, y aunque un poco encorvado por el peso de los años—que muy bien frisarían en los sesenta—nada acusaba en él flaqueza, debilidad, cansancio ni fatiga.

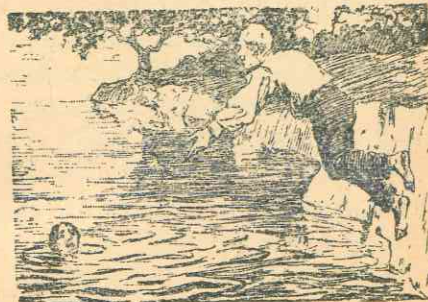
Lucía un sol espléndido de primavera perfumada. La campiña empezaba a embellecerse con sus galas de risueños matices, y allá, hacia el límite del horizonte, se dibujaban los vaporosos jugueteos de la luz.

Deteníase el anciano de vez en otra, para contemplar aquel hermoso cuadro de la Naturaleza. Decía su pensamiento: «¡Bendito Dios, y cuán pródiga es tu mano! ¡Cómo convida a vivir esta naturaleza, que es obra tuya!»

Aquel viejo, pues, amaba la vida, cuando ya tocaba su existencia casi en los linderos de la muerte.

De pronto, al volver un recodo del camino, donde el río formaba remanso, detúvose viendo agitada la corriente por el bracear de un hombre—un semejante suyo—que luchaba por sostenerse a flote con terrible desespero.

Y no pensó el anciano en el peligro, ni se entretuvo en medir sus fuerzas. No hizo más que descalzarse y desprenderse del chaquetón, para caer en el agua y asir al individuo. Sus energías y su voluntad poderosa, ayudáronle a poner sobre el ribazo aquella víctima... ignoraba de qué.



No hizo más que descalzarse y desprenderse del chaquetón para caer en el agua y asir al individuo

No tardó en saberlo. Tratábase de un joven paliducho, elegantemente vestido, con la faz rugosa, síntoma de vejez prematura por sinsabores de la existencia, por vicios quizás. Reanimado tras breves manipulaciones, exhaló el joven un fuerte suspiro, y, dándose cuenta de su situación, exclamó de allí a poco:

—Ignoro quién es V. Comprendo que me ha salvado; le doy gracias por su sacrificio, pero ha hecho V. mal.

—¿Cómo puede ser mal lo que es un bien?
—replicó el viejo admirado.

—Porque yo no quería vivir, y ha contrarrestado V. mi voluntad.

—¿Ha tenido V. deseo de morir? Pues Dios, que crea la vida, no ha permitido que triunfe el propósito de destrucción. Tal vez

por esto me he encaminado por estas floridas riberas, en el preciso instante en que usted trataba de destruir su vida.

Oyendo este lenguaje, confesó el joven sus culpas. Extrañado de que se le hablara de aquella manera, dijo que él no entendía así la vida; que sólo comprendía una existencia llena de las bienandanzas que las riquezas proporcionan; que estaba solo, sin padres ni parientes, y que, agotada su fortuna, la vida para él era insostenible.

Interrumpió el viejo:

— Debe V. de tener unos veintiocho años; yo cumplí los sesenta y dos. Si soy yo quien se ahoga, seguramente no habría tenido V. fuerzas para salvarme.

— Es verdad — contestó el joven — es verdad, nos habríamos ahogado los dos.



— Yo he cumplido con las leyes de la Naturaleza; he respetado la ley de Dios

do siempre la ley de Dios que nos obliga a trabajar. ¿Por qué quiso usted morir? Porque suponía que acababa de una vez con todos sus

— Ha perdido V. en la ociosidad, el tiempo y las fuerzas. Yo, después de trabajar mucho, no las he agotado; he cumplido con las leyes de la Naturaleza, he respetado

padecimientos. ¿Y con qué derecho? No hay derecho que no se corresponda con un deber. Tiene V. derecho a la existencia, luego tiene el deber de respetarla; para tener derecho a atentar contra ella, ¿qué deber invocará usted?

Calló el viejo; reflexionó el joven breves segundos, y repuso al cabo:

— ¡Pero nadie me ha enseñado lo que es el deber!

— Por eso atentó V. contra su vida; porque no sabía que debe amarla; y que sólo Dios, que se la dió, es Quién puede señalar su fin.

Y trabando al joven del brazo, siguió a lo largo de los senderos confortando aquel espíritu que en pique estuvo de sumirse en las neblinas de la obcecación.

PRECEPTOS MORALES

1.º *Tenemos el deber ineludible de conservar la vida.*

2.º *El desgraciado que atenta contra su existencia, desprecia el beneficio más grande que ha recibido de Dios. **

* CONVERSACIÓN. — ¿Quién caminaba por la orilla de un río? — ¿Qué se ha observado en este viejo? — ¿Qué presenció el viejo inesperadamente? — ¿Qué hizo? — ¿Qué le dijo el joven después de verse salvado? — ¿Qué reflexiones le hizo el anciano? — ¿Por qué quiso este joven quitarse la vida? — ¿Cómo había vivido? — ¿Le habían enseñado sus deberes? — ¿Qué preceptos debemos tener presentes? — LENGUAJE: ¿Fisonomía... rasgos fisonómicos? — Flagelar. — ¿Qué es senectud? — Explíquense los períodos de la vida del hombre: infancia, juventud, edad viril, senectud. — Vapor, vaporoso. — Remanso. — Palidez, paliducho. — Vejez prematura? — Trabajar... trabar del brazo. — Sumirse. — Obcecación... obcecado.

No debemos desesperanzar jamás

No habían caminado mucho viejo y joven, cuando éste sintióse desfallecido. Fortuna que su acompañante le sostuvo, y que además, sentándose sobre un montón de tierra endurecida, le acomodó en su regazo y le abrigó con el chaquetón, única ropa de que le era posible disponer.

Más sirvió el calorillo de los brazos que otra cosa; pues el viejo estrechaba al enfermo como si se tratase del hijo de su corazón.

Al fin salió el joven de aquel ligero desmayo, y murmuró débilmente:

— ¡Padre!

— No tienes padre — dijo el anciano — no tienes el padre que, por razón de parentesco material, te dió la vida. Y sin embargo, al volver de tu sopor, lo primero que se te ocurre es invocar tan dulce nombre. Bien sabes que murió tu padre, y al padre llamas en el momento de la tribulación. ¿Por qué? Porque en lo más íntimo, en tu alma, está la conciencia de que es Dios tu padre espiritual.

— Ignoro — contestó el joven — quién es V.; pero sus palabras llegan a mi entendimiento con fuerza extraordinaria.

— Soy un hombre como tú, con la única diferencia de que conozco mis *deberes* y los practico; que creo que existe Dios y Le amo. Del río te saqué; queriendo morir como que-

rías, no contaste, al sumergirte en las aguas, con el instinto que nos impulsa, por ley natural, a conservar la existencia. No muriendo de pronto como era tu voluntad decidida, la Naturaleza te hizo bracear, sostenerte, subir a la superficie, buscando aire para tus pulmones. Todo esto lo hacías inconscientemente, pero obedeciendo a una ley natural que nos impulsa, aun contra nuestra voluntad, a conservar la vida.



— Bien sabes que murió tu padre, y al padre llamas en el momento de la tribulación

— ¡Ay de mí! Quizás sí habré infringido deberes que me son desconocidos.

— Indudablemente. Faltaste a uno de tus primeros deberes, que es la conservación de la vida. Las leyes de la Naturaleza son, en este punto, inexorables, y la justicia de Dios, tan grande, que cada delito lleva aparejada su pena. Debes saber, al mismo tiempo, que todos los seres disponen de medios para defenderse contra los peligros, a fin de que la vida no se agote, y que la Naturaleza obra obedeciendo las prescripciones eternas, allí donde claudica la humana voluntad. Buscabas tú la muerte; la Naturaleza, en virtud de esas leyes eternas, te imponía la vida. ¿Lo entiendes ahora?

— Sí, sí; el hombre no tiene derecho a destruir su vida; pero no entiendo por qué hace usted lo que hace.

— Muy sencillo — repuso el viejo: — porque debemos practicar el bien por amor de Dios.

PRECEPTOS MORALES

1.º *Ten siempre vivo el amor a Dios y será esto siempre un freno para tus pasiones.*

2.º *Las leyes de la Naturaleza justifican el inmenso poder de Dios.* *

III

Hay Providencia

Andando con mucha fatiga, a pesar de lo que se esforzaba el viejo para que pudiera resistirla el joven, llegaron a un cruce por donde solían pasar algunos carros.

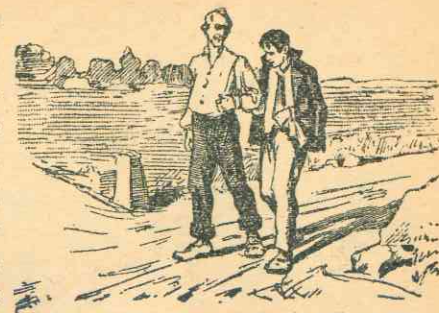
— Siéntate nuevamente y descansa; no hay casas por estos lugares. Se conoce que escogiste un sitio muy apartado para morir.

— No lo escogí, llevóme a él la desesperación.

— ¿Lo ves? Fácil te hubiera sido cometer este crimen en el momento que decidiste hacerlo y en el sitio donde tomaste la resolución fatal. Sin embargo, Dios

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué hizo el anciano para reanimar al joven? — ¿Qué dijo el joven al reponerse? — ¿Qué observaciones le hizo su salvador? — ¿Llegó a convencerle? — ¿Por qué obró así el anciano? — ¿Qué preceptos debemos tener presentes? — LENGUAJE: *Desfallecer... desfallecido.* — *Sopor...* Volver de un *sopor.* — *Invocar...* invocación. — *Sumergirse...* sumergido. — *Consciente...* ¿Lo contrario? — *Inexorable.* — *Aparejar...* Aparejado.

quiso que te apartaras de la ciudad. ¿Para qué? Para que respiraras a plenos pulmones; para que el espectáculo de la vida apartase de tu imaginación la idea de muerte.



Llegaron a un cruce por donde solían pasar algunos carros

Y has visto los campos risueños esponjados, alegres; y has visto la hermosura de los árboles recubiertos de hojas; la de los arbustos en flor, mecidos amorosamente por las auras y las brisas; y has visto el vuelo y revuelo de los pájaros, lanzando, en su charla y en sus píos, himnos gozosos a la alegría de ser, de vivir. La Naturaleza ponía todo eso delante de tus ojos para que el espectáculo de la vida creada por Dios influyera en tu ánimo y destruyera sus negruras.

— ¡Negruras! dice V. bien. Yo corría, corría sin ver la luz, sin fijarme en nada. ¡Y si V. no llega a tiempo...!

— Había de llegar. Siendo yo viejo como soy, conservo más fuerzas que tú, que erés joven, cosa que parece inverosímil; pero era necesario que fuese así, ya que había de llegar a tiempo para salvarte. Todo esto, que, acaso te parezca pura casualidad, yo lo tengo por providencial. ¿No crees en Dios?

— Sí... creo; pero aún agradeciéndole el

auxilio que, por mediación de V., me ha prestado, siento que no me dejase morir. ¿Qué será de mi vida? ¿Cómo salir de los apuros? Más aún: me siento débil; no se ve refugio a la vista;



— Todo viene en nuestra ayuda

fugio a la vista; no puedo seguir caminando, y mi agonía será más espantosa. Temiendo el viejo que la debilidad complicara la situación, le acomodó cuidadosamente entre sus brazos. En esto, se oyó el sonar de unas campanillas, y el buen anciano exclamó convencidísimo:

— Todo viene en nuestra ayuda.

Efectivamente, a poco pasaba un cochecito, y su dueño consintió en que subieran los dos caminantes. Con mantas se abrigó al enfermo, y, al cabo de media hora, se le hospedó en una quinta, donde fué atendido convenientemente. Cuando el viejo vió al joven fuera de todo peligro, díjole estas sencillas palabras:

— ¡Convéncete, amigo mío, de que hay Providencia!

PRECEPTOS MORALES

1.º *Jamás dudes de la Providencia.*

2.º *Cuando el hombre se abandona a la desesperación, es despreciable, porque pierde su dignidad de hombre. **

* CONVERSACIÓN. — Andando el anciano y el joven ¿a dónde llegaren?

IV

No hemos de entregarnos a la desesperación

Aguardó el generoso anciano que su amigo estuviese bien reposado, para seguir su plática cariñosa.

— Ha sido la voluntad de Dios, y debes respetarla. Dichosos, hijo mío, los que oyen la voz de la conciencia. Ella es el guía más seguro para llegar al conocimiento del deber. Escucha, escucha tu conciencia atentamente, y te parecerá despertar de un sueño prolongadísimo; sentirás cómo naces a una nueva vida. La Providencia quiso que no murieras porque en ti hay voluntad poderosa, y tú serás un hombre útil. ¡Vaya si lo serás!

— Pero repito a V. que ignoro como vivir en adelante. Porque V., que tan inmensos beneficios me ha prestado, por las trazas no es rico, y a mí me faltarán medios hasta para procurarme un mendrugo de pan cuando V. me abandone.

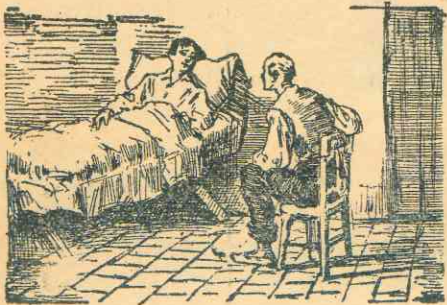
El viejo sonrió.

— ¡Cuán engañado estás! Soy pobre, efectivamente; pero, como he vivido siempre de

— ¿Qué hicieron? — ¿Qué reflexiones continuó haciendo el viejo al joven? — ¿Cómo dijo el joven que se había dirigido al río? — ¿De qué trató el anciano de convencerle? — ¿Qué temores abrigaba el joven? — ¿Qué vino en su auxilio? — ¿Dónde quedó el joven instalado? — ¿Qué le dijo entonces su salvador? — ¿Qué preceptos debemos recordar? — LENGUAJE: Respirar a plenos pulmones. — Esponjado... ¿campos esponjados? — ¿Qué es un arbusto? — Díganse arbustos. — Auras y brisas. — Himno. — ¿Providencia? providencial. — ¿Qué es una quinta? — ¿Convencerse? Convencimiento. Convencida.

mi trabajo y he podido, gracias a él, subsistir, rico me considero. Nada tienes tú: mas en cambio no te faltarán fuerzas, que es el único capital que la Naturaleza te concede, y no necesitas otro. Que vivas es la voluntad de Dios; que trabajes es el mandato de Dios. Pobre soy, repito; pero de momento, ya que con nada cuentas, no te faltará lo necesario.

— ¡Es que yo no puedo ni debo vivir a costas de V.!



— Es que yo no puedo ni debo vivir a costas de V. exclamó el joven en un arranque de noble orgullo

— exclamó el joven en un arranque de noble orgullo.

— Claro que no. Sólo consistirá mi obra, en completar la de salvarte la vida y traerte hasta aquí,

donde hemos encontrado gentes hospitalarias. Tú eres joven y debes trabajar; yo mismo te ayudaré en la empresa de dar ocupación a tus facultades.

— ¡Trabajaré! exclamó el joven con impulso de energía, levantando el cuerpo apoyado en los almohadones.

— Trabajarás y laborarás y serás útil a tus semejantes. El trabajo y el amor te abrirán las puertas de la vida.

PRECEPTOS MORALES

1.º *Quien no es útil a sí mismo y a sus semejantes, no cumple con sus deberes para con Dios y para con los hombres.*

2.º *El hombre debe ser fuerte para resistir todas las contrariedades.* *

La primera lección

Carpintero era José que es oficio honrado y bueno, y a Jesús, al buen Jesús enseña a ser carpintero: — Ante todo has de elegir árbol que crezca derecho, que el que creció a la ventura viciado estará por dentro; no los escojas de arroyo, que en el regalo vivieron; búscalos en monte altivo, combatidos por los vientos; si labrar un tronco intentas, descortézalo primero: que es a veces la corteza capa de grandes defectos, y árbol que anidó carcoma sólo para el fuego es bueno.

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué dijo el anciano a su amigo, cuando éste estuvo más reposado? — ¿Qué le contestó el joven? — ¿Cómo destruyó el anciano su preocupación? — ¿A qué se negaba el joven? — ¿Qué le contestó el viejo para convencerle? — ¿Realizó su propósito? — ¿Qué le contestó el viejo para acabar de animarle y convencerle? — ¿Qué preceptos debemos recordar? — LENGUAJE: ¿Plática?... platicar. — Aparentar... aparentemente. — Consumar. — Quebrantar. — Subsistir... subsistencias. — Vivir a costas de otro? — Hospitalario... hospital. — Gentes hospitalarias? — Energía... enérgico. — ¿Lo contrario de enérgico? — Laborar... labor.

Sonriendo escucha Jesús,
y a José le dice luego:
— ¡Cuánto árbol, por mal cuidado,
torció el destino primero!
Yo haré que derechos crezcan
señalándoles el cielo;
yo su fuerza aumentaré
al soplo del sufrimiento;
yo les daré nueva vida
con la savia de mi ejemplo:
con mi sangre fecundante
regaré el árido suelo;
y, arrancando de las llamas
los que hoy son pasto del fuego,
en el jardín de mi Padre
sombra darán y consuelo. *

MELCHOR DE PALÁU

* CONVERSACIÓN. — ¿Quién es el autor de esta poesía? — ¿Qué nombre toma el hombre que hace poesías? — ¿Y si es una mujer? — ¿Quién era José? — ¿Qué oficio tenía? — ¿Qué enseñó a Jesús? — ¿Qué árboles le dijo que debía elegir? — ¿Por qué? — ¿Qué quería decir José con estas expresiones: *árboles del arroyo; árboles que vivieron en el regalo; árboles combatidos por los vientos; árboles en que anida la carcoma?* — ¿Qué le contestó Jesús? — Explíquese qué significan estas frases contestadas por Jesús: *árboles mal cuidados; hacer que crezcan derechos los árboles mal cuidados; el jardín de mi Padre.* — ¿Cómo dijo Jesús que haría buenos a los hombres? — LENGUAJE: ¿Crecer a la ventura? — ¿Estar viciado por dentro? — ¿Descortezar? — ¿Carcoma? — ¿El destino? — Torcer el destino? — ¿Soplar? — ¿Soplo? — ¿La savia? — ¿Fecundar... fecundante? — ¿Suelo árido?



LA FAMILIA

¡Cuánto no puede el hombre! ¿Verdad? No hay obstáculo que resista a su mano poderosa, ni fuerza que no dominen su ingenio y su talento. Él perfora las montañas, salva las distancias con velocidades asombrosas, aprisiona el rayo, cruza los mares, se eleva hasta las nubes y domina a los animales más feroces.

Pero, si esto es ciertísimo, no lo es menos — queridos míos — que el hombre es, en su infancia, el ser más débil de la creación. No bien abre los ojos a la luz, el tierno infante necesita cuidados tan asiduos y prolijos, que el menor descuido puede ser causa de su muerte.

¿Cuántas atenciones no necesitan vuestros hermanitos? El calor, el frío, el hambre, la sed y mil enfermedades y peligros, no parece sino que acechan constantemente para arrebatarles su existencia preciosísima. Y ved a vuestros padres en lucha continua contra esa legión de males, no pensando siquiera en su propia salud, trabajando incesantemente para conseguir la realización de sus dos únicas aspiraciones: *Salvar vuestra vida, asegurar vuestro porvenir.*

Antes madre que reina

Érase cierta vez, mis queridos niños, una reina gentil, y érase en aquellos tiempos fabulosos en que las hadas paseábanse por bosques y praderas.

La reina estaba muy afligida de no tener hijos.

Paseando un día por el campo, vió a una mujer pobre, miserable, sentada al sol y acariciando a su chiquitín.

Halagada la criatura por las caricias de la madre, sonreía y azotaba, con sus tiernas manecitas, el rostro de la mimosa mujer.

Ésta se lo comía a besos, diciéndole frases dulces.

La reina, que lo oía embelesada, se dijo de pronto:

— ¡Le llama rey! ¿Y por qué no ha de ser príncipe?

Y, adelantándose, exclamó:

— Buena mujer: según parece, pasas mucha miseria; el niño no está muy robusto, y es lástima, pues, bien criado, sería hermosísimo.

— Buena señora — contestó la pobre — otras mujeres podrían cuidarle mejor; pero no con el amor inmenso con que yo lo hago.



Buena mujer: según parece, pasas mucha miseria

Dudó un instante la soberana; mas al fin, dijo resuelta:

— Soy la reina, y, si consientes en darme a tu hijo, te colmaré de tesoros.

— Buena reina — repuso la mendiga llorando — tú no querrás que yo sea la más infeliz de las mujeres. ¿Separarme de este hijo de mis entrañas? ¡Es mío y muy mío!

Y le estrechaba con tanta fuerza, que el niño, dolorido, se puso a llorar.

La reina se alejó suspirando.

En esto, se presentó a la soberana un hada preciosísima, ataviada con manto de oro que parecía tejido con hebras de sol.

— El goce maternal — le dijo — es el más puro de todos los goces; no se compra ni se vende; lo da la Naturaleza, lo da Dios. Si te hubieras llevado al niño, habrías hecho a su madre más infeliz de lo que tú eres.

— ¡Oh, hada querida! Debe ser muy hermoso tener un hijito, ver sus sonrisas, amamantarle y mirarnos en el puro azul de sus inocentes ojos.

— Pues oye: con esta condición te haré dichosa. Tienes que amamantarle tú, aunque te cueste los más grandes sacrificios.

— ¡Oh, buena hada, así lo haré, aunque deba convertirme en mendiga!

* * *

Cuando, al año siguiente, empezaban a florecer los almendros, el rey y la reina tenían su hijito heredero.

No podéis imaginaros, queridos niños, la alegría de aquella dama.

Pero la rigurosa etiqueta palatina exigía que el vástago fuese criado a otros pechos. La reina se negó diciendo:

— ¡Soy su madre y he de ser su nodriza!

Viendo el rey que sus palabras eran inútiles, la repudió.

Pocos días después salía de palacio, y la antes poderosa señora llevaba una vida miserable; pero era feliz acariciando a su hijo y diciéndole:

— ¡Rey mío, príncipe de la Luna y del Sol!



¡Rey mío, príncipe de la Luna y del Sol!

* * *

No creáis, queridos niños, que estos dos ejemplos de amor maternal no se repitan en la vida. Aquí, en España, durante el reinado del caballeroso D. Amadeo, ocurrió que, paseando su virtuosa esposa, se encontró con una pobre mujer que no podía alimentar a sus hijos.

La entonces reina de España era nodriza de los suyos, y, viendo llorar al pequeñuelo, le cogió y le llevó a su pecho.

Entonces se adelantó un palaciego y le expuso, respetuosamente, que no debía obrar así.

La mujer de Don Amadeo I contestó con estas sublimes palabras:

—Antes que reina soy madre.

PRECEPTOS MORALES

1.º Debemos a nuestra madre nuestro corazón y nuestra vida.

2.º Sé agradecido a los autores de tus días: jamás podrás satisfacerles una pequeña parte de lo mucho que les debes. *

El buen consejo

Tres meses hacía que el padre de Mariano se hallaba postrado en cama.

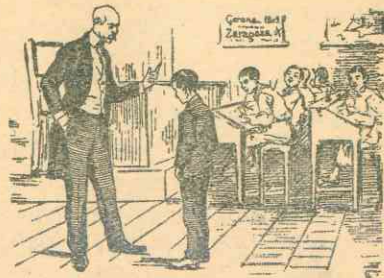
Durante este tiempo, el chiquillo pasaba las horas muertas enredando en la calle.

Muchos días dejaba de ir a la escuela, y, cuando iba, siempre debía ser amonestado y reprendido por el maestro.

—¿No comprendes—decíale Don Pablo— que, si tu padre se entera, va a tener un gran disgusto y puedes ser causa de que se agrave? Solamente hacen eso los malos hijos, que no tienen amor ni respeto a sus mayores.

* CONVERSACIÓN. — ¿Por qué estaba afligida la reina? — ¿Qué vió? — ¿Cuándo? — ¿Qué se propuso la reina? — ¿Qué le contestó la mujer pobre? — ¿Qué hizo entonces la reina? — ¿Quién se le presentó? — ¿Qué le dijo? — ¿Qué prometió el hada a la reina? — ¿Se cumplió la promesa? — ¿Cuándo? — ¿Qué sucedió a la desventurada reina? — ¿Qué ejemplo histórico de amor maternal se cita? — ¿Qué opináis de esta acción de la reina? — ¿Qué preceptos debemos recordar? — LEXICAJE: ¿Tiempos fatuosos...? — Halagar... halago... halagado. — Hada? — Embeleso... embelesar... embelesada. — Mentigo; ¿lo contrario? — ¿Etiqueta? — Palacio... palatino... palaciego.

Mariano prometía enmendarse, y cumplía regularmente durante algún tiempo; pero no tardaba en volver a su reprehensible conducta.



—Solamente hacen eso los malos hijos, que no tienen amor ni respeto a sus mayores

Don Pablo se vió precisado a expulsarle de la escuela.

El padre de Mariano falleció, y, como la enfermedad había agotado todos los ahorros, la infeliz viuda no tuvo más remedio que ponerse a trabajar.

La mala conducta del niño aumentaba las penas de la desgraciada mujer, que vivía muriendo de pesadumbre.

Cierto día, D. Pablo encontró a Mariano y le dijo:

—¿No te avergüenza que tu pobre madre se esté matando por ti? Los disgustos que le das y las penalidades que sufre, no tardarán en llevarla a la sepultura. Y entonces ¿qué será de ti? ¿quién te dará el pan que ahora comes?

La dulzura con que D. Pablo hizo la reprensión, emocionó al muchacho, y aquel día, en vez de ir a jugar, erró pensativo por el pueblo.

A la mañana siguiente, se fué a un taller mecánico donde se solicitaban aprendices, y entró resueltamente en él.

Gustóle al dueño el despejo del niño, y le tomó por su cuenta.

Nada dijo Mariano en casa: tenía su idea.

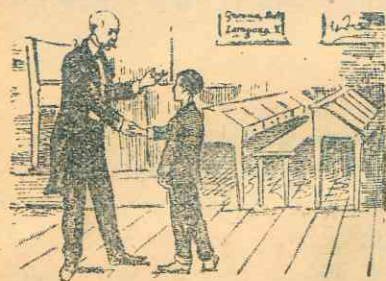
La madre, que estaba fuera todo el día, y que ya no amonestaba a su hijo porque creía que todo aviso hubiera sido infructuoso, no había reparado en el cambio de Mariano.

Nada cobró éste la primera semana; pero a la segunda, señaláronle jornal, y guardóse aquellas tres monedas de plata haciendo un nudó en el pañuelo.

Entonces Mariano se presentó al Maestro, y le habló así:

— Don Pablo, aquí tiene V. esto, lo primero que he cobrado, para que me compre libros.

No podré venir de día; pero si V. quiere en-



Bien, chico, bien; continúa así, y serás hombre

señarme, no faltaré un ratito todas las noches.

Admirado don Pablo, hízose explicar aquel fenómeno, y cuando supo toda la verdad, abrazó a Mariano y le dijo:

— Guarda ese dinero y llévalo a tu madre. Bien, chico, bien; continúa así, y serás hombre. No sabes la alegría que me das.

Al cabo de un mes, Mariano ganaba una peseta diaria.

Un año después, su madre no tenía que

trabajar, y, pasado algún tiempo, poníase Mariano al frente de aquel taller en calidad de mayordomo.

* * *

Han pasado seis años. El dueño del taller ha fallecido, y sus herederos han traspasado la casa a Mariano, al honrado mayordomo, que no piensa más que en el cumplimiento de su deber y en proporcionar a su madre una vejez tranquila.

PRECEPTOS MORALES

- 1.º Procura escuchar siempre el buen consejo.
- 2.º Sé laborioso, que el trabajo dignifica y enriquece. *

Nochebuena feliz

¿Qué tiene Adolfo tan enfadado y hosco?

Hace más de una hora que se halla en aquel rincón, casi en cuclillas, fruncido el ceño.

Atareada la madre, no se había fijado aún, y no era extraño, porque ¡válganos con el tráfico de aquel día!

Como que en aquella casa congregábanse,

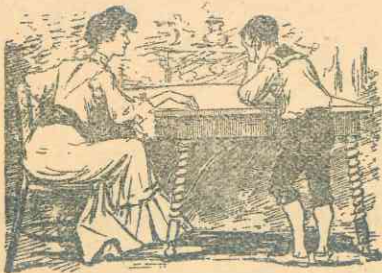
* CONVERSACIÓN. — ¿Qué vida llevaba Mariano? — ¿Quién le amonestaba y reprendía? — ¿A qué se vió obligado D. Pablo? — ¿Qué desgracia experimentó Mariano? — ¿Varió por esto de conducta? — ¿A qué se vió obligada la madre de Mariano? — ¿Qué dijo un día D. Pablo a Mariano? — ¿Qué efecto produjeron las palabras del buen maestro? — ¿Qué hizo Mariano al cobrar su trabajo por vez primera? — ¿Cuál fué su conducta en lo sucesivo? — ¿Cómo vió recompensado su noble proceder? — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿Hallarse postrado en cama? — ¿Las horas muertas? — ¿Agravarse? — ¿Quiénes son nuestros mayores? — Pesar... pesadumbre. — Emoción... emocionar... emocionado. — ¿Adolescente? — ¿Fenómeno? — ¿Mayordomo?

en torno de la mesa, todos los parientes la Nochebuena, y érase allí, verdaderamente, noche solemne de paz y de amor.

Una de las veces que la madre pasaba dando órdenes, reparó en el niño y se detuvo:

—¿Qué tienes?— preguntó a Adolfo.—¿Te has peleado con tus primitas?

—No, mamá—repuso el niño.—¿Sabes lo que ocurre? Que yo no cenaré esta noche.



¿Qué tienes? ¿Te has peleado con tus primitas?

—¿Cómo, hijo mío? ¿Te ha castigado papá?

—No, mamá, pero yo no probaré bocado, porque el abuelito no lo probará tampoco.

—Pues, ¿qué le pasa? Este mediodía estaba muy bien.

—Ya sabes, mamá, que el abuelito suele estar triste porque papá y el tío Anselmo no son amigos. Pero hoy lo está mucho más porque el tío, la tía y su Merceditas no cenarán con nosotros, y siempre habían celebrado la Nochebuena en esta casa. Yo también estoy muy triste, mamá. ¿Por qué no son amigos papá y el tío Anselmo?

—¡Hijo de mi corazón!— exclamó la madre conmovida.—¡Si papá te hubiera oído! Pero no, no digas nada a papá, ni al abuelo tampoco. Anda, ve corriendo a casa del tío An-

selmo y di que papá les espera a todos para cenar. Tú te vienes con ellos.

Adolfo echó a correr como pájaro al que sueltan las alas.

Llegado el momento de la cena, todos los parientes se hallaban reunidos, menos el tío Anselmo y su familia.

El abuelo, que estaba meditabundo, preguntó de repente, encarándose con su hijo:

—¿Dónde está el niño? ¿Le has castigado?

En esto, se abrió la puerta y penetraron Anselmo y los suyos; aquél, llevando a Adolfo de la mano.

—¡Abuelito!—gritó el niño—te traigo al tío Anselmo. Papá ya le quiere. ¿Verdad, papá?

El padre, emocionado, se adelantó, alargó la mano a su hermano y besó amorosamente al buen Adolfo. Y el abuelo, al ver la inesperada reconciliación de sus dos hijos, con voz sofocada por la emoción, les dijo estas palabras:

—En este día, se deben olvidar y perdonar todos los agravios. Era la primera vez que en esta casa no se hacía así, y yo me habría muerto de pena. Hijos míos, no olvidéis nunca estas palabras de Jesús: «Amaos los unos a los otros».

PRECEPTOS MORALES

1.º *La bondad de corazón triunfa de todos los obstáculos: sed siempre buenos.*

2.º *Debemos amar a nuestros semejantes y, singularmente, a nuestros parientes y allegados. **

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué iba a celebrar esta familia? — ¿Cómo celebraban la Nochebuena? — ¿Quién estaba acongojado? — ¿Por qué? —

Lucas el ciego

Ved ahí cuán triste es la historia del ciego Lucas, ese pobre viejo que anda, a lo mejor, sin lazarillo y sin perro por las calles.

Muchos años atrás, muchos, pues pasa ahora de los sesenta, érase un muchacho como vosotros.

Pertenecía a una de las casas más ricas del lugarejo más próximo.

Tenía el entonces Luquitas, una abuela, anciana respetable, bondadosa si las hay entre todas las abuelas que adoran a sus nietos; pero la buena señora, por su mucha edad, caminaba penosamente y de poco le servía el báculo. Había menester de un brazo en qué apoyarse.

A Luquitas le encargaba su papá, muchas veces, que acompañara a la abuela a dar un paseo: no sólo porque aquél tenía ocupaciones urgentes, sino para corregir un defecto reprehensivo en su hijo.

Y sí que lo era; reprehensible y muy feo.

Obedecía refunfuñando y hacía, de muy mala gana, aquella obra tan hermosa de prestar fuerza a la ancianidad, de darle un reflejo de nuestras alegrías, que es como darle un rayito de sol.

Los viejos, niños míos, tienen tristezas y

¿Cómo se supo la pesadumbre del abuelo? — ¿Era justificado su pesar?
 ¿Por qué lo era? — ¿Cómo hicieron las paces el papá de Adolfo y su hermano Anselmo? — ¿Qué les dijo el buen abuelo? — ¿Obró bien la madre de Adolfo? — ¿Por qué, sí? — Preceptos morales. — LENGUAJE.
 ¿Qué es la Nochebuena? — ¿No probar bacardol? — Meditar... medita bundo. — ¿Lo contrario de olvidar? Olvidadizo.

desconsuelos que vosotros no conocéis, y les alegran los juegos inconscientes, las risas locas de los niños.



Por otra parte, pocos son los abuelos que no quieren a sus nietos, con pasión más grande de lo que quisieron a sus propios hijos.

— ¡Muchacho, ven acá! — decía la anciana adelantando un paso tras otro, penosamente

Yo os digo esto, para que comprendáis cuánto respeto y cariño debéis al viejecito de la casa.

Pues bien, volviendo al ciego Lucas, ocurrió un día que, paseando por los alrededores de la quinta, dejó abandonada a su abuela y se puso a corretear.

— ¡Muchacho ven acá! — decía la anciana adelantando un paso tras otro, penosamente.

Lucas no hacía caso.

— Luquitas, hijo mío, no corras así que puedes caerte — continuaba la pobre vieja con ternura.

Pero no fué Lucas quién perdió el equilibrio, sino la anciana.

Como veía poco, se enredó con una zarza próxima al camino, y dió de bruces.

Hubo necesidad de que acudieran los de casa y la transportasen en una silla. El resultado fué que la abuelita no pudiera moverse libremente, en el año escaso que le restó de existencia.

Y ved ahora que ese ciego, que antes tenía unos ojos muy grandes y abiertos, como los tenéis vosotros, y no quería sustentar la en deblez de su abuela, necesita, para ir de acá para allá, que le guíe un lazarillo, otro pequeño como él lo era entonces.

Y ved también que era rico y hoy es pobre, y no puede pagar lazarillo que le acompañe.



El viejo Lucas, es ciego y tan pobre que no puede pagar lazarillo que le acompañe

¿Queréis saber la causa de sus desdichas? Os la diré: Su falta de amor al trabajo le hizo perder cuanto poseía, y sus vicios le ocasionaron la ceguera.

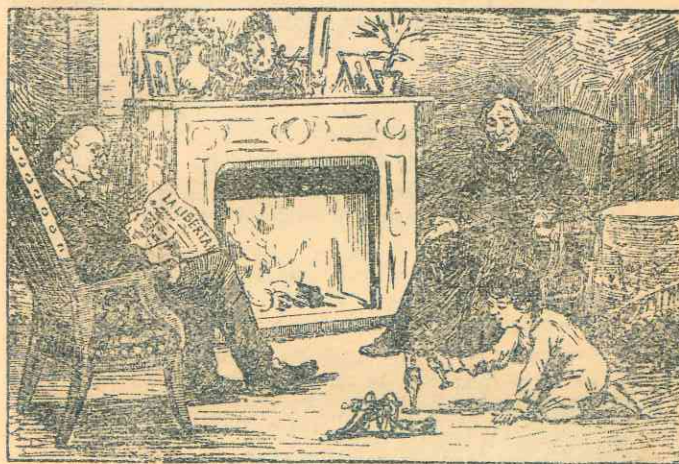
¡Cuánto sufre hoy el pobre Lucas, y cuán arrepentido debe de estar de la conducta que observó con su infeliz abuela!

Porque él, viejo y achacoso, necesita quien le guíe y sostenga, como su abuelita necesitaba de él, cuando Lucas era Luquillas. Luego, debemos prestar todas nuestras fuerzas a los abuelitos: lo uno, por sus años, que más tarde tendremos nosotros, y además porque, amándoles entrañablemente, correspondemos a los sacrificios que por nosotros hacen nuestros padres.

PRECEPTOS MORALES

1.º El niño debe querer y respetar a su abuelo, que le consagra ternura de niño grande.

2.º Los abuelos han sido nuestro sostén cuando nosotros éramos débiles: justo es que les prestemos nuestras fuerzas cuando necesitan de nuestro apoyo. *



Los viejos

1. ¿Qué piensan esas frentes tristes y heladas, Inclinas al suelo trémulamente? ¿Qué piensan esas frentes apenumbadas Al crepúsculo frío del Occidente?

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué sabemos del ciego Lucas? — ¿Qué conducta observaba con su abuelita? — ¿Qué otros defectos tenía? — ¿Qué desgracia ocasionó el proceder del niño Lucas? — ¿Faltaba gravemente este muchacho? — ¿Por qué? — ¿Qué debemos a los abuelos? — ¿Por qué? — ¿Cuál es la situación de Lucas? — ¿Por qué causa? — ¿Debe sentir remordimientos? — Preceptos que debemos recordar. — LENGUAJE: ¿Historia? — ¿Lo contrario de historia? — ¿Lazarillo? — ¿Urgente? — ¿Re-nieto? — ¿Lo contrario de nieto? — ¿Báculo? — ¿Urgente? — ¿Re-luntnar? — ¿Quinta? — ¿Endeblez? — ¿Achaquet? — ¿Achacoso?

2. Son los viejos: los pobres viejos temblones,
Melancólicos viejos contemplativos,
Que tienen lacerados los corazones
Y están siempre cansados y pensativos.
3. Son los pobres ancianos que tienen frío,
Que tienen siempre sueño y están callados,
Que hablan con un acento dulce y sombrío
Y miran con los ojos medio cerrados.
4. Son las últimas tristes flores tardías
Del árbol de la vida que se deshojan,
Son flores amarillas sin alegrías
Que todos los inviernos al suelo arrojan.
5. Los viejos se acurrucan junto a la lumbre.
Tienen miedo del frío, miedo del viento,
Y viven en la inercia y en la costumbre
Con la tristeza fija de un pensamiento.
6. Pasean los jardines por la mañana,
Toman el sol de invierno que les caldea,
Aman la voz amiga de la campana
Que les llama a la dulce misa de aldea.
7. Tienen gratos recuerdos que les halagan
En sus horas de triste monotonía.
Y, al amor del recuerdo, los pobres vagan
Por el pasado lleno de lozanía.
8. Todo es triste en los viejos octogenarios.
Tan cerca ven la muerte siempre temida;
Cuando están cabizbajos y solitarios,
Piensan cuán velozmente pasa la vida.

9. Casi ninguno ríe, todos suspiran;
Sólo los abuelitos están risueños
Cuando, junto a los nietos, absortos miran
La alegría y el juego de sus pequeños.
10. ¡Pobres viejos temblones que tenéis frío!
Padres de nuestros padres, ¡pobres abuelos!
Sentaos a la vera del amor mío,
Que es lumbre que os protege de vuestros hielos.
11. Somos los nietos vuestros que tanto os quieren;
Somos el calor vuestro, vuestra alegría;
Cuando todos os dejan, todos os hieren;
Somos vuestro consuelo, vuestra energía.
12. Los viejos se consuelan infantilmente;
Mas luego miran tristes la lejanía
Pensando, al sol que muere por Occidente:
— ¡Ay! ¿Quién verá mañana la luz del día? *

J. ORTIZ DE PINEDO

* CONVERSACIÓN. — (Léase cada cuarteta y pregúntese respectivamente:)

1. ¿Qué preguntamos de los viejos? — 2. ¿Quiénes piensan? — ¿Qué viejos piensan? — 3. ¿Qué tienen los viejos que piensan? — ¿Cómo hablan? — ¿Cómo miran? — 4. ¿Qué son los viejos? — 5. ¿Dónde se acurrucan los viejos? — ¿Por qué? — ¿Cómo viven? — 6. ¿Qué hacen los viejos? — ¿Qué aman? — 7. ¿Qué recuerdan los viejos? — 8. ¿Por qué están tristes los viejos octogenarios? — ¿Qué piensan cuando están solos y cabizbajos? — 9. ¿Cuándo están contentos? — 10. ¿Qué se suplica a los viejos? — ¿Para qué? — 11. ¿Qué son los nietos para con los abuelos? — ¿Qué son más? — ¿Cuándo? 12. ¿Se consuelan los viejos? — ¿Cómo? — ¿Es duradero su consuelo? — ¿Qué piensan cuando el sol va a su ocaso?

LENGUAJE: ¿Penumbra? — ¿Apenumbrado? — ¿Crepúsculo? — ¿Melancolía... melancólico? — ¿El corazón lacerado? — ¿Acento sombrío? — ¿Vivir en la inercia? — ¿Monotonía? — ¿Octogenario? — ¿Cabizbajo? — ¿Mirar absorto? — ¿Sentarse a la vera de...? — ¿Lejano... lejanía? — ¿El Occidente?

Buena hermana

No tenía Inesilla más allá de trece años, y como la salud de su madre era, tiempo hacía, delicadísima, la niña debía atender a todos los quehaceres de la casa.

Era Inés una mujercita, y daba gusto verla tan diligente, tan afanosa para con sus padres y sus hermanitos.

Éstos eran chiquitines y, naturalmente, necesitaban cuidados especiales y un caudal inagotable de cariño, que sólo, parece, puede atesorar el corazón de una madre. Sin embargo, cuantos conocían a la buena Inés, sabían que sus hermanos poseían el inapreciable tesoro de una segunda madrecita.

Los cuidados de la ciencia no pudieron contener los progresos de la enfermedad, y la desgraciada señora falleció, sumiendo a su familia en pesar amargo.

— Inés, hija mía — le dijo su papá sin poder contener las lágrimas que brotaban de sus ojos — por la memoria de esta santa que nos deja para siempre, sé una verdadera madre para tus hermanos; que yo no deba pensar jamás en que otra mujer les atienda y acaricie.

— Yo sabré cumplir con mis deberes, padre mío — le contestó Inés arrojándose a sus brazos.

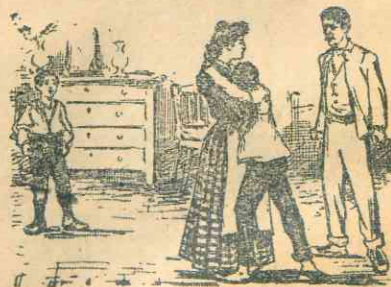
* * *

Pasaron tres años sin que Inés desmayase un solo instante, sin que la niña dejase de cumplir, con creces, la promesa que hizo a su papá ante el frío cadáver de su madre. Jamás se vió una familia mejor atendida; jamás niña alguna ha sabido prodigar a sus hermanitos tanto cariño, tantos cuidados y consuelos. Inés era la admiración de todo el pueblo, sobre todo desde que fué público y notorio que sus hermanos eran ingratos con su afanosa madrecita, a pesar de las amonestaciones de su papá.

Cierto día, Alfonso, el mayor de ellos, tuvo el atrevimiento de golpear a la joven, de quien tantos beneficios recibía. El padre, indignado, hubiera descargado sobre él un castigo ejemplar, si la buena Inés no hubiese intercedido en favor del culpable.

— ¡Ingrato! ¡Ingrato! — le dijo el padre.

— No tienes perdón de Dios si tu alma no siente el remordimiento. ¡Agradece a tu santa hermana que no haya debido daros una madrastra! ¿No recuerdas a tu madre?



— ¡Perdón, perdón, Inés! — sollozó Alfonso

¿No la quieres todavía? ¿Quieres que te maldiga desde el cielo?

— ¡Perdón, perdón, Inés! — sollozó Alfonso abrazando a su bondadosa hermana.

Y la buena niña *castigó* al arrepentido, depositando en su frente un beso amorosísimo.

PRECEPTOS MORALES

1.º *La ingratitud es una falta aborrecible que nunca queda sin castigo.*

2.º *Nada más digno de alabanza que el arrepentimiento firme y sincero.* *

* CONVERSACIÓN. — ¿De qué niña hemos hablado? — ¿Cuáles eran sus ocupaciones? — ¿Por qué? — ¿Qué desgracia experimentó la familia? — ¿Qué suplicó su padre a Inés? — ¿Qué demostró el padre con esta súplica? — ¿Correspondió la niña a los deseos de su papá? — ¿Por qué? — Los hermanos de Inés, ¿eran agradecidos? — ¿Qué sucedió cierto día? — ¿Qué dijo el padre al ingrato Alfonso? — ¿Cómo obró, entonces, Alfonso? — ¿Y la buena Inés? — Preceptos morales. — LENGUAJE: *Caudal* de cariño: ¿qué significa, aquí, la palabra *caudal*? — *Acaudalado*. — ¿*Tesorero*? — ¿*Tesorera*, *tesorería*? — ¿*Atesorar*? — ¿Lo contrario de *amargo*? — ¿*Interceder*? — ¿*Madrastra*?

Manolillo y su criada

No podéis imaginaros una casa tan risueña y feliz como la casa de D. Manuel.

En ella, todo es paz y armonía.

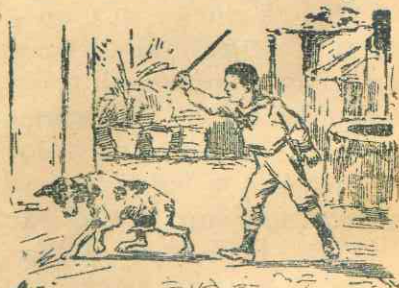
Las costumbres de la familia son, verdaderamente, patriarcales.

Nada falta en aquel cuadro hermoso: el abuelito, fuerte aún, de barbas blancas, en que enredan sus dedos los chiquitines, mientras les entretiene contándoles cuentos deliciosos; la madre hacendosa, en cuyo rostro están marcados suavemente la bondad y la ternura; la criada que cuidó de D. Manuel cuando éste vino al mundo, y no salió nunca de allí.

En fin, que aquello es un verdadero paraíso con todos sus encantos.

El único ser que hace fruncir el ceño, de cuando en cuando, a D. Manuel, es el primogénito, por ciertas manifestaciones de orgullo y crueldad que nota en su carácter.

Si no se entretiene persiguiendo mariposas, coge gusarapos, atormenta lagartijas, pesca algato y lo tira sobre las narices del perro, ata una sartén a la cola de éste, o da un baño



Manolillo se goza martirizando a los indefensos animales

ruso al felino. Manolillo se goza martirizando a los indefensos animales.

Además, hace llorar a sus hermanos; es irrespetuoso con el abuelo y altanero y cruel con la criada, a quien hace sentir, constantemente, su inferioridad y humilde condición.

—¡Aquí no hay criados!— díjole un día, indignado, su papá.—Teresa me llevó en brazos y te llevó a ti. Le debes agradecimiento por lo que te ha servido, y respeto por sus años. El criado, por otra parte, es un individuo más de la familia, y como tal debe tratarsele.

* * *

Ha transcurrido algún tiempo.

¿Qué ocurre, ahora, en casa de D. Manuel, en aquella casa antes tan apacible?

Todo es transtorno y angustia en ella. El abuelo está en un rincón con la cabeza baja; la madre llora; D. Manuel se pasea dando zancadas por el piso.

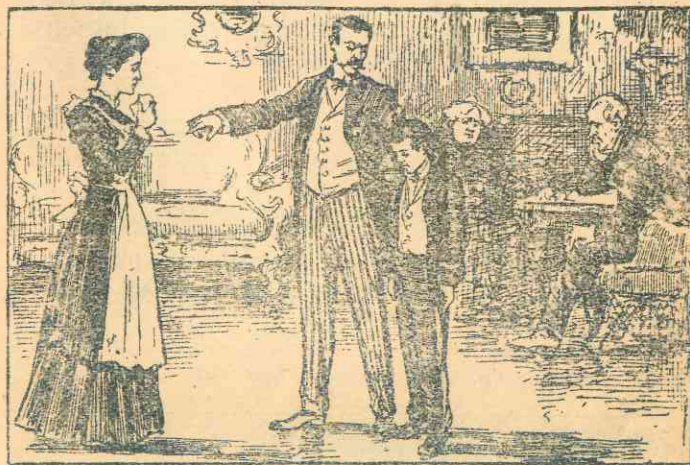
¿Qué es ello? ¿Cómo aquella casita blanca, tan alegre, tan llena de sol, está, ahora, tan triste y ennegrecida?

D. Manuel ha experimentado grandes pérdidas en sus negocios; sólo le quedan la casita y el predio, y habrá que vender la casa si no apronta una importante cantidad.

Hasta Teresa, la buena y fiel Teresa, que conocía todos los secretos de la familia, hacía dos días que faltaba de la casa, y este acontecimiento acrecentaba la intranquilidad de todos.

En esto se presenta la criada y dice:

— Señorito, perdone si me he ido sin pedirle permiso; es la primera vez en mi vida. Vengo del pueblo y de casa del notario donde yo tenía todos mis ahorros. Vea V.



— Ya lo ves, hijo mío, como no podemos ser orgullosos con los que nos sirven

Y la buena mujer entregó una nota del notario que importaba veinte mil pesetas.

Era la salvación, mas D. Manuel se negó a recibir aquel dinero.

— Pero, D. Manuel: ¿para qué me sirve? Si nos echan de esta casa, yo me moriré enseguida. Ha sido siempre mi casa, y no podré vivir en otra.

D. Manuel vacilaba todavía; mas tuvo que ceder ante las súplicas y lágrimas de aquella mujer bendita.

Entonces, el buen señor, cogiendo de la mano a Manolillo, le dijo, lleno de emoción:

—Ya lo ves, hijo mío, como no podemos ser orgullosos con los que nos sirven. Besa los pies a Teresa: es justo agradecer a los que trabajan por nosotros, los males que nos evitan.

Y en aquella casita blanca, sigue luciendo todavía el sol de la felicidad.

PRECEPTOS MORALES

1.º *Los tesoros pueden agotarse. Lo que no se agota nunca es la riqueza del corazón. Sed nobles y generosos.*

2.º *Debemos tratar a los inferiores con cariño, pues todos somos, igualmente, hijos de Dios. **

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué pasaba en la casa de D. Manuel? — Describid la dicha de aquella familia. — ¿Qué preocupaba solamente a don Manuel? — ¿Qué instintos se descubrían en Manolillo? — ¿Qué hacía? — ¿Qué le dijo cierto día su papá? — ¿Qué ocurrió tiempo después? — ¿Cómo se salvó la casa de la ruina? — ¿Qué lección dió D. Manuel a su hijo? — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿Casa risueña? — ¿Lo contrario de risueño? — ¿Costumbres patriarcales? — ¿Hacendoso? — ¿Frunir el ceño? — ¿Primogénito? — ¿Altanero? — ¿Lo contrario de altanero? — ¿Pasearse dando zancadas? — ¿Predio? — ¿Notario...? — ¿Notaria? — ¿Notariado?

EL INDIVIDUO

Hay muchos deberes que el hombre bien educado ha de cumplir consigo mismo para llenar noblemente su misión en el mundo.

No sólo tenemos la obligación de ser útiles a los demás, sino que también, a nosotros mismos; pues, sin hacerlo así, careceríamos de la fuerza moral y física que requieren el ejercicio de la existencia y el disfrute de la vida.

Para vivir en sociedad y recibir los beneficios que esto produce, es indispensable que cada individuo sea un miembro vigoroso, sano, inteligente y que dirija todos sus actos al bien.

Cada uno de nosotros es rueda de la máquina universal; formamos parte de la familia, como la familia forma parte de la sociedad; como la sociedad, en conjunto, forma el género humano.

Siendo humanos, debemos ser sociables; siendo sociables, debemos amar a la familia; amando a la familia, es preciso que hagamos de nuestro individuo un ser equilibrado.

Pero al propio tiempo, debemos tener presente que no se trata de cuidar de nosotros en

forma perjudicial para nuestros semejantes. Entonces seríamos lo contrario de lo que debemos ser: seríamos egoístas.

Este peligro se salva cumpliendo los deberes que el hombre tiene para sí, regulados por la conciencia.

Es nuestro organismo una máquina maravillosa, construída por un arquitecto sublime, Dios; pero no olvidemos que Dios, poniéndola tan fina en nuestras manos, nos impuso el cargo de maquinista; es decir, el deber de conservarla y de manejarla en modo y manera que cumpla sus fines, según la voluntad divina, encaminada siempre al bien. Dios quiere el bien de todos: el bien de nuestro prójimo y nuestro propio bien.

Por eso dijo Jesús: «No deseéis para los demás lo que no queréis para vosotros mismos». *

* CONVERSACIÓN. — ¿Por qué tiene el hombre deberes para consigo mismo? — ¿Qué necesitamos para vivir en sociedad? — ¿Cómo debe considerarse cada uno? — ¿Qué deberes nos imponen la humanidad, la sociedad y la familia? — ¿Y nuestros semejantes? — ¿Cómo debemos obrar para no ser egoístas? — ¿Quién nos enseñó cómo debemos obrar con nuestro prójimo? — ¿Cuándo? — LENGUAJE: ¿Hombre noble? — ¿Noblemente? — ¿Carecer? — ¿Lo contrario de *carecer*? — ¿El género humano? — ¿Qué quiere decir *hombre equilibrado*? — ¿Egoísta? — ¿Lo contrario de *egoísta*? — ¿Arquitecto? — ¿Por qué llamamos a Dios *arquitecto*?

Lo que hace el mal amigo

Niño más estudioso y modosito que Felipe, no lo buscarais en la clase de D. Facundo; criatura más obediente, no la hallaríais en todas las casas de la población.

Pero tenía una flaqueza Felipito: era blando de carácter con exceso, y esto hacía que entre sus camaradas no tuviese voluntad propia; que siempre fuese tiranizado por todos ellos y que en los juegos llevase la de perder, o sea la más dura y peor parte.

Sin embargo, no se quejaba nunca, pues sentía verdadera pasión por los amigos.



— Hemos de hablar de algo, amigo mío.
¿Quieres que vaya un cuento?

D. Facundo, que le quería como a todos sus discípulos, y a él señaladamente a causa

de esta debilidad, que podría acarrearle graves trastornos en el curso de su vida, llevóle una tarde de paseo por las cercanías.

Dejó D. Facundo que Felipe juguetease largo largo, y cuando vió que tomaba asiento junto a él, le dijo cariñosamente el buen maestro:

— Ahora que ya te has distraído saltando como una cabrita retozona, hemos de hablar

de algo, amigo mío. ¿Quieres que vaya un cuento?

— ¿Un cuento? — exclamó Felipe con alegría y curiosidad. — ¡Oh! sí, Don Facundo, y que sea bonito.

— Pues, señor, (y aunque va de cuento no lo es, que cosas pasan en la vida que sólo lo parecen) éste era que se era Juan el trabajador, así llamado por su incansable laboriosidad. Porque has de saber que Juan poseía saneada fortuna en campos de regadío, y a pesar de poderse dar vida descansada, vida de señor, veíasele constantemente en sus tierras, confundiéndose entre sus trabajadores, ayudándoles y animándoles con el ejemplo, tanto como con las muestras que les daba de su bondad. Excuso decirte cómo le querían y respetaban todos.

Y sucedió que, de repente, el buen Juan cambió de vida. Sólo de tarde en tarde daba un vistazo por viñedos y plantíos, y siempre preocupado y presuroso.

¿Qué le ocurría al amo? — decían los jornaleros. — Nadie sabía a qué atribuir un cambio tan repentino e inesperado.

Pues, ya verás.

Había simpatizado con un joven de su misma edad, que, aunque hijo del pueblo, no tenía en él deudos ni bienes. Ricardo, que así se llamaba, vivía desde chiquillo en la capital de la provincia, y a la sazón pasaba en su pueblo natal una larga temporada de verano. El tal Ricardo era un muchacho fino, muy cui-

dadoso de su persona, elegante, alegre y decidido. Lo que te enseñará, al final de este cuento, que no debemos fiar en apariencias.

Ello fué que Ricardo y Juan entraron en íntimas relaciones; que Juan, poco a poco, fué abandonando sus quehaceres por el trato del amigo, y que los consejos y el ejemplo de éste lo pudieron todo.

Empezó Juan a pasar largas temporadas en la ciudad sin otra ocupación que pasear, divertirse y gastar dinero, y no le cayó la venda de los ojos hasta que, al año o casi así, se vió envuelto en un negocio de Ricardo y además, en un proceso.

Del proceso pudo salir bien, gracias a que se probaron su buena fe y su honrada conducta; del negocio, vendiendo la mayor parte de sus fincas. Ricardo fué a presidio, y Juan estuvo a punto de perder su reputación y de quedarse en la miseria.

Calló un instante D. Facundo, y Felipe interrumpió el silencio diciendo:

— ¡Oh que mal hombre y qué mal amigo debía ser el tal Ricardo!

— ¡Sí, muy malo! Por eso antes de confiarnos a un amigo, hemos de ver si es hombre bueno. Tú no eres prudente y a todos te con-



Ricardo fué a presidio

fías, sin pensar que el afecto que prodigas puede perjudicarte. El hombre necesita la amistad, porque está creado por Dios para el trato con sus semejantes; pero no olvides que no conviene entregar el corazón y, con él, la fortuna y la reputación, al primero que nos seduce y acaricia.

Las palabras de D. Facundo quedaron tan grabadas en la mente de Felipe, que, desde entonces, sin ser uraño ni retraído, sólo consideró como amigos verdaderos a quienes, por sus virtudes y lealtad le dieron repetidas pruebas de merecerlo.

PRECEPTOS MORALES

1.º *Nada más hermoso que la amistad, cuando es noble y verdadera.*

2.º *Debemos ser muy cuidadosos en la elección de amigos, pues de esta elección pueden depender la honra y la fortuna.* *

Fábula

De un monte en la verde falda
y uno del otro no lejos,
sus duras ramas al aire
extendían dos almendros.

Uno silvestre y erguido,
de amargo fruto cubierto,
y otro doblando sus ramas
de su dulce fruto al peso.

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué buenas cualidades tenía Felipe? — ¿Y qué defecto? — ¿Qué hizo su maestro para mejorarle? — Explíquese la historia que D. Facundo relató a su discípulo. — ¿Qué consecuencia sacó el buen maestro de lo sucedido al confiado Juan? — ¿Aprovechó la lección a Felipe? — ¿Por qué? PRECEPTOS MORALES. — LENGUAJE: ¿Modosito? — ¿Tener una flaqueza? — ¿Blando de carácter? — ¿Lo contrario de blando? — ¿Presentir? — ¿Retozar? — ¿Fortuna sañeada? — ¿Plantío? — ¿Nuestros deudos? — ¿Caer la venda de los ojos? — ¿Verse envuelto en un proceso? — ¿Prodigar? — ¿Pródigo? — ¿Lo contrario de prodigo?

En una tarde de otoño,
según cuentan los labriegos,
airados ambos arbustos
una disputa tuvieron.

— “¿De qué te sirve el cultivo —
dijo al segundo el primero —
si con él nunca has logrado
tener más fruto que tengo?
Nunca mis ramas cercenan;
jamás remueven mi suelo,
y todos los años doy
tallo, flor y fruto nuevo.”

— “Es verdad — dijo el segundo —;
crecimos a un mismo tiempo,
tú, libre y abandonado,
yo, cultivado y sujeto.

Por mi tronco y por mis ramas
correr dulce savia hicieron,
mientras vicioso follaje
ostentabas tú altanero.

Por eso es tu fruto amargo
y el mío es dulce por eso,
 viniendo tú a ser inútil,
cuando yo a ser útil vengo.”

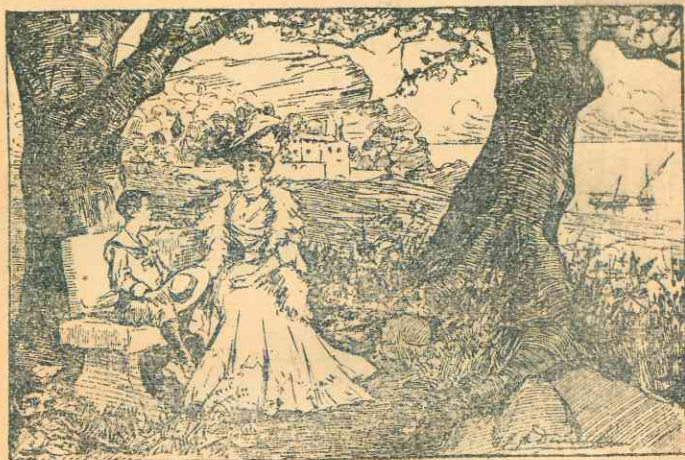
De entonces en las colinas
diz que murmuran los vientos:
*Las almas que no dirijan
la educación y el consejo,
amargos frutos al mundo
darán cual silvestre almendro.* *

J. A. BIEDMA

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué es una fábula? — ¿Quién es el autor de ésta? — ¿Quiénes hablan en esta fábula? — ¿Dónde? — ¿Qué diferencia existe entre ambos almendros? — ¿Qué pretendía el de fruto amargo? — ¿Qué le contestó el otro? — ¿A quién representa el primer almendro? — ¿Y el segundo? — ¿Qué viene a enseñarnos esta fábula? — ¿Qué debe, pues, procurar el hombre? — ¿Para beneficio de quién debe procurarlo? — LENGUAJE: ¿La falda de un monte? — ¿Silvestre? — ¿Lo contrario de silvestre? — ¿Qué es el otoño? — ¿Las estaciones? — ¿Cercenar? — ¿Qué es el tallo? — ¿Cultivado? — ¿Lo contrario de cultivado? — Cultivar... cultivo. — ¿La savia? — ¿Vicioso? — ¿Lo contrario? — Altanero... altanería.

El tío Cuco

Ernesto había ido de veraneo a la «Casita Blanca», pintoresca quinta edificada entre el monte y el mar, en un rincón hermoso de la Naturaleza, apacible y dulce. Ernesto fué allí por consejo del médico, a fin de reponerse de una grave dolencia que había puesto su vida en inminente peligro.



La Casita Blanca

La solicitud de su madre y el aire puro saturado de gratos olores que llevaba la brisa hasta los albares, confundiendo con los sanos olores de los pinos, fortalecieron prontamente, vigorizaronle.

Jamás se sintió tan bien, tan alegre y campechano. Henchíanse sus pulmones, confortábase su espíritu.

¡Habíais de verle trepando por las laderas recargadas de verdes palmitos o solazándose en la arena de la playa, que recortaban caprichosamente las mansísimas olas. Estaba encantado de aquel espectáculo, siempre nuevo, siempre sorprendente, siempre maravilloso. ¡Y qué dulce le parecía vivir!

— Mamá — decía una tarde, recostada la cabeza en su regazo, sesteando los dos a la sombra de los corpulentos árboles que mantenían la «Casita Blanca» en perenne frescura. Mamá, quiero crecer, hacerme hombre, tener fuerzas para el trabajo y comprarte esta finca donde pasaremos muchas temporadas del año.

— Sí, hijo mío — contestó la madre sonriendo. — Pero para ello es necesario que no malgastes tu salud, pues ya sabes lo que cuesta recobrarla.

En esto, oyeron grande alboroto de gritos y de risas detrás del recodo que formaba el camino. No podían ver la gente ni adivinar la causa; mas pronto salieron de dudas.

A su vista apareció un hombre ajado, vestido con tan variadas y astrosas prendas que le daban aspecto de arlequín; tenía la cara roja y repugnante, los ojos extraviados, la expresión de idiota.

Seguíale una bandada de chiquillos de la aldea vecina, gritando, gesticulando, produciendo estruendo infernal.

¡Al higuí! — gritaban. — ¡Al higuí, tío Cuco! ¡Baila, baila!

El tío Cuco, porque estuviera cansado de

aquella persecución o por ver a los habitantes de la «Casita Blanca», se detuvo, y, haciendo una ridícula pirueta, amenazó, con el palo en una mano y con el puño de la otra, al coro infantil.



— ¡Al hígui, tío Cuco! ¡Baila, baila!

Asustados, los chiquillos retrocedieron un paso; pero enseguida empezaron a disparar puñados de tierra y hasta algunas piedras contra el pobre hombre.

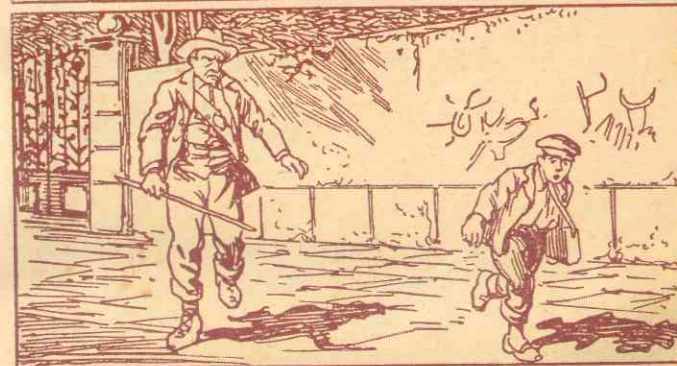
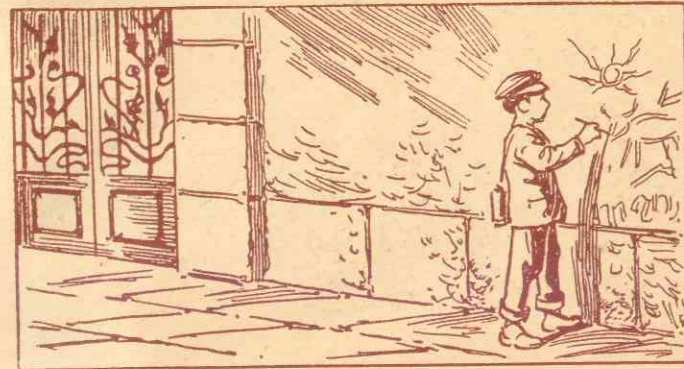
Por fortuna, apareció Blas, el colono, y ahuyentó a los muchachos. El tío Cuco pasó entonces por delante de la «Casita», saludando grotescamente.

— Ese hombre — dijo a Ernesto su mamá — ha sido uno de los más ricos de esta comarca. Pudo ser poderoso y hacer mucho bien a sus compatriotas; pero se dió a la bebida y a otros vicios y perdió, no sólo su fortuna, sino sus fuerzas. Es joven y parece viejo, y no puede ni aun defenderse de los pequeñitos que le persiguen. Si hubiera conservado su salud, como debía, veríase ahora rico, querido y respetado.

PRECEPTOS MORALES

1.º *La salud es un tesoro que debemos conservar, para que sea productivo en bien nuestro y de nuestros semejantes.*

EJERCICIO DE REFLEXIÓN



Significación y qué deber nos enseña

2.º. *El hombre débil es hombre pobre, aunque posea riquezas cuantiosas.* *

El tesoro de Jacinto

Enrique y Jacintín eran dos buenos amiguitos. Pasaban juntos casi todas las horas del día, y tanta confianza reinaba, además, entre sus padres, que habían convertido en jardín común los huertos respectivos, derribando la tapia medianera.

Estaban, en verdad, tan unidas las dos familias, que regalo que se hacía a Enrique, regalo que llegaba a Jacintín; tantos juguetes al uno como al otro; mimo para éste, mimo para aquél.

Tenían, mes arriba, mes abajo, la misma edad y dijérase que eran hermanos; éranlo, en efecto, sino por parentesco, espiritualmente. Pero si los padres y deudos los confundían en el afecto, en el carácter bien se diferenciaban los dos muchachos: era dulce y sencillo Jacintín; era turbulento e imperioso Enrique; no obstante lo cual, ¡ved la rareza!, no reñían nunca.

* CONVERSACIÓN. — ¿Quiénes veraneaban en la "Casita Blanca"? — ¿Por qué? — Describid aquella hermosa quinta. — ¿Era Ernesto un buen hijo? — ¿En qué lo demuestra? — ¿Qué le observó su madre? — ¿Qué oyeron y contemplaron la madre y el niño? — ¿Obraban bien aquellos muchachos? — ¿Por qué no? — ¿Qué deberes tenemos para con los desgraciados? — ¿Qué se sabe del tío Cuco? — ¿Qué nos enseña la historia de este desgraciado? — Preceptos morales relativos a nuestra salud. — LENGUAJE: ¿Apacible? — ¿Lo contrario de *apacible*? — ¿Solicitud? — ¿La brisa? — ¿Albarez? — ¿Vigorizar? — ¿Lo contrario de *vigorizar*? — ¿Sestear? — ¿Perenne? — ¿Ajado? — ¿Arlequín? — ¿Idiota? — ¿Albiguñ? — ¿Piruetas? — ¿Aparecer? — ¿Grotesco... grotescamente?

Otra cosa llamaba la atención en ellos: en las festividades, en cualquier solemnidad, percibían, por partes iguales, las moneditas de plata y cobre, alguna vez de oro, que sus padres les regalaban. Enrique gastaba todo el caudal en golosinas y tonterías, y cuando Jacintín quería hacerse el espléndido, deteníale su amigo con un gesto desdenoso, diciéndole:

— Yo soy el viejo y tú, el joven: no puedo permitir que pagues.

Sonreíase Jacintín, y, acariciando la moneda pronto a escurrirse entre sus dedos, contestaba afablemente:

— Bueno, alguna vez me tocará a mí.

Pasó el tiempo. Los dos muchachos eran ya mozalbetes y seguían, a la par, su carrera con estudios similares.



— Yo soy el viejo y tú el joven: no puedo permitir que pagues

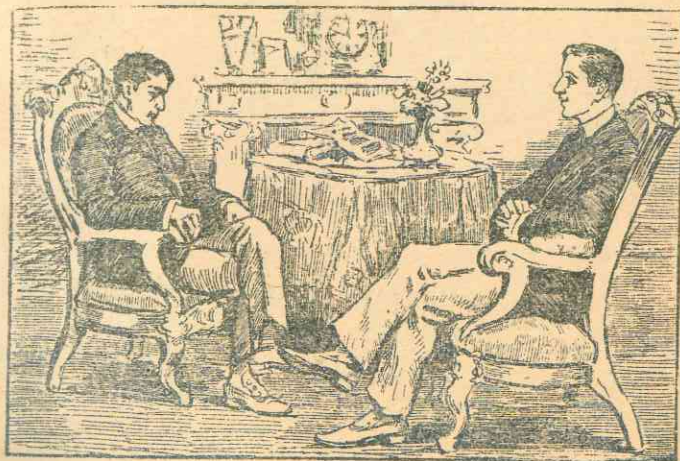
Su carácter había variado apenas, sobre todo en cuanto a la esplendidez del uno y a la modestia del otro. Jacinto procuraba no gastar sino lo necesario; Enrique diríase que tenía las manos agujereadas.

Llegó un día en que Jacinto vió muy triste a Enrique. Como se querían mucho, no tardó el último en declarar su pesadumbre.

— Casualmente, dijo, he escuchado una conversación entre mi padre y mi madre. Estamos

arruinados. Se ha de pagar una cantidad crecida, y faltan cien duros.

— Pues yo se lo diré a mi padre, y los dará.



— Yo guardo un rinconcito; vamos a contarlo

— Es que ocurre que ya tiene el mío todo lo que puede dar el tuyo, y faltan las quinientas pesetas.

— Yo guardo un rinconcito; vamos a contarlo.

En su habitación, tenía Jacinto una cajita muy hermosa, cerrada con llave; en la tapa había una hendidura por donde echaba el dinero.

— Desde que me la regaló mi cariñoso abuelo, diciéndome que conservase en ella mis ahorrillos, no la he abierto jamás. La primera moneda él me la dió, y recuerdo que era una de oro: dos duros.

Y efectivamente, en aquel rinconcito, como había dicho Jacintín, hallaron más de lo que

necesitaba el padre de Enrique. Este abrazó a su amigo emocionado.

¿Cómo podré recompensarte? — preguntó.

— Nada me debes — repuso Jacinto. Estos ahorros son tuyos y míos; pues mientras tú has pagado por mí durante diez años, yo he podido, cómodamente, hacer la hucha. Y ahora mi abuelo estará contento y me bendecirá, porque ha dado frutos su consejo y no he podido hacer mejor uso de su regalo.

PRECEPTOS MORALES

1.º Debemos ahorrar para salir, en momento difícil, de un apuro inesperado.

2.º Quien no malgasta, ahorra; quien ahorra, va labrando una fortuna. *

Las manzanas

Alberto tenía muy disgustado a su padre, porque en vano se esforzaba éste en corregirle dos vicios muy feos y perniciosos. Habéis de saber que el díscolo no abría la boca sino para soltar embuste sobre embuste. Además, era insoportable por sus chismes, hasta el punto

* CONVERSACIÓN. — ¿Cómo vivían Enrique y Jacinto? — ¿Y los padres de ambos? — ¿Qué carácter tenían uno y otro? — ¿Cómo procedían? — ¿Conservaron la amistad mucho tiempo? — ¿Qué revelación hizo un día Enrique a su amigo? — ¿Cómo procedió Jacinto? — Discutid sobre lo hecho por Jacinto. — Discutid sobre el carácter de uno y otro. — ¿Qué preceptos debemos recordar para poder hallarnos en el caso de Jacinto? — LENGUAJE: ¿Qué es una *tapia*? — ¿*Medianera*? — ¿*Parentesco espiritual*? — ¿*Turbulento*? — ¿Lo contrario de *turbulento*? — ¿*Imperioso*? — ¿*Percibir*? — ¿Lo contrario de *percibir*? — ¿*Añable*? — ¿*Estudios similares*? — ¿*Tener las manos agujereadas*? — ¿*Guardar un rinconcito*? — ¿*Emoción... emocionado*? — ¿*Hacer la hucha*?

de que nadie quisiera tratos con el acusón.

Para colmo y mayor pesadumbre del padre, no tardó Alberto en adquirir un defecto más reprehensible; se acostumbró al hurto, merodeando en los rincoñes de su casa y en los huertos del vecino, y lo hacía con tal astucia, que tardaron a descubrirse estas nuevas mañas. Pero se descubrieron al fin, porque nunca las malas acciones quedan impunes.

Ello ocurrió como debía ocurrir, delatándose Alberto a sí mismo, víctima de sus propias trapecerías. Ved lo que hizo y con cuánta torpeza.

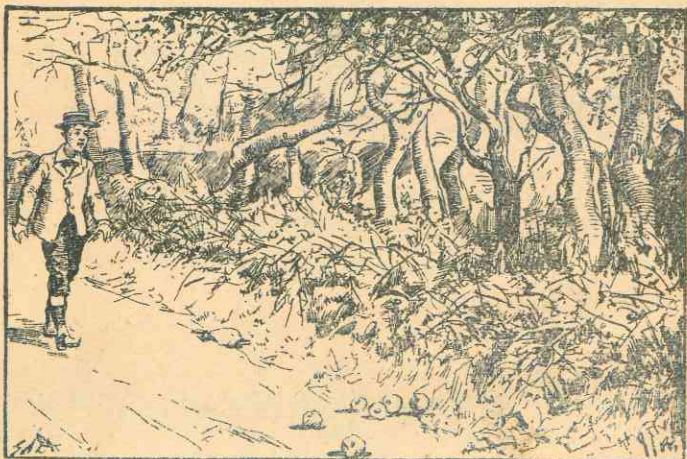
Había observado un hortelano que alguien entraba diariamente en su propiedad y que, no sólo hacía provisión de frutas, sino que le echaba a perder las plantas. No tardó en convencerse de que aquello era obra de algún chiquillo desmañado y goloso.

— ¡Ya te daré yo para tus gustos, glotón! — dijo el buen hombre.

Y cogió unas cuantas manzanas, las más gordas, frescas y apetecibles, y con un punzón fino, bien empapado de acíbar, saturólas de amargo sabor. Los agujeritos casi no se distinguían, pareciendo, a lo sumo, picotazos de gorrioncillos. Después las dejó junto a la cerca, por la parte del camino, como si acabaran de caer del árbol.

Efectivamente; Alberto no tardó a pasar por allí, y excusado es decir si echaría mano a las manzanas. ¡Qué bien iba a regalarse! ¡Qué grandes! ¡Qué finas! ¡Y qué envidia la de su hermano Sebastián viéndoselas devorar!

Precisamente aquella mañana habían reñido, y así se vengaría. Cruzó entonces una idea diabólica por su imaginación. ¿Vengarse? Bueno, pero de otra manera más cruel.



Alberto no tardó a pasar por allí, y echó mano a las manzanas

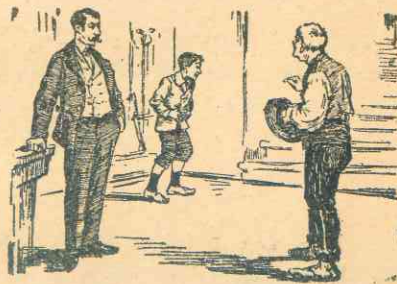
Ya en casa, escondió tres manzanas en el cuartito de Sebastián, y guardó dos para sí. En seguida, se dirigió a su padre y le dijo:

— Mira, papá: Sebastián tiene unas manzanas en su habitación. No sé si las habrá cogido de la alacena o de algún cercado próximo.

Jamás había hecho Alberto, en sus soplos, acusaciones de aquella índole. Tan grave le parecía al buen señor la denuncia, que ni siquiera pensó en que se tratara de un nuevo embuste. Era posible que Sebastián, en un momento de gula, hubiese cometido aquella falta, y quiso cerciorarse por sus propios ojos.

Entretanto, Alberto comenzó a devorar apresuradamente, con glotonería, las manzanas que guardaba en uno de sus bolsillos. Sí que sintió un gusto raro, bien contrario del que suele ofrecer al paladar el sabroso fruto; mas no por ello dejó de tragarlo. Pero entre las prisas con que devoró y lo amarga que se le puso la boca, entráronle tales náuseas que, cuando el padre volvía de su requisa, hallóle pálido, lloroso y como a punto de morir.

— ¡Son las manzanas, papá! — clamó Alberto. — ¡Perdóname! ¡Tienen veneno! Estaban en tierra, en el huerto del tío Roque... ¡Ay! ¡Ay! ¡qué retortijones...!



— No se alarme: es cuestión de una purga

Alarmado el padre, iba a disponer que llamasen al médico, cuando se presentó el tío Roque, que le tranquilizó diciéndole:

— No se alarme: es cuestión de una purga.

Hacía tiempo que andaba al acecho y no podía dar con el que entraba a estropearme el sembrado y comérseme la siembra. Para castigarle, ya que no le podía coger, impregné de acíbar las manzanas. Por casualidad, seguramente, pasó a poco su hijo, y, pensando lo que ocurriría, vine a tranquilizar a V.

El padre dió las gracias al tío Roque. Cuan-

do estuvo solo con su hijo, ya calmado éste, le habló con severa reprensión:

— Has pretendido echar sobre tu hermano la culpa de tus maldades; a esa infamia te ha arrastrado el hábito de la mentira. Por ti pude castigar al inocente. El embustero y soplón es materia dispuesta para todas las bajezas y rastrerías, y así como ahora has sido castigado por la mano de Dios, también lo serás mañana.

Ahora no has tenido más que un susto: más tarde, siendo hombre, tu conducta te abrirá de par en par las puertas del presidio.

— Papá — contestó Alberto — te he rogado que me perdones. ¡Perdóname! ¡No mentiré jamás!

Y así fué. Alberto no olvidó, en el transcurso de su vida, que el embustero se expone a amargarse el paladar con el mismo veneno de su mentira.

PRECEPTOS MORALES

1.º *Debemos ser veraces. El mentiroso es aborrecido y despreciado.*

2.º *La costumbre de mentir es un hábito pernicioso que rebaja todos los buenos sentimientos, incluso el de la propia dignidad. **

* CONVERSACIÓN. — Decir las cualidades de Alberto. — ¿Qué opináis de este niño? — ¿Qué hizo el hortelano? — ¿Para qué lo hizo? — ¿Obró bien? — ¿Por qué? — ¿Qué resultado produjo lo que hizo el hortelano? — ¿Qué maquinó la maldad de Alberto? — ¿Qué ocurrió? — ¿Quién castigó la perversidad de este niño? — ¿Qué hizo el tío Roque? — ¿Cómo procedió el padre de Alberto al conocer la verdad? — ¿Qué efecto produjo en el niño la lección recibida? — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿Discolo? — ¿Lo contrario de discolo? — ¿Acusón? — ¿Merodear? — ¿Impunidad? — ¿Impune? — ¿Delatarse? — ¿Qué diferencia hay entre un árbol, un arbusto y una hierba? — ¿Desmañado? — ¿Lo contrario de desmañado? — ¿Acibor? — ¿Idea diabólica? — ¿Aiacena? — ¿Achar...? — ¿Andar al ceccho?

Excélsior

1. *¡Noble niñez!* La firme confianza en el propio valer, el triunfo da: el hombre es el factor de su esperanza, y trueca la esperanza en realidad.
2. Ocupa en el girar de la existencia el sitio que tu espíritu te dió: el puesto que te asigne tu conciencia será también el que te asigne Dios.
3. Haz lo que ilustres hombres siempre han hecho en pro del bien, en pro del ideal: tener altos anhelos en el pecho, no desistir de su esplendor jamás.
4. *¡Ayúdate!* No entregues tu destino al arbitrio de ajeno protector: tu propia voluntad es el camino, y la fuerza, tu propio corazón.
5. Si gloria puede haber en el combate, es la gloria sangrienta de Caín; más grande es el que lucha y no se abate del honor, del deber en la ardua lid.
6. Lo que sublima a quien se encuentra abajo, la recta escala que conduce al bien, es la santa virtud, es el trabajo, es la luz sin ocaso del deber.
7. *¡El trabajo es la vida!* En lontananza ha de fulgir un mágico fanal; alienta al luchador en la esperanza una voz que le dice: ¡más allá!

8. El que vacila, el que en su afán ignora
cuál es la ruta que conduce al fin,
es ave en la borrasca asoladora
que arrastró el huracán hasta morir.
9. *¿Cuál es el noble objeto?* En lo profundo
de nuestra voluntad está el poder.
*¿Quedan tantas empresas en el mundo
y tantos lauros para honrar la sien!*
10. *¡Sueña, ten fe, trabaja!* Su desaire
la suerte al empeñoso no mostró;
forjar bellos castillos en el aire
no es locura cuando es aspiración.
11. *¡Arriba juventud!* Innoble idea
no manche el timbre de tu fuerza audaz;
que tu culto la patria siempre sea:
tu más noble pasión, la humanidad!

ISAÍAS GAMBOA

* CONVERSACIÓN. — (Léase cada cuarteta y háganse, sucesivamente, las preguntas siguientes): — 1. ¿Qué es lo que nos da el triunfo? — 2. ¿Qué es el hombre? — 3. ¿Qué trueca el hombre cuando tiene esperanza? — 4. ¿Qué se quiere expresar diciendo que *ocupamos el sitio que nuestro espíritu nos dió en el girar de nuestra existencia?* — 5. ¿Qué será el puesto que nos diga nuestra conciencia? — 6. ¿Qué debemos hacer? — 7. ¿Qué debemos desear? — 8. ¿Debemos desistir de nuestros deseos nobles? — 9. ¿Qué debemos hacer para con nosotros mismos? — 10. ¿Cómo? — 11. ¿Qué es nuestra voluntad? — 12. ¿Y nuestro corazón? — 13. ¿Qué son las glorias de la guerra? — 14. ¿Qué glorias son más hermosas que las de la guerra? — 15. La virtud, el trabajo y el deber cumplido, ¿qué son? — 16. ¿Qué es el trabajo? — 17. ¿Qué debe alentarnos en la lucha por nuestra perfección? — 18. El hombre que vacila, el que ignora el medio de elevarse, ¿qué es? — 19. ¿Dónde está el medio de nuestra perfección o de ser hombres de provecho? — 20. ¿Debemos tener todos deseos iguales? — 21. ¿Por qué no? — 22. ¿Qué deberes tenemos? — 23. ¿Por qué? — 24. Es locura tener aspiraciones honrosas? — 25. ¿Por qué no debemos tener aspiraciones innobles? — 26. ¿Cuál ha de ser nuestro culto? — 27. ¿Y nuestra pasión? — LENGUAJE: *¿Factor?* — *¿El ideal?* — *¿Al arbitrio de...?* — *¿Lid?* — *¿Sublime... sublimar?* — *¿Ocaso?* — *¿Lo contrario de ocaso?* — *¿En lontananza?* — *¿Fulgir... súlgido?* — *¿Ruta?* — *¿Huracán?* — *¿La sien?* — *¿Forjar castillos en el aire?* — *¿Aspiración?* — *¿Culto?* — *¿Pasión?* — *¿La humanidad?*

Un niño observador

Sentado en el jardín, a la sombra de la verde parra, D. Lucio contemplaba el bullicioso jugueteo de sus queridos hijos.

Era aquél un rincón adorable en que, a los encantos de la naturaleza, uníanse las dulces expansiones de una familia poco menos que patriarcal.

El abuelito dormitaba tendido plácidamente sobre una silla de tijera; la madre, joven aún, repasaba la ropa blanca y, sin interrumpirse en su labor, dirigía continuamente amorosas miradas a todos aquellos seres predilectos de su corazón; tres niños rubios, sonrosados, sanotes, corrían por los enarenados andenes, alegrándolo todo con sus gritos; las rosas, los nardos, las clavelinas y las flores de azahar perfumaban aquel ambiente de paraíso.

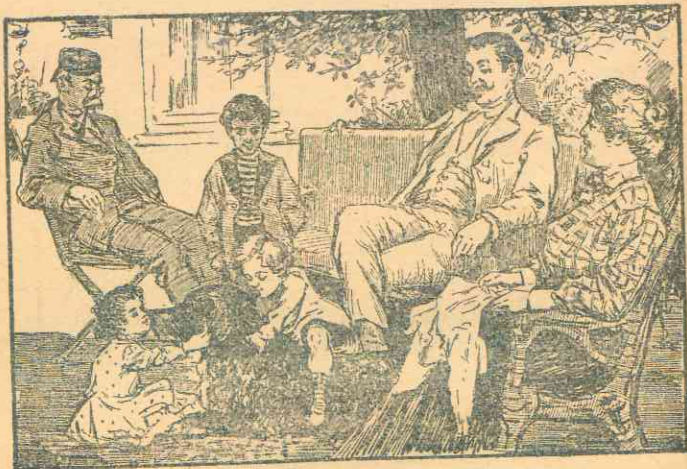
De pronto, el mayor de los niños, Ricardo, muchachote recio, de mirada inteligente, de ojos vivos y perspicaces, se dirigió a D. Lucio y preguntóle con gracia y curiosidad:

— Papá: las bestias no hablan, como nosotros; pero he observado que hay hombres que no tienen tanto talento como alguno de esos animalillos.

— ¿Y en qué te fundas, querido Ricardín? — respondió D. Lucio.

— Te lo diré. A mí me parece que nuestro perro *Sultán* sabe más cosas que Ruperto, el mozo de la cuadra. Ruperto mira al suelo cuando le hablas, y no entiendo nunca lo que

dice: parece que gruñe. *Sultán* acude siempre saltando y con la cabeza alta. Casi me figuro que adivina cuanto queremos. *Sultán* lo aprende todo y hace muchas monadas; en cambio, Ruperto no hace más que tonterías, y tú mismo le llamas torpe.



— Papá: las bestias no hablan como nosotros; pero he observado que hay hombres que no tienen tanto talento como...

— ¡A ver, a ver! — dijo admirado, el padre. — Me gusta ese espíritu de observación: ¿qué más?

— Pues, *Sultán* juega con Avelina y con Eudaldo, y, siendo tan chiquitines, se ve que procura no hacerles daño. Ya ves, ellos le pegan, le tiran de las orejas o del rabo, y él no hace más que exhalar un quejido, y luego, cuando le sueltan, les lame las manos y, a veces, el rostro. Ruperto se dirige a las mulas casi siempre enfadado, y a menudo les da zozo-

tes. ¿No te parece que Ruperto debiera ser *Sultán* y el perro, mozo de cuadra?

— No, hijo mío, porque entonces *Sultán* trataría a tus hermanitos como el mozo a sus mulas; pero a pesar de esa diferencia que notas, Ruperto es superior a tu perro. Ciertamente, hay muchos hombres como nuestro mozo, que parecen inferiores a los animales; pero es porque no se han educado, porque no se han instruido; tienen el alma aletargada, dormida. Para evitar este peligro, los niños han de trabajar desde pequeños; de lo contrario, cuando hombres, son ignorantes, rudos y desagradables.

— Ya lo comprendo, papá: he ahí por qué mis hermanitos hacen daño a *Sultán*: no saben lo que hacen. Ruperto es como un niño aún, porque no le han enseñado a ser hombre. Bueno, y ¿cómo se aprende a ser hombre?

Don Lucio contestó sonriendo:

— A tu edad, yendo a la escuela; aplicándose en el estudio de las lecciones, y prestando atención a las enseñanzas del maestro.

Ricardo meditó un instante, y, abrazando a su-papá, añadió:

— Perdóname, desde hoy no volveré a pedirte que me dispenses de ir a clase y me lles a pasear contigo. No quiero parecerme a Ruperto, que, siendo hombre, parece menos inteligente que nuestro perro *Sultán*.

PRECEPTOS MORALES

1.º El hombre debe educarse e instruirse, para

evitar que se le confunda con los animales irracionales.

2.º El trabajo asiduo, la aplicación constante y la obediencia a nuestros padres y maestros, son los medios de alcanzar la perfección. *

La ambición

Amadeo regresa del colegio y besa, respetuosamente, la mano a su padre. D. Fadrique le sienta a su lado, le da un beso y entabla este diálogo con su hijo:

D. Fadrique. — ¿Has cumplido tus deberes? ¿Está satisfecho el profesor?

Amadeo. — Sí, papá: mi cartapacio continúa sin borrones, mis problemas estaban bien resueltos y he sabido la lección de historia.

D. Fadrique. — Bien, hombre, bien; ya sé que eres bueno. Persevera siendo aplicado y conserva el hábito de la limpieza; porque ésta no sólo es necesaria para conservar la salud, sino que, además, da un sello de distinción y ennoblece al espíritu, acostumbándolo a la dignidad.

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué cuadro presentaba el jardín de D. Lucio? — Explíquese que se veía allí. — Ricardo era un espíritu observador: ¿por qué? — ¿Qué quiere decir *espíritu observador*? — ¿Qué dijo Ricardo a su papá haber observado? — ¿Le complació a D. Lucio que su hijo se fijase en estas cosas? — ¿Por qué es conveniente observar siempre? — ¿Qué más dijo Ricardo haber observado? — ¿Eran acertadas las razones del niño? — ¿Por qué? — ¿Cómo aprenden los niños a ser hombres? — ¿Qué resolución hizo Ricardo? — ¿Qué os parece este niño? — ¿Llegará a ser hombre de provecho? — ¿Por qué lo será? — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿Próvido? — ¿Dormitar? — ¿Predilecto? — ¿Lo contrario de predilecto? — ¿Andén? — ¿Azahar? — ¿Muchacho recio? — ¿Exhalar? — ¿Aletargado? — ¿Rudo? — ¿Lo contrario de rudo?

Amadeo. — A mí me gusta ir curioso; tanto que quisiera vestir siempre trajes nuevos.

D. Fadrique. — ¡Miren el ambiciosillo! Pues deseo es ése que debes moderar, para que no te cause graves disgustos. Limitate a no ir roto ni sucio y a tener una ropa guardadita para las solemnidades. El traje de lujo siempre puesto sobre el cuerpo, denuncia al que vive en el ocio, en las diversiones continuas y no es útil a sus semejantes; el trajecito ordinario honra al que lo lleva, porque es propio de quien trabaja. No seas ambicioso, no lo seas.

Amadeo. — Pues, oye, papá; yo creo que la ambición no es pecado.

D. Fadrique. — Me asustas, hijo. ¿Cómo dices eso tú, tan reflexivo, tan prudente?

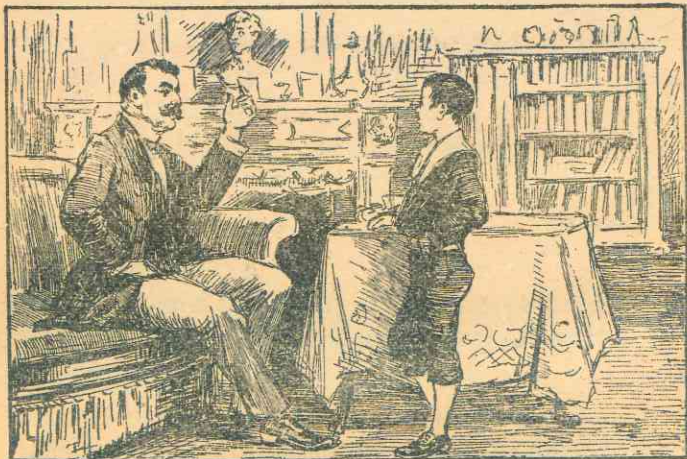
Amadeo. — Perdóname; pero, precisamente hoy nos ha explicado Historia el profesor, y de la ambición nos ha hablado. Julio César, sin la ambición, no hubiera sido el grande hombre que fué, el emperador ilustre de los romanos.

D. Fadrique. — Es muy posible; pero el maestro no lo habrá dicho así, o tú no le habrás entendido. Veamos, repite lo que recuerdes.

Amadeo. — Nos ha dicho don Gonzalo que César vino muy joven a la Península, para dominar las revueltas de los naturales, quienes no se avenían con el yugo de Roma, y que, al pasar por un mísero lugarejo, exclamó: «Más quisiera ser primero entre esos rústicos,

que segundo en la República.» Este sentimiento ambicioso retrataba su carácter, y le sostuvo en todas sus luchas con sus enemigos y rivales, hasta darle la supremacía en el Senado.

D. Fadrique. — Así es; pero no habrá dejado de añadir el maestro ciertas considera-



Pues, oye, papá; yo creo que la ambición no es pecado

ciones. La historia no es una novela, y nada dicen los hechos por sí, cuando no sabemos sacar de ellos útiles enseñanzas.

Amadeo. — Claro, papá; el profesor nos ha dicho muy bonitas cosas hablando de la ambición de Julio César; pero yo lo recuerdo confusamente.

D. Fadrique. — Porque no has prestado la debida atención. Habrá contado ese rasgo, para distinguir claramente que la ambición

noble es plausible cuando nos lleva a grandes empresas, por espíritu de elevarnos, de mejorar nuestro estado en bien propio y de los demás. Pero si el ambicioso se reduce a la comodidad y al regalo de su persona, si no dirige este sentimiento más que a la satisfacción de su orgullo, entonces la ambición es reprobable, puesto que no hay en ella cosa de virtud.

Amadeo. — Algo así nos ha dicho D. Gonzalo. Y ahora recuerdo que, si bien César tuvo ambición, ésta era legítima; pues demostró ser gran capitán, hábil político y buen ciudadano, dando gloria y prosperidad a su patria.

D. Fadrique. — También te diría el maestro que en el mismo César se presenta el caso in noble de los ambiciosos, y fué cuando, queriendo atraerse el aplauso de los romanos, impuso a los españoles onerosas contribuciones, con el afán de lucrarse y presentarse a su pueblo no sólo con los honores de la victoria, sino con el peso de las riquezas.

Amadeo. — Sí, papá, sí; lo recuerdo perfectamente.

D. Fadrique. — Ya ves, por tanto, hijo mío, con cuanta facilidad nuestra ambición puede mancillar la reputación del hombre. Ambiciona todo lo que eleva, ennoblece y dignifica; pero desecha los deseos inmoderados que deprimen el honor, sin el cual el ser privilegiado de la creación ha de humillar la cerviz ante sus semejantes.

PRECEPTOS MORALES

1.º *La ambición es noble siempre que nos sirve de estímulo para engrandecernos, tanto ante nosotros mismos como a los ojos de los demás.*

2.º *Para no tener ambiciones indignas, consulta todos tus deseos con la conciencia: ella te dirá las ocasiones en que podría sufrir tu honra. **

El tabaco

Tres días hacía ya que Doroteo no iba a la escuela.

Por fin, el jueves por la mañana asistió, puntualmente, a la lección y, saludando a su Profesor, le habló de esta manera:

— Mis papás suplican a V. el favor de perdonar mi falta de estos días. Papá se hallaba ausente, y mi tío Ramón ha estado gravemente enfermo.

¿Y qué ha tenido don Ramón? — le preguntó el maestro.

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué hizo Amadeo al regresar del colegio? — ¿Qué le preguntó su papá? — ¿Qué deseos demostró el niño? — ¿Qué le dijo su padre respecto al traje? — ¿Sobre qué otro asunto conversaron luego? — ¿Qué explicó Amadeo, de Julio César? — ¿Qué le contestó don Padriqué? — ¿Cuándo la ambición es noble? — ¿Cuándo no lo es? — ¿Cuándo fué noble la de César? — ¿Cuándo no lo fué? — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿Diálogo? — ¿Qué significa la palabra monólogo? — ¿Preservar? — ¿Moderar? — ¿Moderado? — ¿Lo contrario de moderado? — ¿Reflexivo, prudente? — ¿Los contrarios de reflexivo y prudente? — ¿Lugareño? — ¿Rústico? — ¿Lo contrario de rústico? — ¿Oneroso? — ¿Lucrar? — ¿Deprimir? — ¿La cerviz?

— El médico dice que padece del corazón porque fuma demasiado — se apresuró a responder Doroteo.

— Lo siento mucho, hijo mío. ¡Caramba! Eso es muy grave: no se puede jugar con el corazón.

— ¿El tabaco puede causar tanto daño? — preguntó, muy sorprendido, uno de los niños mayores.



La naturaleza admite el tabaco con gran repugnancia: ¿no veis las ridículas muecas de este vicioso precoz?

— ¡Ya lo creo que sí! Magnífico

asunto nos ofrece, desgraciadamente, la enfermedad del pobre tío de Doroteo, para la clase de *lecciones de cosas*. El sábado próximo hablaremos del tabaco.

Llegó el día prometido, y el celoso Profesor dijo a sus discípulos:

— Todos los vicios son detestables, y el de fumar lo es en grado máximo, porque, además de ser sucio y caro, puede poner nuestra vida en gran peligro, como sucede ahora con el tío de vuestro compañero.

El tabaco ejerce una acción manifiesta sobre el corazón. En cuanto el fumador pasa de una dosis determinada, este órgano late con más fuerza y más de prisa que de costumbre y, a menudo, las palpitaciones se prolongan durante días y más días. Algunas veces, son incurables.

En otras ocasiones, el fumador siente, en la *región cardiaca*, un escozor parecido a picazón o quemadura. Estos dolores se comunican al pecho y al brazo izquierdo, y puede sobrevenir la terrible enfermedad llamada *angina de pecho*, por la que el enfermo siente, con



Estado de embriaguez producido por el uso del tabaco

espanto, como si el corazón parase sus latidos, en cuyo caso la muerte fuera inevitable. ¿Por qué exponerse a una dolencia mortal? ¿Habrá, pues, cosa más tonta y más ridícula que el fumar?

Y que no nos hablen, amigos míos, de las *delicias* del tabaco. El fumador experimenta un placer como lo experimenta el que se acostumbra a ejecutar un gesto o un acto cualquiera a intervalos regulares. ¡Cuánto no sufre, empero, antes de habituarse a tan feo vicio!

Si habéis visto a algún desgraciado muchacho con el cigarro en la boca, ¿no os ha causado asco y risa a la vez, sus extrañas y ridículas



Una *angina de pecho* producida por el uso del tabaco, ha acabado con la vida de este fumador

muecas? Después habréis observado como ha sido presa de mareo extraño, seguido, quizás, de un sopor parecido al que experimenta el infeliz alcoholizado.

¿Puede, por tanto, desearse mejor prueba de la repugnancia con que nuestra naturaleza admite el tabaco? Las hojas de esta planta ejercen, también, influencia dañosa sobre la boca y la nariz. Las *mucosas* de estos órganos se alteran, y se debilitan los sentidos del gusto y del olfato; la lengua se pone saburrosa, y casi siempre disminuye el apetito. Naturalmente, pues, que el uso del tabaco impide que el joven se desarrolle como debiera, por las trabas que pone a su nutrición.

Todavía hay más: la garganta suele irritarse, y la inflamación crónica puede repercutir en el oído, produciendo la sordera.

He aquí lo que ocasiona el abuso y hasta el simple uso del tabaco. Hay que esforzarnos, de consiguiente, en desterrar esta mala costumbre. Con sobradísima razón, en algunas naciones se han dictado leyes encaminadas a este fin, por cuanto prohíben, en absoluto, a los niños, el uso del venenoso tabaco.



Sordera producida por el uso del tabaco

No os acostumbréis a él; no irritéis vuestro

corazón, ni manchéis vuestra boca con esas hojas tan sucias.

— Pero la costumbre de fumar debe de ser muy antigua — objetó uno de los niños.

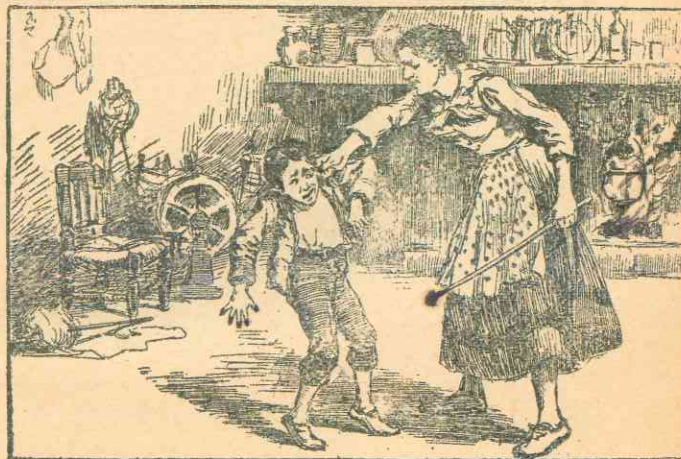
— No lo creas — respondió el Profesor. En Europa, no se tuvo noticia del tabaco hasta fines del siglo xvi; luego, hace sólo unos 350 años que el mundo civilizado posee esta costumbre, tan ridícula e inútil como cara y venenosa.

PRECEPTOS MORALES

1.º *No fuméis jamás. El recuerdo de la muerte debe apartarnos del tabaco.*

2.º *No transijáis con el vicio. Ser indulgente con él es conspirar contra la virtud.**

* CONVERSACIÓN. — ¿Por qué Doroteo faltó a la Escuela? — ¿Qué causa produjo la enfermedad de su tío? — ¿Qué produce en el corazón, el uso del tabaco? — ¿Son graves las enfermedades del corazón? — ¿En qué consiste la angina de pecho? — ¿La naturaleza se habitúa, en seguida, al uso del tabaco? — ¿Cómo se prueba que no? — ¿Por qué goza el fumador? — ¿Qué daños puede causar el tabaco a la boca y a la nariz? — Consecuencias de estos daños. — ¿Daña a la garganta? — ¿Qué puede sufrir, entonces, el fumador? — ¿Debemos, pues, esforzarnos en condenar el vicio de fumar? — ¿Por qué? — ¿Es muy antiguo, en Europa, este vicio? — Preceptos que debemos aprender y practicar. — LENGUAJE: ¿Qué es el corazón? — ¿Detestable? — ¿En grado máximo? — ¿Lo contrario de máximo? — ¿Dosis? — ¿Cardias? — ¿Región cardíaca? — ¿Intervalo? — ¿Una mueca? — ¿Ser presa de un mareo o de una dolencia? — ¿Una mucosa? — ¿Lengua saburrosa? — ¿La nutrición? — ¿Enfermedad crónica? — ¿Transigir? — ¿Conspirar?



Trabajar para su daño

La madre de un muchacho campesino
ganaba de comer hilando lino.
Y el muchacho, grandísimo galopo,
le hurtaba una porción de cada copo.
Juntando las porciones, fué tejiendo
un látigo tremendo,
con la benigna idea
de pegar a los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
la intención, por lo visto, mucho menos.
Dióse a pelar la rueca tanta prisa,
que hubo la madre de notar la sisa;
y registrando con afán prolijo
el arca donde el hijo

guardaba, con su ropa, sus peones,
el látigo encontró de repelones.
Cogióle furibunda
y al hijo dió con él tan recia tunda,
que a contar de las piernas al cogote,
no le dejó libre de azote,
diciendo, al batanarle de alto abajo:
— ¡Mira como te luce tu trabajo!
A robar te llevó tu mal deseo,
y con el robo yo te vapuleo.

*Siempre verás que el vicio
se labra por sus manos el suplicio.**

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

* CONVERSACIÓN. — ¿Quién trabajaba para su daño? — ¿Por qué? — ¿Cómo se ganaba el sustento esa mujer? — ¿Qué hacía su hijo? — ¿Para qué? — ¿Qué os parece la conducta de este niño? — ¿Notó la madre lo que hacía su hijo? — ¿Por qué lo notó? — ¿Qué hizo entonces la mujer? — ¿Qué decía a su hijo mientras le zurraba? — ¿Obró bien esta madre? — ¿Qué nos enseña esta fábula? — LENGUAJE: ¿Campesino? — ¿Lo contrario de campesino? — ¿Galopo? — ¿Copo? — ¿Una rueca? — ¿Sisar... sisa? — ¿Furia... furibundo? — ¿Batán... batanar? — ¿Vapuleo... vapulear?

LA SOCIEDAD

Debemos ser sociables, es decir, tener afectos y simpatías para con todo el mundo. Para ello, es preciso portarnos con mucha amabilidad, con exquisita cortesía; disimular, en lo posible, las faltas de los otros, y enmendar nuestros defectos, que son las causas que pueden hacernos repulsivos a los ojos de los demás.

El hombre ha sido creado para vivir en sociedad. Todas sus facultades, todas sus aptitudes, todos sus deseos, le inclinan al trato y alianza con sus semejantes; tanto es así, que no hay mayor castigo que la reclusión, esto es, obligar al hombre a vivir con la soledad por única compañera.

Y si las necesidades de nuestra alma nos llevan al trato con nuestros semejantes, igualmente nos unen a ellos las necesidades de nuestro cuerpo, hasta el extremo de que, sin el auxilio de los otros, la vida sería imposible.

El conjunto de nuestros semejantes constituye la sociedad; luego, la existencia de la sociedad es absolutamente necesaria para todos y, por lo mismo, tenemos el deber de contribuir a su sostenimiento y dignificación.

Antiguamente, la patria y la sociedad quedaban limitadas a la población en que vivía

el individuo. La patria es hoy nuestra nación; y nuestra sociedad, el mundo entero, de lo cual se deduce que el mismo respeto y consideraciones que debemos a nuestros compatriotas, los debemos, igualmente, a los extranjeros.

Todo pueblo, toda nación, tiene sus autoridades y sus leyes. No será buen ciudadano quien no respete y obedezca las primeras y quien no cumpla las segundas. Tenedlo bien presente: las naciones más prósperas, las más ricas, las en que se goza mayor suma de bienestar son, precisamente, aquellas en que los ciudadanos son más respetuosos con las autoridades y más fieles guardadores del cumplimiento de las leyes.

Por egoísmo propio, debemos esforzarnos, pues, en el cumplimiento de los deberes que tenemos para con la sociedad.

Para concluir, os diré que el cumplimiento de estos deberes se reduce a la observancia de estos tres preceptos:

- 1.º *Amar a nuestros semejantes.*
- 2.º *Respetar las opiniones ajenas.*
- 3.º *Cumplir las leyes de nuestra patria y las de la nación extranjera en que, accidentalmente, nos hallemos. **

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué quiere decir ser sociable? — ¿Cómo lo seremos? — ¿Por qué es necesario serlo? — ¿Qué necesidad irresistible siente el hombre? — ¿Cuál es su mayor castigo? — ¿Qué es la sociedad? — ¿A qué estamos obligados para con ella? — Los conceptos *patria y sociedad*, ¿se entienden hoy como antiguamente? — Las autoridades y las leyes. — ¿A qué conduce el respeto a las autoridades y el cumplimiento de las leyes patrias? — ¿A qué se reduce el cumplimiento de los deberes sociales? — LENGUAJE: ¿*Simpatía*? — ¿Lo contrario de *simpatía*? — ¿*Cortés*? — ¿Lo contrario de *cortés*? — *Repulsión, repulsivo*. — ¿*Facultad*? — ¿*Aptitud*? — ¿*Compatriota*? — ¿Lo contrario de *compatriota*?

Una lección elocuente

Pues ved ahí, amigos míos, que el carpintero Facundo no había cometido ningún gran delito, y, sin embargo, le llevaban preso porque, en el calor de una disputa, había proferido palabras ofensivas y desobedecido la autoridad del señor Juez.

Román, que estaba presente, no podía comprender que por algunas palabras irrespetuosas y no acatar lo mandado por el señor Juez, encerrasen a un hombre, y más a quien, como el carpintero Facundo, era querido de todo el pueblo.

Le prenden — díjole su padre — por faltas de respeto a la autoridad. El Juez ejerce autoridad en el pueblo, como la ejerce en la escuela tu maestro, y por eso te he recomendado muchas veces que seas obediente y respetuoso con él.

— Pero el señor Juez debe ser bueno como nuestro profesor, y si Facundo le pide perdón, ya deberán soltarle en seguida. ¿Verdad, papá?

— No sucederá eso que tu supones, porque si tal ocurriese, la ley no sería cumplida y el prestigio de la autoridad padecería grandemente. Facundo ha sido temerario, y su reflexión le costará algunos días de encierro en la cárcel, los gastos consiguientes y el bochorno que la falta lleva consigo.

— Pues mire V., papá — objetó Román — el señor Juez tendrá un corazón muy duro. Si yo estuviese en su lugar, como ese hombre se arrepintiera, todo habría concluido.

— Perfectamente, hijo mío, y tu bondad me place muchísimo. Seguramente el señor Juez sentirá en su alma que el deber le obligue a ser inflexible. Debes tener en cuenta que no es la autoridad quien castiga; es la ley, y si ésta no fuese siempre cumplida, nuestra tranquilidad, nuestras haciendas y nuestras vidas estarían a merced de la voluntad de los malvados.



— La autoridad, encargada del cumplimiento de la ley, ha prendido a los foragidos, y la ley les dará el castigo que merecen.

El silencio del niño demostró que no se hallaba conforme con las razones expuestas por su padre; pero no transcurrió mucho tiempo sin que un hecho, que interesó a todo el pueblo, viniera a llevar el convencimiento a nuestro amigo Román.

A pocos kilómetros de distancia, en el camino vecinal que une al pueblo con el lugar cercano, los robos se sucedían con frecuencia;

una cuadrilla de malhechores tenía amedrentados a los habitantes de todas las cercanías.

La Guardia civil empezó a vigilar sin descanso, y los ladrones cayeron en poder de la autoridad. Todo el pueblo vió un día como una pareja de la benemérita los llevaba a la cárcel, atados codo con codo.

La alegría fué general y la tranquilidad renació en los espíritus.

Entonces el padre de Román aprovechó la oportunidad para decir a su hijo:

— La autoridad, encargada del cumplimiento de la ley, ha prendido a los foragidos, y la ley les dará el castigo que merecen. Debemos compadecer a esos delincuentes; pero no debemos desear que sus crímenes queden sin castigo. Sin el respeto y obediencia a las autoridades, éstas no podrían ejercer sus funciones ni administrar justicia. ¿Te parece, ahora, si la ley debe ser cumplida?

PRECEPTOS MORALES

1.º *Por deber, por necesidad y por nuestro propio interés, debemos desear el respeto a la autoridad y que las leyes sean cumplidas.*

2.º *No confundamos al criminal con el delito: el primero debe inspirarnos compasión; el segundo, invencible repugnancia. **

* CONVERSACIÓN. — ¿Por qué prendieron al carpintero-Facundo? — ¿Qué creía Román? — ¿Qué le objetó su padre? — ¿El Juez cumplió con su deber? — ¿Por qué cumplió? — ¿Debemos acatar los mandatos de la autoridad? — ¿Qué sucedería si las autoridades no fuesen respetadas y las leyes no fuesen cumplidas? — ¿Qué hecho vino a ser una lección elocuente para Román? — ¿Por qué debemos desear que las leyes sean cumplidas? — ¿Debemos confundir al criminal con el delito? — ¿Qué deben inspirarnos uno y otro? — LENGUAJE: ¿Qué significa la palabra *preferir*? — ¿Debemos confundirla con *preferir*? — ¿Por qué no? — ¿Prestigio? — ¿Prestigioso? — ¿Temerario? — ¿Bochorno? — ¿Ser inflexible? — ¿Lo contrario de inflexible? — ¿Amedrentar? — ¿Foragido? — ¿Delincuente? — ¿Delito? — ¿Lo contrario de delincuente?

La verdad sospechosa

Llevaban a enterrar dos granaderos al soldado andaluz Fermín Trigueros, embrollón sin igual, que, de un balazo, cayó sin menear ni pie ni brazo.

— ¡Hola sepultureros!

(les dijo un oficial). ¿Murió ese tuno?

— Murió (contesta de los dos, el uno).

Aquí Trigueros en su acuerdo torna, y oyendo la expresión, dice con sorna:

— Lo que es por la presente, me figuro que vivo, mi teniente.

A lo cual replicó su camarada:

— No dé V. a Fermín crédito en nada.

Siempre embustero fué: su fin es cierto; pero aún miente el bribón después de muerto.

*Quien falte a la verdad, con eso cuenta: dirá que hay Dios y le dirán que miente.**

Dos amigos

I. — RIÑA

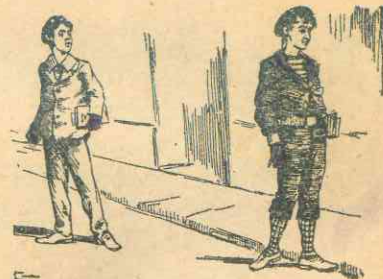
Dos camaradas, dos amiguitos, Luis y Antonio, riñeron una vez por fútiles pretextos. Sin embargo, el disgusto pudo tener consecuencias fatales.

* CONVERSACIÓN. — ¿A quién llevaban a enterrar? — ¿Qué había sido siempre Trigueros? — ¿De qué había muerto? — ¿Qué dijo el oficial? — ¿Quién contestó al oficial? — ¿Qué contestó? — ¿Quién se dice que respondió a esta conversación? — ¿Qué respondió? — ¿Quién contestó al muerto? — ¿Qué se contestó? — ¿Qué nos enseña esta fábula? — ¿Encierra esta fábula una gran verdad? — LENGUAJE: ¿Granadero? — ¿Embrollón? — ¿Tuno? — ¿Hablar con sorna? — ¿Bribón? — ¿Embustero? — ¿Lo contrario de embustero?

Luis era un muchachote robusto, bien desarrrollado, ágil y fuerte. Antonio tenía, aproximadamente, la edad de su amigo; pero su crecimiento había sido muy rápido, y, por esta causa seguramente, parecía menos vigoroso. El carácter y el temperamento diferenciábanse también: vivo y displicente presentábase el segundo en todas ocasiones; manso, servicial y condescendiente, el primero. A estas virtudes de Luis debíase la buena armonía que, hasta entonces, había existido entre los dos muchachos.

El caso es que riñeron, y, al reñir, todos los defectos de Antonio se manifestaron con insoportable terquedad.

Luis lamentaba el enfado que le apartaba de su amigo, a quien seguía queriendo profundamente. Antonio, por el contrario, no perdía ocasión para mortificarle, para escarnecerle. Dispensábase y sufría en silencio Luis la injusta persecución, y, con esto, Antonio se ensoberbecía.



Luis lamentaba el enfado que le apartaba de su amigo

Pero llegó a ser tan mortificante el insulto, que, cierto día en que el fatuo estaba verdaderamente insufrible, exclamó Luis perdiendo la paciencia:

— ¡Mira que voy a hacerte daño!

¿Habéis visto, alguna vez, uno de esos perrazos enormes, contemplar, desdeñosamente, al diminuto falderillo que le ladra? Pues eso hizo Antonio al oír tales palabras; sólo que no fué tan noble ni tan frío como el can de que os hablo, y soltando una estrepitosa carcajada, repuso con desprecio:



Ciego todavía, apretóle con la rodilla en el pecho; pero viéndole impotente y débil.

—¿Quién, tú?

¡Pobre enanito!

¡Si te pongo la mano sobre la cabeza, te reduzco al tamaño de una hormiga!

¡Virgen Santa!

¿Qué pasaría por el alma del humilde Luis, ce-

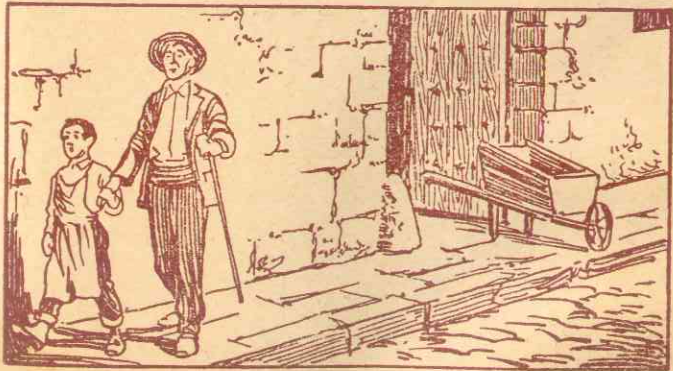
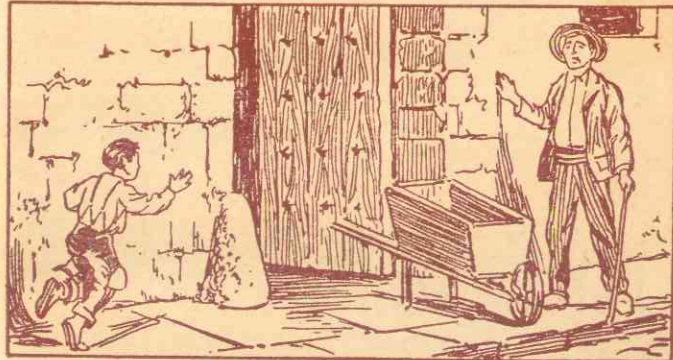
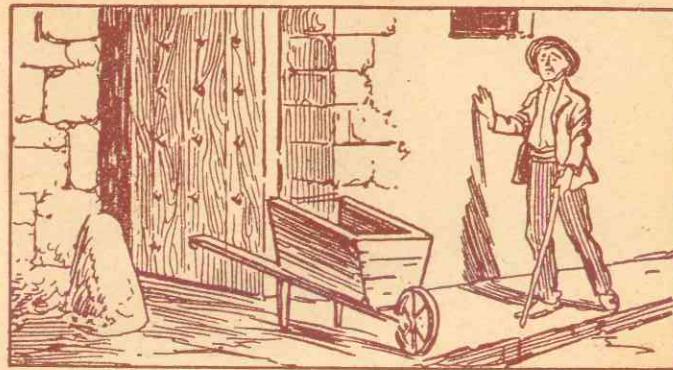
gándole y encendiéndole la sangre, para que perdiera su aplomo y mansedumbre?

Cogió al engreído, y, como, según os he dicho antes, aunque más corto de talla era más forzado y vigoroso, al primer empuje derribóle por tierra. Ciego todavía, apretóle con la rodilla en el pecho; pero viéndole impotente y débil, sintióse, de súbito, lleno de misericordia y piedad para con el vencido.

—Levántate—le dijo triste y amorosamente.—¿Te hice mal? Arregla tus ropas.

Antonio se levantó, sí; pero en vez de agradecer aquel rasgo generoso, se alejó sin contestar palabra, avergonzado y corrido y mor-diéndose, rabiosamente, los puños.

EJERCICIO DE REFLEXIÓN



Significación y qué *deber* nos enseña

¿Y no es verdad, amigos míos, que obró tan mal siendo soberbio y provocativo porque se creía fuerte, como dejándose arrastrar por el despecho, al verse vencido y perdonado?

PRECEPTOS MORALES

- 1.º *Pon tu fuerza al servicio de la amistad, y no la utilices jamás para enseñarte con el débil.*
- 2.º *La generosidad aumenta la victoria del fuerte; el abuso de su poder, la empequeñece. **

Dos amigos

II. — RECONCILIACIÓN

Ya os he dicho, amigos míos, que el hombre no debe ser soberbio, juzgándose superior a su semejante, y que tampoco debe abusar de sus fuerzas con el débil; sino antes bien mostrarse magnánimo y generoso, como hizo el nobilísimo Luis.

Y si no, ya veréis cómo la vida, con sus continuas mudanzas, vino a confirmar por los hechos, que son grandes maestros, la saludable lección.

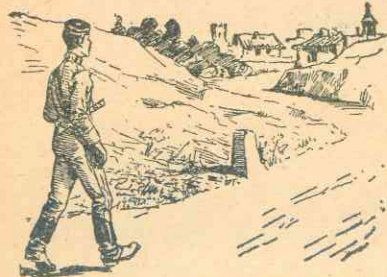
Ya eran hombres los que, en el dulce loquear de la infancia, jugaron a la leyenda del Mal y del Bien; y los años y las vicisitudes

* CONVERSACIÓN. — ¿Por qué riñeron Luis y Antonio? — ¿Qué diferencias físicas y de carácter distinguían a ambos niños? — ¿Cuál de los dos os parece más bueno? — ¿Por qué? — ¿Era reprehensible la conducta de Antonio? — ¿Cómo respondió Luis a las provocaciones de Antonio? — En la lucha, ¿demostró Luis su bondad y nobleza? — ¿Qué demostró, por lo contrario, Antonio? — ¿Qué preceptos debemos tener presentes? — LENGUAJE: ¿Cosa fútil? — ¿Lo contrario de fútil? — ¿Vigoroso? — ¿Lo contrario de vigoroso? — ¿El temperamento? — ¿Terquedad? — ¿Ensoberbecerse? — ¿Lo contrario de soberbio? — ¿Aplomo? — ¿Mansedumbre? — ¿Engreído? — ¿Despecho... despechado?

modificaron la naturaleza de ambos y los sentimientos del menos noble.

Fué Antonio al servicio de las armas, y la útil y ruda gimnasia del cuartel facilitó su desarrollo; desapareció el encanijamiento, fortaleciéronse sus músculos.

De regreso al pueblo, cumplido su deber, iba pensando en todo lo que había dejado al partir; la vista de la tierra querida, el puntito lejano que dibujaba el viejo campanario en el horizonte, despertaban su espíritu con arrullos amorosos.



De regreso al pueblo, cumplido su deber, iba pensando en todo lo que había dejado al partir

Porque vosotros no sabéis, si no os habéis alejado del regazo de vuestra madre ni habéis perdido el calorcito de la casa, qué emociones embar-

gan el ánimo, cuando se vuelve a los lindes en que se deslizó nuestra edad feliz: todo, hasta la hierba que pisamos, nos habla de cosas íntimas y dulces.

A medida que Antonio se acercaba al pueblo, las cosas y los hechos de su edad de niño aparecían en su memoria con fidelidad inesperada, y se gozaba tanto en sus recuerdos, como con la dulce esperanza de abrazar prontamente a la madrecita de su corazón.

¿Cómo no recordar, pues, al que fué su amigo querido, a Luis, y los hechos culpables que

de tan excelente compañero le habían distanciado? ¡Oh, sí! Y se avergonzaba de aquel orgullo que le había impedido, durante tantos años, abrir sus brazos al perdón y a la concordia!

—¡Pobre Luis!—pensaba Antonio.—Fué compasivo con mi debilidad, y yo opuse a su grandeza de alma mi inconcebible ingratitud.

Tan abstraído andaba meditando así, que, sin darse cuenta, por poco tropieza con un cuerpo tendido junto al camino. ¡Figuraos su asombro, cuando reconoció a Luis en aquella masa inerte!

Sí, era Luis, pálido, demacrado, con las carnes flácidas, huesoso, quizás muerto. Era Luis, que por consecuencia de una grave enfermedad, había perdido toda su lozanía.

Por fortuna no estaba más que desmayado. ¿Y qué diréis que hizo Antonio? Palpitándole el corazón de pena y alegría a un tiempo, cogióle tierna y delicadamente y le llevó hasta la primera casita, donde le prodigaron solícitos cuidados y se atendió a cuanto era menester.



—¿Me perdonas? ¡Bendito Dios que me ha permitido demostrarte, Luis amigo, la sinceridad de mi arrepentimiento!

¡Qué conmovedora escena cuando Luis recobró el sentido! ¡Cuánta alegría la de éste, que seguía siendo noble y grande de corazón, al reconocer a su amigo y enterarse de su abnegado comportamiento!

Con lágrimas en los ojos, abrazado a él y besándole la frente, balbuceó Antonio:

—¿Me perdonas? ¡Bendito Dios, que me ha permitido demostrarte, Luis amigo, la sinceridad de mi arrepentimiento!

Y entre lágrimas y abrazos, sellóse nuevamente una amistad, que les unió hasta los últimos días de su vida.

PRECEPTOS MORALES

1.º Debemos recordar los beneficios recibidos y corresponder a ellos dignamente.

2.º Las buenas obras son como el oro: no pierden nunca su valor. *

La paciencia

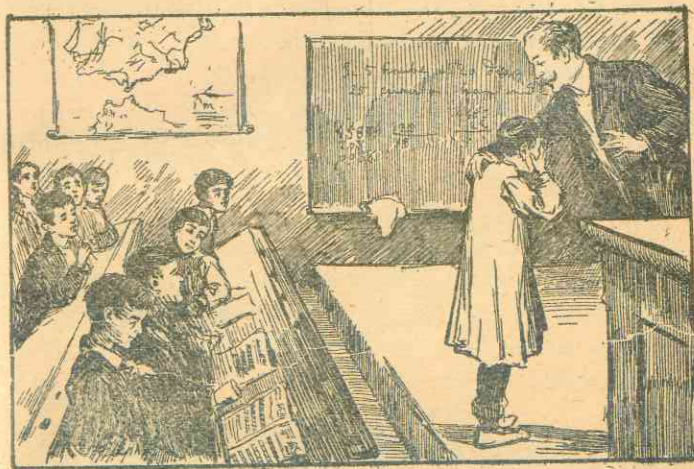
Desde sus primeros años, fué Pablo muy admirado de cuantos le conocían por la singular resignación con que sufría todas las contrariedades y por el ahinco con que afrontaba, hasta vencerlos, todos los obstáculos.

Su inteligencia no era muy despejada, que digamos, y, por esta causa, necesitaba prestar, en la escuela, mayor atención que casi todos sus compañeros a las explicaciones de los maestros. Éstos, que conocían la firmeza de su

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué significa la palabra *reconciliación*? — ¿Qué era de Antonio y de Luis? — ¿Quién regresaba a su pueblo? — ¿Cuándo? — ¿Qué recordaba Antonio al regresar a su pueblo? — ¿Qué hecho importante recordó también? — ¿Qué sucedió a Antonio cuando andaba distraído con sus pensamientos? — ¿Qué hizo con Luis? — Describid la escena que se desarrolló cuando Luis recobró el conocimiento. — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿*Magnanimidad*?... ¿*Magnánimo*? — ¿*Vicisitud*? — ¿*Encanijamiento*? — ¿*Músculos*? — ¿*Horizonte*? — ¿*Arrullar*... ¿*arrullo*? — ¿*Lindes*? — ¿Lo contrario de *compasivo*? — ¿Lo contrario de *ingrato*? — ¿*Abstraído*? — ¿*Masa inerte*? — ¿*Carnes flácidas*?

voluntad y la bondad de su carácter, le querían entrañablemente y le animaban para que no desmayase en su noble empeño.

Cierto día, en la clase de Aritmética, no supo descubrir la relación que existía entre un



Tapándose la cara con ambas manos y deshecho en lágrimas, se arrojó a los brazos del profesor

producto y los factores que lo formaban. Esforzóse el Profesor en guiarle llevándole, con hábiles preguntas, al conocimiento de la deseada relación, y... ¡no hubo medio!

Pablo, que era pundonoroso como el que más, sufría en silencio la ceguera de su inteligencia, y el maestro, que no ignoraba la lucha interior de aquel espíritu, sufría, sufría también.

—¡Cuánta torpeza! masculló un atrevido grandullón.

Pablo no pudo más. Tapándose la cara con ambas manos y deshecho en lágrimas, se arrojó a los brazos del profesor.

Éste le estrechó amorosamente, imprimió un beso dulcísimo en la frente sudorosa del pobre niño, y después de dirigir una mirada de desdén profundo al grosero y mal amigo, habló así:

— Perdonas — mi querido Pablo — al impertinente alumno que tanto tiene que aprender de tu aplicación y tus virtudes. No olvides cuántas veces nos encargó Jesús que perdonáramos, y no olvides tampoco el encargo que voy a hacerte y la profecía que pronunciarán mis labios, en este instante supremo:

¡No desmayes jamás! ¡Ten paciencia! ¡Tú serás hombre de provecho!!

* * *

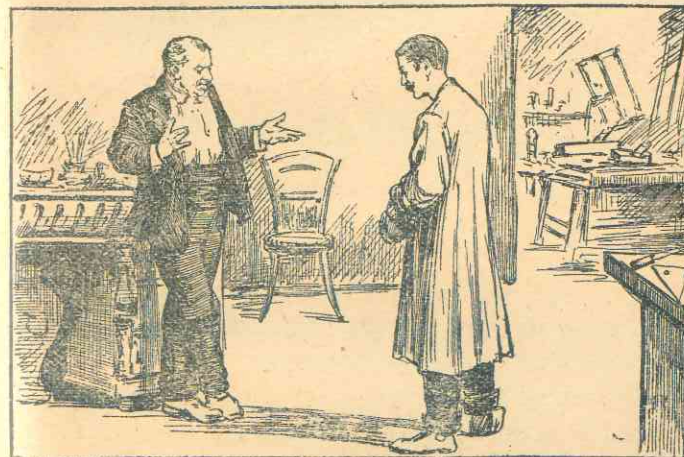
A la edad de 15 años, Pablo dejaba la escuela poseyendo una instrucción sólida, muy superior a la que habían adquirido casi todos sus compañeros, y ocupando un lugar de predilección en el alma de sus maestros.

Colocóse de aprendiz en una muy acreditada carpintería.

Las mismas dificultades que le ofreció la adquisición de conocimientos, se le presentaron en el aprendizaje de su oficio, hasta el extremo de que algunos trabajadores le motejaban con palabras mortificantes, augurando que jamás llegaría a poseer el oficio ni siquiera

regularmente. Pero Pablo recordaba las palabras de su maestro inolvidable: «¡No desmayes jamás! ¡Ten paciencia! ¡Tú serás hombre de provecho!»

Y eran de ver los esfuerzos que hacía para aprender, aquella alma abnegada por el trabajo. Y aprendió bien el oficio. ¡Vaya si lo aprendió! Al cabo de cuatro años no había



¡Pobre! ¡Tú, pobre! No, hijo mío; tú eres rico. ¿Qué mayor riqueza que tu honradez?

mejor oficial en el taller. Su honradez acrisolada; la atención con que hacía las cosas; su laboriosidad; su prudencia; su fe, en fin, en el porvenir, allanaron, nuevamente, todos los obstáculos y le conquistaron el alma entera de su patrono.

Algún tiempo después, el principal llamóle a su despacho y le habló de esta manera:

—¿No has pensado en establecerte por tu cuenta, Pablo?

—Sí, señor, si algún día me es permitido; pero... yo vivo de mi jornal. ¡Yo soy pobre!

—le contestó el buen obrero.
—¡Pobre! ¡Tú, pobre! No, hijo mío; tú eres rico. ¿Qué mayor riqueza que tu honra-
dez acrisolada, tu laboriosidad y tu constancia,
en vencer las dificultades?

Poseo lo necesario para vivir con desahogo,
y necesito quien me sustituya. Eres el dueño
de mi taller, y pongo a tu disposición cuanto,
además, necesites para tus empresas. Ya pa-
garás cuando puedas.

Tan viva fué la emoción de Pablo, que ni
siquiera pudo abrir los labios para pronunciar
una sola palabra. Su diestra estrechó, con
efusión, la del buen anciano, mientras que,
con la izquierda, recogía una lágrima de gra-
titud que no pudieron contener sus ojos.

El vaticinio de aquel bondadoso maestro se
había cumplido: Pablo tenía asegurado el más
brillante porvenir.

PRECEPTOS MORALES

1.º *Sé paciente, pues la paciencia es señal de sa-
biduría.*

2.º *La paciencia es un árbol de raíz amarga, pero
de frutos muy dulces. **

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué se notó en Pablo desde sus primeros años?
— ¿Poseía felices disposiciones para el estudio? — ¿Cómo vencía su falta
de disposición? — Explíquese qué ocurrió, cierto día, en la clase de Art-



A una niña

— ¡Papá, papá! decía
la tierna Rosa, del jardín volviendo. —
La jaula que guardaste el otro día
no seguirá vacía,
porque he logrado el nido que estás viendo.
¡Mira qué pajaritos tan pintados!
En esa jaula les pondré su nido;

mética. — ¿Cómo se condujo el maestro? — ¿Qué dijo a Pablo para
animarle? — ¿Cuándo y cómo dejó este niño la escuela? — ¿Qué oficio
aprendió? — ¿Qué le pasó al empezar el aprendizaje? — ¿Qué conducta
siguió? — ¿Cómo llegó a ser dueño de taller? — ¿Lo merecía? — ¿Por
qué? — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿Ahinco? — ¿Lo contrario de
ahinco? — ¿Preguntas hábiles? — ¿Lo contrario de hábil? — ¿Pundo-
nar... pandonoroso? — ¿Mascullar? — ¿Desdén? — ¿Impertinente? —
¿Predilección? — ¿Augurar... augur? — ¿Abnegación, abnegado? —
¿Honra-
deza acrisolada? — ¿Vivir con desahogo? — ¿Vaticinar... vaticinio?

prodigaré solícitos cuidados
 a los que aprisionar he conseguido,
 y les daré en constantes ocasiones,
 migas de pan, alpiste y cañamones.
 Luego la jaula pintaré por fuera
 y mandaré que doren su alambra...
 Pero ¿en qué estás pensando?
 ¿No me escuchas, papá? ¡Te estoy hablando!
 — Sí, querida hija mía;
 pensaba al escuchar esa querella,
 que en la cárcel me han dicho que hay vacía
 una celda muy bella...
 y que te pienso trasladar a ella.
 Como allí el reglamento es algo fuerte,
 ni tu mamá ni yo podremos verte;
 pero te mandaremos cien brocados
 que aumenten tu hermosura,
 y haré dorar cerrojos y candados,
 y de bronce pondré la cerradura.
 Pero... ¡cómo! ¿Llorando estás por eso?
 — Ya no lloro, papá; te he comprendido...
 Corro a llevar al árbol este nido,
 y... vuelvo por un beso. *

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

* CONVERSACIÓN. — ¿Quién es el autor de esta poesía? — ¿A quién va dirigida la poesía ésta? — ¿Qué decía Rosa a su papá? — ¿Cuándo se lo decía? — ¿Qué llevaba la niña? — ¿Qué se proponía hacer con los pajaritos? — ¿Cómo se proponía adornar la jaula? — ¿De qué se sorprendió la niña? — ¿Qué dijo a su papá, entonces? — ¿Qué le contestó el padre? — ¿Qué dijo el buen señor que sucedería cuando la niña estaría en la cárcel? — ¿Qué efecto produjeron en Rosa las palabras de su padre? — ¿Qué hizo Rosa? — ¿Debía agrandar esto al papá? — ¿Qué opináis de Rosa? — ¿Y de su papá? — ¿Qué os enseña esta fábula? — LENGUAJE: ¿Lograr algo? — ¿Prodigar cuidados? — ¿Solicitud... solícito? — ¿Querella? — ¿Una celda? — ¿Brocados? — ¿Cerrojos? — ¿Candado?

Kilín, el ciego

Por rara ventura, el niño Marcial salió de paseo con el médico D. Matías.

Y veréis si fué aprovechada la excursión.

A la vuelta de un promontorio, conforme se iniciaba el declive del pintoresco vallecito que los naturales llamaban «Pradería», tropezáronse con el ciego Kilín.

Sin duda no era ese su nombre; pero en todos aquellos andurriales no le conocían por otro. Quizás le pusieron Kilín los que así empezaron a llamarle, porque tan misteriosa como su procedencia era su figura.

Marcial no le había visto nunca hasta entonces, y se quedó sorprendido, mudo.

Kilín, de pie, la cabeza desnuda, alto y enflaquecido, la faz entre amarillenta y requemada por el sol, parecía una estatua.

Don Matías dejó transcurrir algunos minutos, y después, saludando cariñosamente a Kilín, estuvo conversando con él largo rato. Antes de retirarse, le preguntó:

— ¿Qué tal, querido? ¿Han pasado por aquí muchas almas buenas?

Buenas lo son todas — repuso el ciego; — pero muy pocas como la de V. Sin embargo, no puedo quejarme: me han dado lo suficiente para cenar esta noche y no volver mañana al camino sin el desayuno.

Despidióse el doctor dándole palmaditas amistosas, y Kilín le cogió una mano y la apretó efusivamente entre las suyas.



— ¿Qué tal, querido? ¿Han pasado por aquí muchas almas buenas?

Cuando estuvieron un poco apartados del infeliz, Marcial, no pudiendo contenerse, exclamó:

— ¿Cómo es, don Matías, que ese hombre está tan re-

conocido a V. y le llama más bueno que los que le han dado para la cena de esta noche y el almuerzo de la mañana?

Sonrió el médico y le contestó:

— Ese que has visto es uno de los seres más desgraciados, sencillamente por ser ciego. Necesita limosna para mantenerse; también la necesitan el lisiado y el tullido, y, sin embargo, no son tan infelices como él.

— Pues... dispéñeme V., D. Matías: no lo entiendo.

— Sí, hombre: el lisiado no puede ganar el sustento utilizando sus miembros, y necesita que lo socorran; otro tanto le ocurre al tullido, y el ciego...

— Y el ciego me parece que se halla en el mismo caso — interrumpió Marcial.

— Perfectamente; pero el tullido y el lisiado poseen un sentido inapreciable, que pone directamente en comunicación su alma con la

Naturaleza, y pueden gozar de sus encantos. Ni uno ni otro necesitan tanto como el ciego la sociabilidad; es decir, el contacto de gentes que eviten el aislamiento total de su vida. ¿Te haces cargo?

— Quiere decirse que el ciego está más solo.

— El ciego vive, ¿cómo te diré?, dentro de sí mismo, y por eso ansía la única comunicación del exterior que le consuela: la voz humana. De ahí que Kilín; con quién yo paso muchos ratos, agradezca tanto o más mi palabra que el dinero de los transeuntes, quienes le dan una moneda y se alejan dejándole ensimismado en sus tristes reflexiones.

* * *

Algunos días después, el padre de Marcial, hablando con D. Matías, se lamentaba de que el niño hubiera sufrido un cambio en sus costumbres:

— Antes, no salía de casa sino raramente, y ahora pasa largas horas fuera de ella.

— ¿Y no ha averiguado V. a dónde va?

— ¿Dónde? A jugar con sus camaradas, sin duda. Pero, por otra parte, no puedo quejarme, porque cumple todos sus deberes y no abandona sus estudios. Al revés; me parece verle más aplicado que nunca.

Sonrió el médico, y cambiando de conversación, condujo a su amigo hacia el sitio donde se hallaba Kilín.

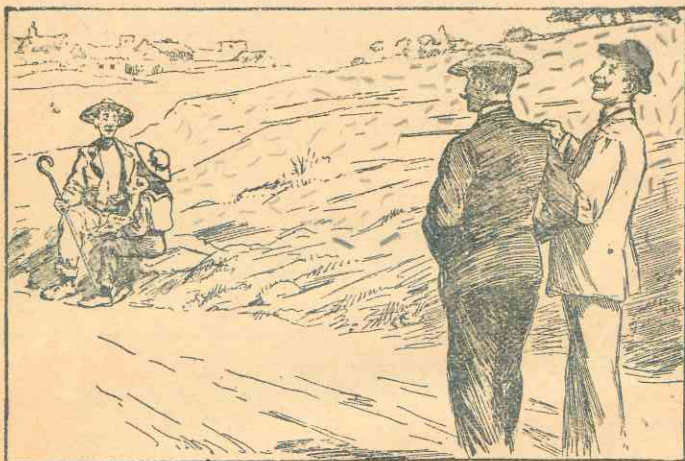
Allí encontraron a Marcial, sentado junto

al ciego y conversando con él, como hubiera podido hacerlo con el más querido de sus camaradas.

Antes de que el padre volviera de su sorpresa, exclamó el médico:

—¿Qué tal, Kilín? ¿Han pasado muchas almas buenas?

El ciego, al oír la voz de D. Matías, se puso de rodillas y dijo profundamente emocionado:



Allí encontraron a Marcial sentado junto al ciego y conversando con él, como si hubiera podido hacerlo con el más querido de sus camaradas

—Pero, ¿qué ha visto V. en mí, querido doctor, para mandarme un ángel todos los días? El me habla de todo lo hermoso y de todo lo bueno que hay en la obra de Dios.

—Bien, muchacho, bien— contestó el médico. —Has entendido perfectamente el amor que debes al prójimo.

Y, dirigiéndose al padre, añadió:

—Ahí tiene V. explicado, seguramente, por qué estudia más el buen Marcial: porque viene todos los días a dar su lección a Kilín, y así, además del mérito de su buena obra, tendrá otro premio en la sabiduría que, con su cristiana labor, adquiere todos los días.

PRECEPTOS MORALES

- 1.º *El bien que hacemos al desgraciado, redundará siempre en nuestro propio beneficio.*
- 2.º *No sólo necesita pan el pobre, sino que también cariño. **

La abnegación de Manolo

Hacia algunos días que Jorge Juan no concurría a la escuela, a causa de una grave enfermedad.

Sus compañeros le echaban de menos porque Jorge Juan era bueno, buenísimo y uno de los más decididos, ocurrentes e ingeniosos para organizar juegos y distracciones de toda clase.

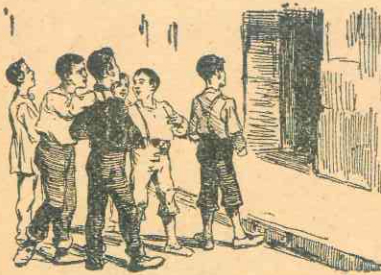
Cerca, cerquita de su casa, comentaban el suceso varios niños que habían ido hasta allí

* CONVERSACIÓN. — ¿Quiénes salieron de paseo? — ¿A quién encontraron? — ¿Qué habló el médico con Kilín? — ¿Qué llamó la atención a Marcial? — ¿Qué dijo el médico, referente a los ciegos, a los tullidos y a los lisiados? — ¿Qué sucedió días después? — ¿Qué concepto os merece la acción del niño Marcial? — ¿Qué sentimientos demostró? — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿Promontorio? — ¿Declive? — ¿Valleco? — ¿Andurriales? — ¿Lisiado? — ¿Tullido? — Los encantos de la Naturaleza: ¿qué encantos son éstos? — ¿Transeúntes? — ¿Ensimismarse... ensimismado?

con propósito de visitarle; porque, como podéis suponer, Jorge Juan era querido de grandes y pequeñuelos.

— Yo no iré con vosotros — dijo uno de los muchachos — pues en casa me reñirían.

— ¿Y por qué te reñirían? ¿por qué? — replicáronle a un tiempo varios niños, aguijoneados por la curiosidad.



¿Y por qué te reñirían? ¿por qué? — replicáronle a un tiempo varios niños...

— Os lo diré, pero no me descubráis. Dicen que Jorge Juan padece una enfermedad contagiosa. Cuantos entren en su casa están expuestos a morir;

porque, ¿oís?, el pobre Jorge se muere, se muere sin remisión.

Los muchachos quedaron consternados como si vieran un fantasma delante de sí, y, si no dieron un paso atrás, lo cierto es que se abstuvieron de entrar en casa de su buen amigo.

Manolito fué el único que, adelantándose, exclamó:

— Pues, yo quiero verle, ¡pobrecillo Jorge!

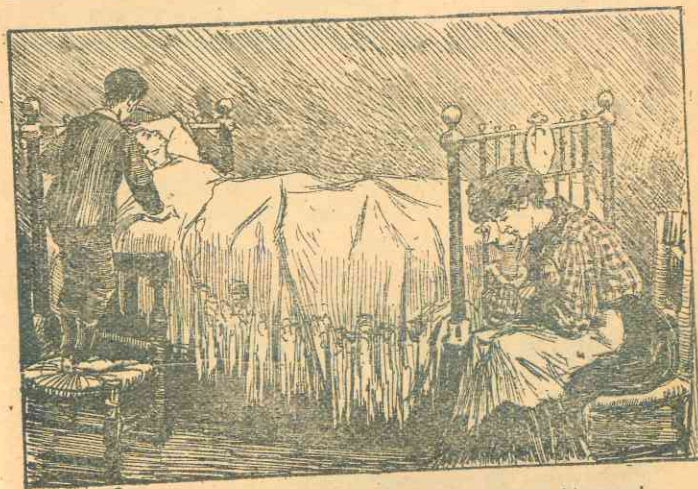
Y esto diciendo, entró decididamente en la casa, que conocía muy bien, y, sin que nadie le pusiera estorbo, llegó hasta la alcoba de su querido amigo.

A nadie esperaban en la casita; porque, en efecto, cundía la noticia de que la enfermedad

era contagiosa y no se acercaba persona alguna a la cabecera del pobre niño, exceptuando a su desconsolada madrecita.

El enfermo estaba amodorrado, y al pie de su cama lloraba, presa de terrible angustia, una madre infeliz.

Sin que ésta lo notase, Manolo subió en una silla; dió un beso a Jorge Juan, y le dijo cariñosamente:



¡Mira, tú, a ver si te curas! ¿eh? ¡Que vamos a jugar al trompo!

— ¡Mira tú, a ver si te curas! ¿eh? ¡Que vamos a jugar al trompo!

La madre de Jorge levantó la cabeza y, sin poder contenerse, estrechó a Manolillo en sus brazos, besándole enternecida.

— ¡Hijo mío! ¡hijo mío! — gritó.

Jorge Juan abrió los ojos, reconoció a su camarada y sonrió dulcemente.

— ¡Ah, qué dichosa soy! — continuó la madre. — Hace dos días que no le había visto abrir los ojos, ni los labios han pronunciado una palabra. ¡Dios te premie la caridad, Manuel!

¿Y creéis que paró ahí la hazaña de Manolo? Llegó a su casa, habló a su padre con tanto interés en favor del pobre enfermo, que aquella misma noche el buen señor visitaba a Jorge Juan.

La dolencia que éste padecía no era sino una gran anemia agravada por la pobreza de aquella madre, víctima inocente de cien inesperadas contrariedades.

El papá, de Manolo atendió con largueza a las ocultas necesidades de la infeliz familia, y pocas semanas después, Jorge Juan se hallaba completamente restablecido.

Jamás olvidó la noble acción de su querido compañero, y éste no tuvo en la vida, un amigo más sincero y más leal; de tal manera, que llegó a prestar a Manuel servicios utilísimos.

Tampoco la buena madre olvidó jamás los favores que ella y su hijo recibieron en aquella época de infortunio. Siempre le decía a Jorge: «Hijo mío, da tu alma a Manuel si un día la necesita. Que vea premiada de algún modo su inmensa caridad».

PRECEPTOS MORALES

1.º *Sed misericordiosos con el pobre; el cielo os pagará con creces cuánto por él hagáis.*

2.º *Si tenéis poco, dad poco; si tenéis mucho, dad mucho; pero dad siempre.* *

Ingratitud

(FÁBULA)

Poníanse a pescar en el mismo río y cerca uno de otro, Julián y Martín, dos antiguos camaradas.

Y ved cómo hacía la suerte que Martín se levantara, al cabo de algunas horas, con pesca abundante, y cómo la desgracia, que Julián se aburriese sin coger pececillo alguno.

Martín vendía ricamente su provisión, y lograba vivir con holgura; en cambio, Julián era tan miserable que, muchas veces, debía pedir prestado a su amigo hasta cebo para el anzuelo.

Y en vano tanteaba este sitio o el otro, río arriba, río abajo.

Inútilmente se ponía en el mismo punto de Martín, antes o después de presentarse su compañero: los endiablados peces no aparecían.

¿Sería cosa de hechizo? ¿Consistiría en la hora? ¿Consistiría en la caña?

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué le ocurría a Jorge Juan? — ¿Por qué no fueron a verle sus amigos? — ¿Quién fué únicamente? — ¿Qué demostró Manolo al visitar a su amigo enfermo? — Explíquese como Manolo llegó a la cabecera del enfermo y qué ocurrió. — ¿Qué hizo además, Manolo? — ¿Y su padre? — ¿Qué enfermedad padecía Jorge Juan? — ¿Cómo correspondió éste a los favores de su amigo? — ¿Y la madre? — Preceptos que debemos recordar. — LENGUAJE: ¿Abnegación? — ¿Ocurrente? — ¿Enfermedad contagiosa? — ¿Sin remisión? — ¿Amodorrado? — ¿Hazaña? — ¿Anemia? — ¿Anémico? — ¿Infortunio? — ¿Lo contrario de infortunio? — ¿Ser misericordioso?

— Martín — dijo un día Julián — he llegado al colmo de la desventura. Hace dos días que no hay en mi casa ni siquiera un mendrugo de pan. Si fueras tan bueno que me dejases pescar con tu mismo aparejo un cuarto de hora solamente, te quedaría eternamente agradecido, y no habría cosa que yo no hiciera en tu obsequio.

Martín, que era noble y generoso, accedió en seguida y de muy buena voluntad a los deseos de su infortunado camarada.

¡Virgen santa, qué modo de pescar! No hacía más que cebar, tirar el hilo, y ya sentía los coleteos rabiosos y codiciados.

Tal era su entusiasmo, que Julián pasó no un cuarto de hora, sino una, y bien larga, sacando peces y más peces.

Martín le dejaba hacer complacido y sintiendo honda satisfacción por la suerte de su amigo.

Y lo raro del caso fué que sacó un pececillo dorado, de especie desconocida en aquellos alrededores, y un trapo cosido, en forma de saco diminuto.

— Lo dicho, Martín, y gracias — exclamó recogiendo su fortuna.

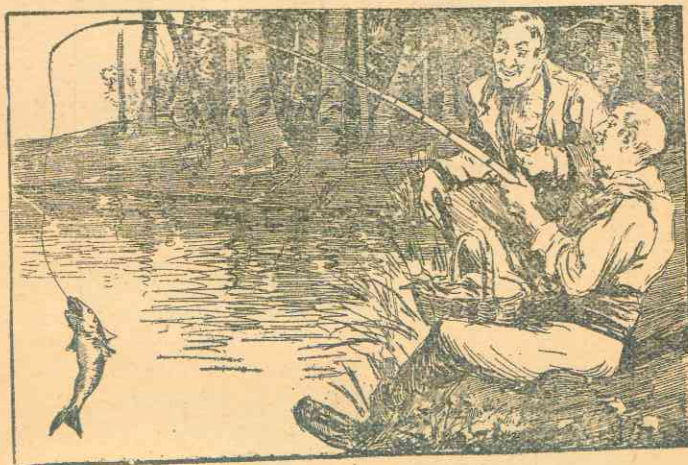
Que fortuna fué, en efecto; porque el pececillo dorado lo compró, a gran precio, un naturalista, y el saquito contenía una perla negra preciosísima, de muy subido valor.

Ello es que Julián se vió rico, en forma que pudo comprar todo el terreno, por ambas orillas, correspondiente al remanso donde pescaba Martín.

¿Y qué hizo? Prohibir, en absoluto, a su compañero, que tirase la caña. ¡Ingrato!

En cambio, él seguía pescando una horita cada día, enriqueciéndose más y más.

Pronto se cambiaron los papeles: el pobre y arruinado fué Martín.



Tal era su entusiasmo, que Julián pasó no un cuarto de hora, sino una, y bien larga, sacando peces y más peces

Entonces, éste le dijo un día:

— Julián, apiádate de mis hijos, que no han comido desde ayer; déjame pescar un cuarto de hora solamente.

Y Julián, sin acordarse del favor recibido, se negó a complacerle.

Pero ved que esto ocurría en el tiempo en que los campos y los bosques estaban habitados por las hadas, y el hada lo hizo así para probar el corazón de Julián.

Con lo que, viéndolo tan duro y desagradecido, dispuso que la pesca faltara en el remanso y fuera, siempre, abundantísima donde se ponía Martín.

Además, sobrevinieron calamidades en las fincas de Julián, y éste, que no cogía ni un ruín pececillo, no tardó en verse arruinado.

¿Y no le perdonó el hada?

— Sí, porque era muy buena. Le perdonó viéndole sinceramente arrepentido; pero con la condición de que pescase como criado de Martín, durante el resto de su existencia.

PRECEPTOS MORALES

1.º *Debemos agradecer los favores que nos hacen. El agradecimiento es virtud de las almas nobles.*

2.º *El que no sabe agradecer, no merece la protección de nadie ni los favores de la fortuna. **

La fuente y la mariposa

1. Sobre el cristal de una fuente una rosa se inclinaba, y en la linfa contemplándose y haciendo espejo del agua, su propia imagen veía de sí propia enamorada.

* CONVERSACIÓN. — Julián y Martín eran amigos y compañeros de trabajo: ¿Qué les sucedía? — ¿Qué favores hizo Martín a Julián? — ¿Merecía el segundo los favores recibidos? — ¿Por qué no? — Explicad la conducta de Julián con aquél a quien todo lo debía. — ¿Qué era, pues, Julián? — ¿Qué castigo recibió? — Lo sucedido es una fábula: ¿qué es una fábula? — ¿Qué fin tiene esa fábula? — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿Vivir con holgura? — ¿Lo contrario de holgura? — ¿Cebo? — ¿Sebo? — ¿Coleteos? — ¿Qué son las perlas? — ¿Naturalistas? — ¿Remanso? — ¿Hada? — ¿Calamidades?

2. En esto, con giros rápidos, una mariposa cándida llegó al borde de la fuente, y recogiendo sus alas, paró su vuelo un instante, caprichosa y fatigada.

3. Vió mecerse las dos rosas entre los soplos del aura, la del rosal verdadero, la que el cristal imitaba, y escogiendo la fingida para centro de sus ansias, dirigió su alegre vuelo a la cristalina taza, hundiendo en líquida tumba su cuerpecillo y sus alas, el tul que las transparenta y el iris que las esmalta.

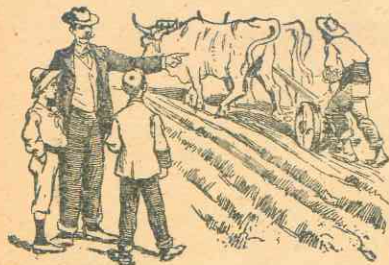
4. ¡Ay del que busca ilusiones y realidades aparta! Será, cual la mariposa aturdida de la fábula, que se hundirá en el abismo de la mentira y la nada. ¡Por cada rosa de arriba hay otra que finge el agua! *

JOSÉ ECHEGARAY

* CONVERSACIÓN. — (Después de haber leído cada apartado, el profesor hará las preguntas siguientes): 1. ¿Qué hacía esta rosa? — ¿Qué veía? — ¿Dónde? — 2. ¿Qué sucedió entonces? — ¿Cómo llegó la mariposa? — 3. ¿Qué vió la mariposa? — ¿Qué hizo? ¿Qué le sucedió? — 4. ¿Qué personifica la mariposa? — ¿Qué nos enseña esta fábula? — ¿Qué debemos recordar siempre? — LENGUAJE: ¿El cristal de una fuente? — ¿Por qué se dice que el agua es como el cristal? — ¿La linfa de una fuente? — ¿Cándido? — ¿Lo contrario de cándido? — ¿Recoger las alas? — ¿Tul? — ¿Iris? — ¿Apartar realidades? — ¿Abismo... abismarse... abismado?

El trabajo

Allá, en un pueblecito rural de Cataluña, cuyas casas parecen esconderse entre el ramaje de extensos robledales, moraban dos antiguas y acomodadas familias que, como sus predecesores, no tenían otras aspiraciones que vivir cristianamente y procurar el mejoramiento de sus haciendas.



Durante las vacaciones estivales, los dos camaradas se reunían en el pueblo, y sus padres procuraban iniciarles en el conocimiento de las faenas del campo

Los primogénitos de ambas familias eran, respectivamente, dos hijos varones, Guillermo y Rodolfo, cuya edad frisaba en los 12 años.

Juntos recibían sólida educación en uno de los colegios más acreditados de la capital del principado.

Buenos, inteligentes y aplicados, eran el encanto y la esperanza de sus familias.

Durante las vacaciones estivales, los dos camaradas se reunían en el pueblo, y sus padres procuraban iniciarles en el conocimiento de las faenas del campo, ya que uno y otro estaban destinados a continuar las sabias tradiciones de sus mayores.

Terminado el período de sus estudios, que no concluyó hasta haber cursado ambos la carrera de *perito agrícola*, regresaron definitivamente a sus hogares.

Aplicóse Guillermo, con tal afán, en la práctica de las operaciones de su carrera, que, a los pocos años, el rendimiento de sus predios había aumentado de un modo considerable.

Rodolfo, en cambio, sentía honda aversión a cuanto se relacionaba con la labranza, a pesar de los reiterados consejos de su padre.

Cierto día, díjole Rodolfo a su amigo:

—No comprendo, querido Guillermo, cómo puedes acostumbrarte a vivir entre estos rústicos. El día que yo pueda, me instalo en la ciudad para no respirar jamás el *perfume* de nuestras cuadras.

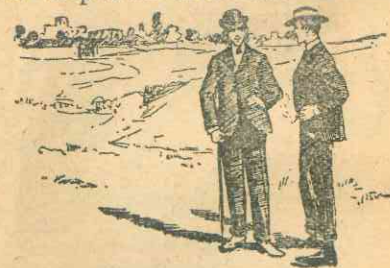
—Cultivo y mejoro lo mío, Rodolfo — respondióle Guillermo sabiamente.

—¿Qué necesidad tienes de ello? ¿No eres rico como yo? ¿Acaso no hay administradores que podrán ahorrarte, otro día, una faena tan pesada y fastidiosa?

—No me convences, amigo mío. No hallo deleite mayor que la experimentación de las teorías que aprendimos. Así, acreciento mis caudales, soy útil a estas buenas gentes y prolongo la vida a mi buen padre.

—¡Ba! —le replicó Rodolfo desdefiosamente. —

No me explico tus ridículas aficiones. Yo de-



—No me explico tus ridículas aficiones. Yo deseo más comodidades, más libertad, mayor lucimiento

seo más comodidades, más libertad, mayor lucimiento. No pasarás de la categoría de alcalde lugareño.

—¡Quiera Dios que algún día no te arrepientas de tus locuras!— contestóle Guillermo con tristeza.

* * *

Han transcurrido 15 años.

Guillermo continúa viviendo en la casa solariega. Él mismo dirige los cultivos de sus heredades, que han mejorado considerablemente, hasta el extremo de ser hoy el hacendado más rico de las cercanías.

Por otra parte, su ejemplo y sus consejos han producido un bien general, por cuanto va desapareciendo en la comarca la rutina de aquellos labradores. Todos conocen y emplean ya los abonos químicos y nadie deja de saber a qué atenerse en el importante problema de



No hay choza ni hogar donde Guillermo no sea querido y respetado

las alternativas de cosechas.

No hay choza ni hogar donde Guillermo no sea querido y respetado.

Rodolfo fué a vivir, efectivamente, en la ciudad, dejando sus haciendas al cuidado de un administrador, cuya fortuna aumentó de día en día.

Sin objeto preciso en qué ocupar el tiempo,

pensando únicamente en la ostentación y el lujo de la familia, disipó la fortuna que heredó de sus padres, quienes murieron de pesadumbre.

Cuando se dió cuenta de su imprevisión, tomó dinero a préstamo; lo invirtió en negocios que no entendía, y no tardó en verse arruinado.

Hoy vive en el pueblo penosamente, cultivando por sus brazos unas pocas tierras que le quedaron, y ocultando su vergüenza y su pesar entre el ramaje de aquellos extensos robledales.

PRECEPTOS MORALES

1.º *El hombre ha nacido para el trabajo; pues que éste es el origen de la gloria, de la riqueza y de la felicidad.*

2.º *Trabaja; pero ocúpate de lo que entiendas, si no quieres que tu ruína sea segura.* *

El rasgo de Luisa

Luisa era una niña encantadora.

Había que verla cuando era chiquitina, pareciéndose a un *bebé* de rubios cabellos, de faz hermosa como la de los angelitos.

* CONVERSACIÓN. — Dígase cómo vivían los padres de Guillermo y Rodolfo. — ¿Qué instrucción recibieron ambos niños? — ¿A qué les destinaban sus padres? — ¿Cómo se condujo Guillermo al concluir sus estudios? — ¿Y Rodolfo? — ¿Qué resultó de la conducta del primero? — ¿Y de la del segundo? — ¿Qué otros beneficios ha producido la conducta de Guillermo? — ¿A qué se vió reducido, últimamente, Rodolfo? — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿Rural? — ¿Predecesor? — ¿Lo contrario de predecesor? — ¿Primogénito? — ¿Principado? — ¿Tradición? — ¿Quiénes son nuestros mayores? — ¿Perito? — ¿Lo contrario de perito? — ¿Predio? — ¿Aversión? — ¿Rústico? — ¿Lo contrario de hombre rústico? — ¿Administrador? — ¿Administrador? — ¿Teorías? — ¿Lo contrario de teorías? — ¿Casa solariega? — ¿Rutina? — ¿Abono? — ¿Alternar? — ¿Alternativa? — ¿Ostentar? — ¿Ostentación? — ¿Pesadumbre? — ¿Imprevisión?

Ya entonces acariciaba sus muñequitas de trapo con ternura, con gracia sin igual.

Con estas disposiciones maternales, tenía tan encantados a sus parientes, que, antes de los ocho años, había reunido todo un museo: muñecas desnudas y vestidas; negras y blancas; parlanchinas éstas con su *papá* y *mamá*; automáticas las otras, susceptibles de adoptar varias posturas.

No podéis imaginaros tesoro parecido para una niña; pero no podéis tampoco pensar en criatura que más cuidase y atendiese a sus encantadores personajes de barro, porcelana o cartón.

Todas las muñecas tenían su nombre y a todas prodigaba cuidados iguales, como si pudieran entenderla y resentirse sintiendo celos. A *Roró* la acostaba dándole un beso; a *Mina* la mecía en sus brazos; a *Dola*, cogiéndola de la mano, dábale un paseo por el saloncillo.

A lo mejor, sentábalas todas: unas, en sillones de raso; otras, sobre çamitas; éstas, en regios sitiales; aquéllas, en cojines diminutos.

Y entonces se producía un espectáculo maravilloso, digno de un cuento de hadas.

Luisita armaba un teatrillo de polichinelas, y daba una representación de figurillas grotescas en obsequio a su grave auditorio.

¡Qué ratos más felices pasaban sus padres mirando, entre cortinas, aquellas expansiones de su hijita hermosa!

Llegó un día en que Luisita pasaba más

horas fuera, en la vecindad, que dentro de su casa.

Su cuarto daba tristeza: veíanse muñecas en los armarios, muñecas en la mesa y al pie de la cama, muñecas en los rincones, y todas, absolutamente todas, sucias, polvorientas... ¡olvidadas!

¿Qué le pasaba a la niña?



Todas las muñecas tenían su nombre y a todas prodigaba cuidados igual

Luisita tenía una muñeca de carne, una preciosa criatura de tres años, a quien su madre, enferma, no podía atender.

Jugaba con ella, con su *Roró Mercedes*; limpiábala, vestíala, dormíala en sus brazos.

Y cosa admirable, de instinto maternal: habíale llevado su teatrillo de polichinelas; sus muñecas, no.

Cuando sus papás averiguaron lo que ocu-

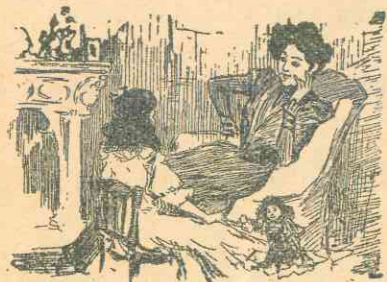
rría, abrazó la madre a Luisa, diciéndole:

— Eres muy buena, mereces un premio.

¿Qué quieres?

Luisa meditó un instante y repuso:

— Te he oído decir que mis muñecas valen un dineral. Pues bien, quiero que las vendas



— Eres muy buena, y mereces un premio. ¿Qué quieres?

para dar el importe a la vecina, que tan enferma y necesitada se halla. ¡Ay si muriese! Yo soy demasiado pequeña todavía para servir de madre a Merceditas.

Tan hermoso rasgo de compa-

sión conmovió a la buena señora, quien auxilió con largueza a la pobre enferma. Cuando ésta estuvo curada, llamó a Luisita su madre y le dijo:

— Ya ves como no ha sido necesario vender tus muñecas.

Luisita se echó en sus brazos, respondiendo:

— Gracias, mamá, y no sabes cuánto me alegro. Pero los padres de Mercedes son pobres y no pueden comprarle muñecas: ¿no te parece que debo regalarle la mayor parte de las mías?

PRECEPTOS MORALES

1.º Quiere mucho y serás muy querido.

2.º Sacrifica tus goces al consuelo de los que sufren, y labrarás, a un tiempo, tu felicidad y la ajena. *

Locura y reflexión

¡Hubiérais visto cómo iba Anselmo al salir de la escuela! No veía la calle, tropezaba con todo el mundo; tenía la cara encendida como la grana, y a duras penas podía contener las lágrimas, que pugnaban por salir copiosas de sus ojos.

Este Anselmo era un muchacho muy aplicado, y, por lo mismo, le tenía en mucha estima el profesor.

Nunca mereció la más mínima reprensión, el castigo más leve.

Pero ved ahí que aquel día cometió una falta imperdonable. Quiere decirse, imperdonable en él, que era tan discreto y comedido.

Pues, ¿qué era ello?—preguntaréis sin duda.

No queráis saberlo: una de estas faltas que sólo puede explicar la irreflexión y algo de orgullo mal comprimido.

Don Joaquín, su profesor, no tuvo más remedio que mantener la disciplina, y aplicar el correctivo a que se había hecho acreedor el atrevido discípulo.

Cuando llegó a casa Anselmito, entró fu-

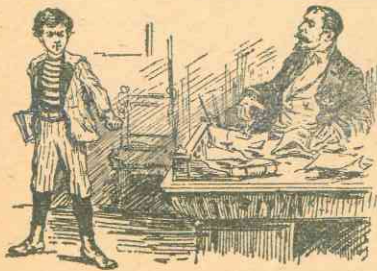
* CONVERSACIÓN. — ¿Qué hemos dicho de Luisa? — ¿Qué poseía? — ¿Cómo cuidaba a sus muñecas? — ¿Qué hacía en su obsequio? — ¿Qué cambio se observó en la niña? — ¿Por qué? — ¿Qué demostró Luisa al proceder así? — ¿Qué sacrificio se propuso en bien de su Mercedes? — ¿Cómo obró la mamá de Luisa? — ¿Qué nuevo rasgo de amor al prójimo se vió en ella? — LENGUAJE: ¿Bebé? — ¿Museo? — ¿Automático? — ¿Pródigo? — ¿Prodigar? — ¿Lo contrario de prodigo? — ¿Regio? — ¿Figuras grotescas? — ¿Auditorio? — ¿Labrador... Labranza? — ¿Labrar la felicidad?

rioso en el despacho de su papá y le dijo:

— Yo no vuelvo más a la clase de D. Joaquín.

El padre interrumpió su ocupación; clavó la mirada inquisidora en el muchacho, y contestó:

Primeramente, has de saber que no puedes



— Primeramente, has de saber que no puedes imponer tu capricho a los mandatos míos

imponer tu capricho a los mandatos míos; después, no olvides que es propio de chiquillos mal educados el expresarse así.

— Es que tú no sabes...

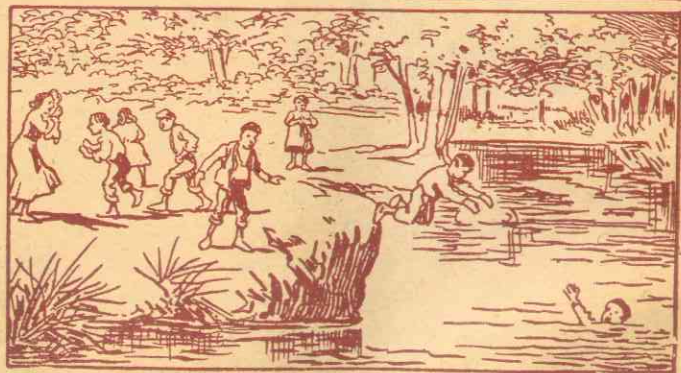
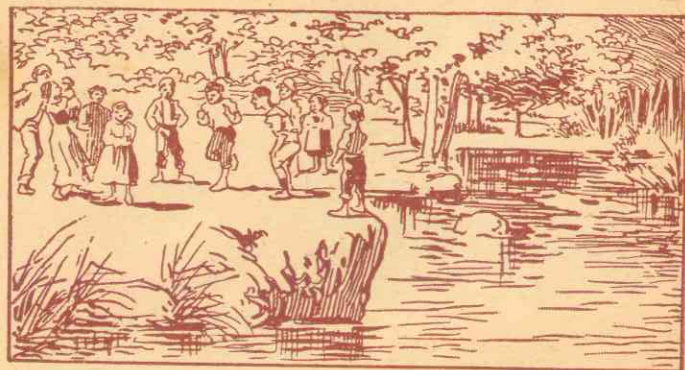
— Sí, que te ha castigado D. Joaquín, y aun ha sido suave el castigo.

— Papá, yo he sabido mis lecciones; soy el primero en la clase, y no he perdido nunca ningún puesto...

Le interrumpió su padre.

— Hasta hoy, puesto que los acabas de perder todos. El que no guarda consideración a sus superiores, no merece que se la guarden los demás. El maestro es tu superior, y a quien debes tanto respeto como al padre; pues él te educa; ensancha tus conocimientos, te abre el camino de la vida. Cuando estás en la escuela, me reemplaza a mí. El mismo respeto que a mí, a él se lo debes, y, además, le debes inmensa gratitud, porque has de saber que cuanto tus maestros hacen por tí, no puedes pagárselo con dinero.

EJERCICIO DE REFLEXIÓN



Significación y qué *deber* nos enseña

A las primeras palabras, entre severas y cariñosas del buen señor, Anselmo bajó los ojos avergonzado. Arrepentido, a la postre, besó la mano a su papá, y le preguntó si le autorizaba para volver enseguida al colegio.

— Sí, hijo, sí — contestó el padre, adivinando sus intenciones y congratulándose de ellas.

Anselmito corrió a casa de D. Joaquín, y, turbado, lloroso, balbuciente, dijo a su indulgente y cariñoso maestro:

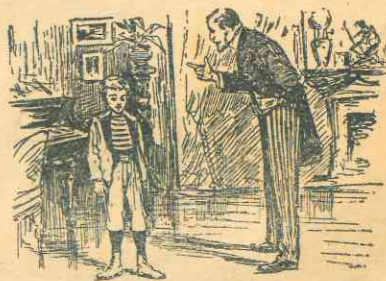
— Debo agradecerle, D. Joaquín que haya sido V. tan benévolo conmigo. ¿Me perdona V.?

— De mil amores — contestó gozoso el maestro. Pero no olvides, hijo mío, que mañana,

ya hecho hombre, tendrás otros superiores a quienes siempre debes respetar y obedecer, para que a la vez impongas respeto a los que deban obedecerte a tí. Tú no sabes el daño que me has hecho, el disgusto que me

has dado. Es éste de tanta consideración que, si reincidieras, perderías mi cariño para siempre.

Cosa que no le ocurrió a Anselmito; porque, desde entonces, fué el primero en aconsejar a sus camaradas que honraran a cuantos, por su edad, por su cargo, o por el parentesco, debemos gratitud, consideraciones y respeto.



No olvides, hijo mío, que mañana tendrás otros superiores a quienes siempre debes respetar y obedecer

PRECEPTOS MORALES

1.º *No seas orgulloso, pues el orgullo es origen de todos los males del alma.*

2.º *Perdona con frecuencia a los demás, y nunca te perdones a ti mismo.**

El farol y la estrella

APÓLOGO

1. Un farol se pavoneaba muy ufano acá en el suelo; mientras fija, desde el cielo, una estrella le miraba. Chocóle el afán prolijo de que era objeto, y, picado, con notable desenfado, encarándose, le dijo:
2. — ¿Por qué me miras osada? ¿Es que celos te inspiré? Si así fuera, por mi fe, no andabas descaminada. Comparados con los míos, pálidos son tus destellos, sólo de la noche bellos en los espacios sombríos; mientras que yo, esplendoroso, en la tierra que ilumino, guía soy en el camino, faro en el mar proceloso.

* CONVERSACIÓN. — ¿Cómo salió Anselmo de la Escuela? — ¿Por qué? — ¿Qué dijo a su papá? — ¿Obró bien este niño? — ¿Por qué no? — ¿Qué lección le dió su padre? — ¿Comprendió Anselmo su irreflexión? — ¿Cómo lo demostró? — ¿Fue indulgente su profesor? — ¿Qué le dijo? — ¿Le aprovechó a Anselmo la lección recibida? — ¿Qué preceptos no debemos olvidar? — LENGUAJE: ¿Copioso? — ¿Lo contrario de copioso? — ¿Discreto? — ¿Lo contrario de discreto? — ¿Comedido? — ¿Inquirir? — ¿Mirada inquisidora? — ¿Abrir el camino de la vida? — ¿A la postre? — ¿Congratularse? — ¿Balbucear... belbuciente? — ¿Benévolo? — ¿Reincidir?

3. Cual si por su idea loca Dios quisiera castigarle, un soplo vino a dejarle con la palabra en la boca. Su rayo, vana quimera, desapareció como por encanto; humilde la estrella, en tanto, hablóle de esta manera:

4. De común entre los dos hay muy poco aunque te asombre: eres tú la luz del hombre, y yo soy la luz de Dios. Tu poder no ha resistido a una ráfaga de viento; conmigo, sólo el aliento puede del que me ha encendido.

5. Quedó el soberbio humillado con tan severo discurso: la estrella sigue su curso; el farol sigue apagado.*

ANTONIO URIARTE

* CONVERSACIÓN. — (Después de leído cada apartado, el profesor hará las siguientes preguntas): 1. ¿Quién se pavoneaba? — ¿Dónde? — ¿Quién miraba al orgulloso farol? — ¿Por qué habló el farol a la estrella? — ¿Cómo le habló? — 2. ¿Qué dijo el farol a la estrella? — ¿Qué creía, el farol, de sus destellos? — ¿Qué beneficios creía proporcionar el farol? — 3. ¿Qué sucedió entonces? — ¿Cómo quedó el farol? — ¿Y la estrella? — 4. ¿Qué contestó la estrella al farol? — 5. ¿Qué efecto produjo lo dicho por la estrella? — ¿Cómo sigue el farol? — ¿Y la estrella? — ¿A quién personifica el farol? — ¿A quién, la estrella? — ¿Qué nos enseña este apólogo? — ¿Qué es un apólogo? — LENGUAJE: ¿Pavonearse? — ¿Ufano? — ¿Aján? — ¿Prolijo? — ¿Hablar con desenfado? — ¿Osado? — ¿Andar descaminado? — ¿El espacio? — ¿Sombrio? — ¿Mar proceloso? — ¿Quimera? — ¿Quimera vana? — ¿Soberbio? — ¿Humillación... humillado? — ¿Lo contrario de soberbio? — ¿Lo contrario de humillado?

Quien mal anda...

Es indudable que los refranes manifiestan las leyes que, ordinariamente, se cumplen en la vida social; pero también es muy cierto que estas leyes tienen, a menudo, imprevistas y dolorosas excepciones.

Oyese decir: «De tal palo, tal astilla»; «Tales padres, tales hijos»; «Dime con quién andas y te diré quién eres». Mas, pronto veréis, como, desgraciadamente, no siempre sucede así.

Era D. Julián un perfecto caballero, hombre honradísimo cuanto cabe y médico de merecida reputación. A D.^a Paz, su buena esposa, la adornaban todas las virtudes.

Frutos de este excelente matrimonio eran un niño y una niña, Augusto y Encarnación, de 10 y 8 años, respectivamente.



Su papá le cogió *infraganti* en su despacho, apoderándose de objetos varios

Don Julián y Doña Paz vivían únicamente para sus hijos, de tal manera, que todo lo sacrificaban al medio de proporcionarles la educación más esmerada.

Sólo Dios podría, pues, decirnos la causa de tal fenómeno que en aquel lugar se desarrollaba.

Encarnación había heredado el talento y las bondades de sus progenitores. Augusto, en cambio, era un muchacho de comprensión limitada e instintos tan rebeldes como espantosos; era falso, cruel y vengativo, y parecía una verdadera urraca, en su afán constante de apoderarse de cuanto caía al alcance de su mano.

Tendría escasamente siete años, cuando su papá tuvo que castigarle repetidas veces por cogerle *infraganti* en su despacho, llevándose plumas, papel, lápices y objetos varios.

Tan pronto ingresó en la escuela, acrecentóse, de tal manera, en el niño, el deseo de poseer lo ajeno, que era el azote de sus compañeros y el tormento de sus maestros.

Consejos, reprensiones, castigos, todo resultaba inútil. La tentación y el delito se sucedían continuamente.

¡Desgraciado! ¡desgraciado! — decía llorando su mamá. ¿De quién has aprendido esos vicios abominables?

No había cumplido Augusto los 13 años, cuando hubo necesidad de guardar, en la casa, bajo llave, no sólo el dinero, sino hasta las joyas de su buena hermana y los instrumentos de cirugía de su papá.

— ¡Dios mío! Este muchacho me acabará la vida — decía a menudo D. Julián.

Decidieron, por fin, encerrarle en cierta casa de corrección, donde pasó unos dos años, sujeto a la más rigurosa vigilancia; pero a los quince días de haber vuelto al lado de su familia, llevóse un magnífico reloj de oro de su mamá, que vendió por un puñado de pesetas.

El disgusto de aquellos honradísimos padres no tuvo límites. D. Julián, loco de dolor e indignación, llamó al malvado, y le dijo:

— Vas a acabar a disgustos con tus padres: ¿es que no habrá más remedio que arrojarte de casa?

Las lágrimas de una madre desolada y las súplicas de una hermana amantísima, ablandaron el corazón del atribulado doctor.

El indigno hijo, después de mil promesas de arrepentimiento sincero, quedóse al lado de sus padres.

No confiaba, empero, D. Julián, en la enmienda de su hijo. Presentía que aquella alma rebelde sólo había nacido para el mal.

Apoderóse del buen señor una tristeza increíble, y no pudo sobrevivir a la deshonra que tan segura creía.

Desgraciadamente, el presentimiento no había engañado a D. Julián: Augusto continuó rodando por la pendiente funesta.

No había cumplido los veinte años, cuando, complicado en un robo de cuantiosos valores, caía en poder de la justicia y era condenado a larga pena.

Sin duda que en la soledad de su celda de

reclusión, sentía el arrepentimiento por lo que había hecho: pero era ya tarde, desgraciadamente.

PRECEPTOS MORALES

1.º *Quien mal anda, mal acaba.*

2.º *No desees lo ajeno. El ladrón es la infamia y la hez de la tierra. **

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué es un refrán? — ¿Qué expresan los refranes? — ¿Qué refranes hemos leído aquí? — ¿Qué quieren dar a entender? — Háblese de D. Julián, de su esposa y de sus hijos. — ¿Eran bien educados Augusto y Encarnación? — ¿Por qué lo eran? — ¿Se cumplía, en Augusto, lo que dicen los refranes mencionados? — ¿Por qué no? — ¿Y en Encarnación? — ¿Qué pasión dominaba a Augusto? — ¿Cómo lo sabemos? — ¿Dónde lo encerraron sus padres? — ¿Se corrigió? — ¿Por qué no? — ¿Qué hizo indignado, D. Julián? — ¿Le perdonaron, nuevamente, a Augusto? — ¿Creía el padre en la enmienda de su hijo? — ¿Qué fin tuvo D. Julián? — ¿Qué le mató? — ¿Qué opináis de este hijo? — ¿Qué fin tuvo? — Preceptos morales — LENGUAJE: ¿Vida social? — ¿Virtud? — ¿Lo contrario de virtud? — ¿Fenómeno? — ¿Nuestros progenitores? — ¿Instinto? — ¿Una urraca? — ¿Coger a uno infraganti? — ¿Acrecentar? — ¿Lo contrario de acrecentar? — ¿Lo ajeno? — ¿Guardar algo bajo llave? — ¿Instrumentos de cirugía? — ¿Casa de corrección? — ¿Desolación... desolado? — ¿Presentir... presentimiento? — ¿Un correccional?

Cura prodigiosa

En todo el pueblo, no se habla más que de Jacintillo.

¡Qué muchacho! ¡Qué modelo de bondad!

Ayer, sin ir más lejos, dió la última prueba. Figuraos que no dirigía la palabra al hijo de don Roque desde mucho tiempo atrás, y según parece, el resentimiento era tan hondo, como si negocios gravísimos les hubieran enemistado para siempre.

Pues no; hételos ya tan amigos.

Se entera Jacintín de que Andrés se halla gravemente enfermo, y se enfada porque no se lo han dicho antes.

Sin perder minuto, se dirige a casa de don Roque, y ya le tenéis al lado de Andrés, hablando de sus cosas, como pudieran hacerlo los amigos más íntimos y cariñosos.

Dos horas después, el médico les sorprendía en tan agradable coloquio, y quedaba admirado de la mejoría del enfermo.

— Esto me parece un sueño — dijo el doctor. — La gravedad ha desaparecido por completo. ¿Ha recibido el niño alguna emoción extraordinaria?

¡Quién lo duda! La visita de Jacinto había producido al paciente una emoción viva, hondísima.

Al día siguiente, al salir de la escuela, el

noble amigo repitió su visita, y así sucesivamente todos los días, como si un deber imperioso le llamara al cumplimiento de aquella obra de caridad.



La convalecencia de Andrés fué rapidísima, y rápido fué también su total restablecimiento.

— Esto me parece un sueño — dijo el doctor. La gravedad ha desaparecido por completo.

Y no creáis que antes Jacinto-fuese así, no. Todo lo contrario: Jamás conseguían sus padres que fuese a ver a un enfermo. No ya con los amiguitos, sino tampoco con sus parientes. Hasta con sus propios hermanos era reacio en el cumplimiento de este deber de humanidad.

Y así ocurrió, una vez, que hubo de guardar cama-muchos días, y nadie acudió a distraerle durante aquellas largas horas de fastidio, de forzosa quietud.

Su padre, que era herrero, no podía abandonar la fragua; sus hermanos estaban en el pueblo próximo, con los abuelitos, y su madre, que debía atender a las necesidades de la casa, sólo podía estar a su lado el tiempo preciso para darle las medicinas y recomendarle que fuera juicioso.

¿Juicioso? Volvióle juicioso, en efecto, la enfermedad; pues comprendió cuán crueles son los que no quieren consolar a los que sufren, a los que no pudiendo moverse, corretear, di-

vertirse, se quedan tan solos con sus males y con sus tristezas.

Desde entonces, Jacinto constituyóse en enfermero de todos sus camaradas, y su satisfacción más grande es cargar con todos sus juguetes y plantarse en casa de los enfermitos,



Nadie acudió a distraerle durante aquellas largas horas de fastidio

cuando la dolencia no les postra o amodorra.

Recuerda siempre cuán horrible y pesada fué su convalecencia. ¡Ah! Le faltó a él toda esa alegría que ahora lleva consigo y que

hace curar más pronto a los que padecen.

Sí, tenedlo presente, hijos míos; esos enfermitos sujetos de mala gana a la inmovilidad, sufren mucho, mucho, al pensar que, mientras tanto, jugáis vosotros al trompo y a la saltacabrilla. Les daréis una alegría grande, muy grande, si les sacrificáis un ratito de vuestros juegos infantiles.

PRECEPTOS MORALES

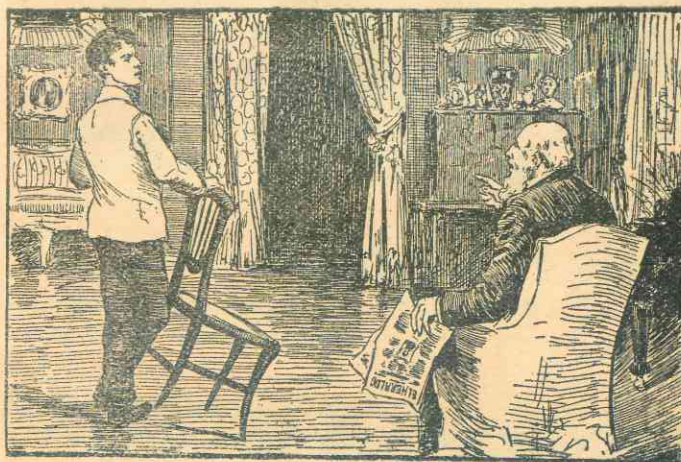
1.º *Visita a los enfermos. Nada más saludable para el doliente que la alegre cara del que le visita.*

2.º *La alegría que das al enfermo, es una medicina más poderosa que las que se venden en las farmacias.**

* CONVERSACIÓN. — ¿Por qué se hablaba de Jacinto? — ¿Qué acción meritoria había realizado? — ¿Qué efecto produjo lo hecho por este niño?

Consecuencias naturales

Fermín tenía el carácter despótico, muy despótico, y no perdonaba los defectos ni siquiera los leves pecadillos de los demás.



— ¿No es verdad, abuelito, que siempre tengo razón?
— No, hijo; desgraciadamente, sueles no tenerla nunca.

Reprendía, constantemente, a todo el mundo, y a tanto llegó la fatal conducta del muchacho, que los criados no podían resistir en la casa un mes seguido.

Era Fermín huérfano de padre, y su mamá sufría, naturalmente, disgustos continuados;

— ¿Por qué Jacinto obró así? — ¿Debe tener imitadores este niño? — ¿Qué nos enseña lo sucedido? — ¿Por qué debemos visitar a los enfermos? — Además, ¿qué demuestra quien visita a los que sufren? — LENGUAJE: ¿Prodigio? — ¿Prodigioso? — ¿Hacer algo sin perder minuto? — ¿Un amigo íntimo? — ¿Coloquio? — ¿Emoción? — ¿Deber imperioso? — ¿Reacio? — ¿Lo contrario de reacio? — ¿Fragua? — ¿Juicioso? — ¿Lo contrario de juicioso? — ¿Jugar a la saltacabrilla?

porque en vez de enmendarse el atrevido, cada día se mostraba más imperioso e independiente, más provocativo e intolerable.

—¿Verdad que siempre tengo razón?— preguntó un día a su abuelito, que vivía disgustadísimo por el carácter incorregible de su nieto.

—No, hijo; desgraciadamente no la tienes nunca. Si no abandonas esas torpes pretensiones, si no eres indulgente con quienes trates, se te esperan los mayores desengaños, las más crueles amarguras—le contestó el anciano abandonando la compañía del audaz muchacho.

—¡Qué gruñón es el abuelo!— murmuró en voz baja, el impenitente Fermín, no importándole ofender nuevamente al padre cariñoso y al anciano respetable.

* * *

Y ved ahora, queridos míos, cómo el abuelo tenía razón; que suelen tenerla, casi siempre, los más viejos.

Ya entonces veíase Fermín abandonado de sus camaradas. Nadie quería jugar con él, porque a todos afeaba sus cualidades; a éste, el modo de vestir; al otro, la manera de hablar; al de más allá, cualquiera otra cosa que se le antojara.

Más adelante, cuando llegó a los años en que el individuo no tiene la defensa de los padres, que disimulan los defectos de los pequeños y les atienden en cuanto necesitan, ¡cómo se cumplió la sabia profecía del buen anciano!

Conforme creció Fermín; aumentó su gran defecto: no saber disimular las faltas de los otros.

Y así como no podía, cuando niño, jugar con sus amigos, tampoco pudo, después, alternar con sus iguales. En el trato social se le cerraron todas las puertas, y en el trato íntimo, no pudo mantener amistad alguna.



De pérdida en pérdida, se vió en la ruina, empobrecido y sin que nadie se condoliera de su desgracia

Solo, en medio de sus semejantes, debía vivir aislado como un árbol que creciera en la soledad espantosa del desierto.

Lo más grave fué que, debido a su carácter insociable, cuantos negocios emprendió siempre fracasaron, y así, de pérdida en pérdida, se vió en la ruina, empobrecido y sin que nadie se condoliera de su desgracia.

Y ahora yo os pregunto: ¿qué es la vida, cuando se debe llevar en tales condiciones?

¿No os parece que, más que un deseo apetecible, debe ser causa de verdadera desesperación?

¡Cómo se cumplió la terrible profecía del buen abuelo!

PRECEPTOS MORALES

1.º Quien no disimula los defectos de los demás, se capta la animadversión general.

2.º Antes de criticar al prójimo, procura que no haya en tí cualidades censurables. *

La modestia

De la nube una gota desprendida
bajaba por los aires vagorosa,
y huyendo la corola de una rosa,
llegó a una madreperla resequida.

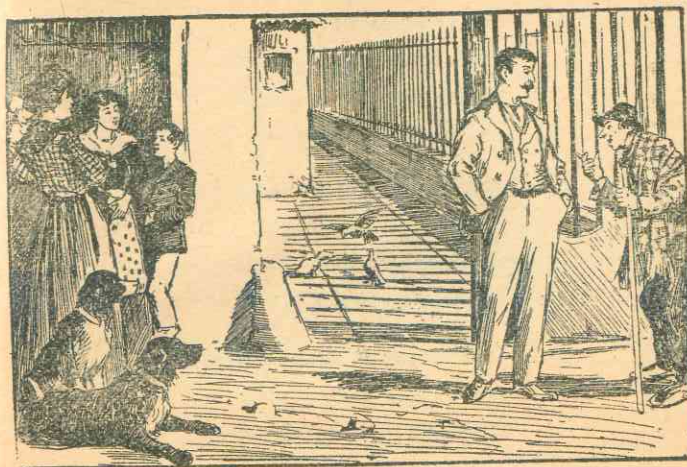
A su dulce influencia, cobró la vida
la concha y dijo: ¿Cómo, tan preciosa,
no llegaste a esta flor voluptuosa
que orgullo ostenta sobre el tallo erguida?

Y, temblando la gota, dijo: Al verla,
conocí mi humildad y fui a tu lado
creyendo que te fuera un refrigerio. —

La concha agradecida, la hizo perla.
Premiando su modestia la han pescado,
y hoy brilla en la corona de un imperio.

E. S.

* CONVERSACIÓN. — ¿Qué cualidades reprovables tenía Fermín? — ¿Sufría la madre por los defectos de su hijo? — ¿Qué preguntó un día a su abuelo? — ¿Qué respuesta profética obtuvo? — ¿A qué se atrevió, entonces, el audaz muchacho? — ¿Qué resultados le produjo a Fermín su carácter, siendo niño? — ¿Y siendo hombre? — ¿Qué reflexiones os sugiere este niño? — Preceptos que debemos recordar. — LENGUAJE: ¿Pecadillos leves? — ¿Lo contrario de leves? — ¿Enmendarse? — ¿Imperioso? — ¿Independiente? — ¿Provocativo? — ¿Intolerable? — Díganse los contrarios de imperioso, provocativo, independiente, intolerable. — ¿Incorregible? — ¿Lo contrario de incorregible? — ¿Audaz? — ¿Gruñón? — ¿Impenitente? — ¿Alternar? — ¿Un desierto? — ¿Insociable? — ¿Lo contrario de insociable? — ¿Condolerse? — ¿Captarse...? — ¿Animadversión? — ¿Censura... censurar? — ¿Cualidades censurables?



A un pobre

1. Llama sin temor, anciano;
Que el aldabón de mi puerta,
Siempre al infortunio abierta,
No hiere al pobre la mano.
2. Cordial hospitalidad
Se ofrece aquí con llaneza:
Quien sabe lo que es pobreza
Sabe lo que es caridad.
3. Ya lo ves: cuando a los hierros
De esa verja el rostro asomas,
Ni se azoran mis palomas
Ni airados ladran mis perros.

4. Mi familia, alborozada,
Sale a ver que tu bordón
Pulsa el rústico escalón
De mi rústica morada;
5. Depositado en tu mano
Sencillo disco de cobre,
Porque sabe que eres pobre
Te recibe como a hermano;
6. Y al verte de hambre temblar,
Te ofrece, risueña y franca,
Pan moreno y leche blanca
Acabada de ordeñar.
7. Ella no sabe si en pos
De algún mal fin va el potente;
Mas sabe que el indigente
Viene de parte de Dios.
8. Desecha vanos recelos,
El rústico umbral traspasa,
Y entre contigo en mi casa
La bendición de los cielos.
9. Depón, depón el rubor:
¡Tu grosero traje informe
Es el glorioso uniforme
De los hijos del Señor!
10. El cierzo duro de enero
Te está haciendo tiritar.
Siéntate al tranquilo hogar
Que aromatiza el romero;

11. Seca tus burdos vestidos
A su apacible calor,
Y él restituya el vigor
A tus miembros ateridos.
12. Alienta; que hallo, en verdad,
Unidas a tu pobreza,
No sé que humilde grandeza
Ni que triste majestad.
13. La frente, que al suelo inclinas,
Ciñen, con visos extraños,
La diadema de los años
Y la corona de espinas;
14. Y tu manto desgarrado,
De polilla carcomido,
Ante la llama tendido
Parece el cielo estrellado.
15. Otro mejor te daré,
Que la lluvia no traspasa:
El tuyo, en bien de mi casa,
Por reliquia guardaré.
16. Y si Dios sacia el anhelo
De mi espíritu inmortal,
Ese es el manto triunfal
Con que he de entrar en el cielo. *

FEDERICO BALART

* CONVERSACIÓN. — (Después de leída cada cuarteta, el maestro hará, respectivamente, las siguientes preguntas): 1. ¿Qué dice el dueño al an-

Un héroe

Si alguno de vosotros, queridos míos, ha visitado la inmortal Gerona, recordará que el curso del río Oñar la divide en dos partes: la ciudad propiamente dicha y el populoso barrio del Mercadal.

No olvidará tampoco que la antigua ciudad y su barrio se comunican por un magnífico puente de piedra de sillería y por otros varios puentes de hierro o de madera, éstos últimos a menudo en bastante mal estado de conservación. Esta circunstancia fué causa, quizás, del hecho que me propongo contaros.

Transcurría la última decena del mes de diciembre. El tiempo era frío, y, durante varios

ciano? — ¿Cómo le pide que llame? — ¿Por qué? — 2. ¿Qué ofrece esta casa? — ¿Por qué la ofrece? — 3. ¿Qué sucede cuando llega el anciano? — 4. ¿Qué hace la familia del dueño? — ¿Cuándo? — ¿Cómo lo hace? — 5. ¿Qué da la familia al pobre? — ¿Por qué recibe al mendigo como hermano? — 6. ¿Qué ofrece la familia al anciano? — ¿Por qué se lo ofrece? — 7. ¿Qué ignora la familia? — ¿Qué sabe? — 8. ¿Qué ruega el dueño al pobre? — 9. ¿Qué más le ruega? — ¿Qué es el traje del pobre? — 10. ¿Por qué hace calentar al pobre? — 11. ¿Qué desea el dueño? — 12. ¿Cómo anima el dueño al pordiosero? — 13. ¿Qué ve el dueño en la frente del pordiosero? — 14. ¿Qué ve en el manto del viejo? — 15. ¿Qué se propone hacer con el manto? — 16. ¿Para qué desea el manto del pobre? — ¿Qué obra de caridad cumple el dueño? — ¿Qué opináis del dueño? — LENGUAJE: ¿El aldabón de una puerta? — ¿El infortunio? — ¿Cordial hospitalidad? — ¿Ofrecer algo con llaneza? — ¿Azorarse? — ¿Airado? — ¿Alborozo... alborozado? — ¿Bordón? — ¿Potente? — ¿Indigente? — ¿Lo contrario de indigente? — ¿Recelo? — ¿Desechar el recelo? — ¿Recelo vano? — ¿Deponer el rubor? — ¿Cierzo? — ¿Calor apacible? — ¿Vigor? — ¿Restituir? — ¿Aterido? — ¿Majestad? — ¿Diadema? — ¿Diadema de los años? — ¿Polilla? — ¿Carcomido? — ¿Reliquia? — ¿Saciar? — ¿Anhelo?

días, había llovido copiosamente. La corriente del Oñar era muy crecida, hasta el punto de amenazar una temida inundación.

El puente de piedra y las pasarelas de que os he hablado, se hallaban atestados de personas de todos sexos y edades, que comentaban la rápida subida de las aguas. La curiosidad y el temor se pintaba en los semblantes. Los viejos, principalmente, que recordaban los estragos de pasadas inundaciones, se hallaban poseídos de verdadera intranquilidad.

De momento, un ¡¡ay!! aterrador que no pudo ahogar el ruido de la corriente, heló la sangre de todos los corazones.

— ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡¡Salvad a mi hijo!! — gritó, desesperada, una mujer del pueblo, que ocupaba casi el centro de la pasarela más cercana al puente de sillería.

Imposible deciros el espanto de la multitud.

Todas las miradas se fijaron en la corriente, donde, algunos segundos después, apareció el cuerpo de un niño de unos 6 años que era arrastrado furiosamente por las turbias aguas.

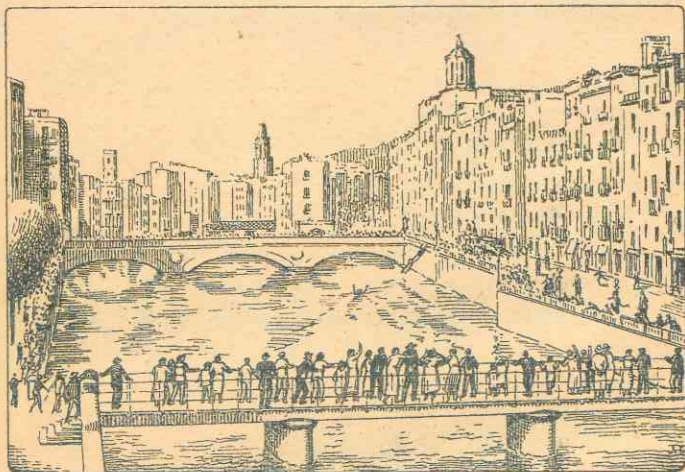
La infortunada criatura había caído al río, por uno de los huecos que dejan los barrotes cruzados que forman la barandilla de la pasarela.

La madre quedó desvanecida.

Ambas orillas del río se hallaban limitadas por fuertes muros de contención, desde donde, entonces, infinidad de personas contemplaban la rápida corriente.

Los atónitos espectadores fueron testigos de

un hecho asombroso, que merece ser escrito; porque, además de constituir un acto de heroísmo sublime, demuestra la existencia de almas generosas que saben ofrecer su vida en holocausto al amor que debemos a nuestros semejantes.



Salta un soldado sobre el muro, tira su ros y su capote, y, veloz como una flecha, se arroja a la corriente

Al aparecer el niño en la superficie del líquido elemento, salta un soldado sobre el muro, tira su ros y su capote, y, veloz como una flecha, se arroja a la corriente. Nada desesperadamente y, por milagro, consigue agarrar al infeliz muchacho.

Gritos de espanto y de admiración se escapan de la multitud.

— ¡¡ Desgraciados!! ¡¡ Salvadles, Dios mío!!...

La furiosa corriente les arrastra. Flotan... se sumergen... vuelven a flotar y a sumergirse... El férreo brazo del heroico soldado logra tomar la dirección de la orilla, y, minutos después, son recogidos en ella por varios hombres que corrieron en su auxilio.

— ¡ Salvados! ¡¡ salvados!!
— grita el gentío entusiasmado.

¡ Qué escena aquella escena, amigos míos!

— ¿ Cómo se llama V.? —
preguntaron algunos al heroico salvador.

— ¡ Qué os importa mi nombre! Atended al pobre niño y devolvedle a su madre desolada — les contesta el noble y valiente soldado.

Al día siguiente sus Jefes hicieron público que su nombre era Juan José González; que el General comandante de la plaza le había felicitado abrazándole con efusión, y que había sido propuesto para una merecida recompensa.

Hoy, Juan José González es el más admirado y querido de sus superiores, y ostenta sobre el pecho una honrosa cruz pensionada.



El heroico soldado
Juan José González

PRECEPTOS MORALES

1.º *Salvar la vida a un semejante tuyo, es el acto más sublime que puedes realizar.*

2.º *Sé humano y serás grande. **

Gratitud

Cada vez que me cruzo en la calle
con un noble viejo,
a quien tiemblan las piernas y abate
de la vida el peso,
inefable impresión de ternura
en el alma siento:
le saludo, y su mano arrugada
con cariño estrecho.
A las veces, alguno, ignorando
la causa del hecho,
pregunta curioso: — ¿Es acaso
de usted algún deudo?
— Algo más, le respondo orgulloso:
ese noble viejo
a quien amo y saludo, ése ha sido
mi primer maestro.

EDUARDO VEGA RODRÍGUEZ

* CONVERSACIÓN. — ¿Dónde está la ciudad de Gerona? — ¿Qué río la atraviesa? — ¿Qué separa dicho río? — ¿Cómo se unen la ciudad y el barrio? — ¿Qué sucedía entonces? — ¿Qué desgracia ocurrió? — ¿Quién se lanzó a salvar al niño? — ¿Lo consiguió? — ¿Qué os parece la acción de este soldado? — ¿Qué virtudes demostró poseer? — ¿Cómo fué recompensada la acción de nuestro héroe? — ¿Qué preceptos debemos tener presentes? — LENGUAJE: ¿Inmortal? — ¿Barrio populoso? — ¿Piedra de sillaría? — ¿Pasarela? — ¿Aguas turbias? — ¿Lo contrario de turbio? — ¿Holocausto? — ¿Flotar? — ¿Lo contrario de flotar? — ¿Ser humano? — ¿Ser grande?

LA PATRIA

¿Quién no ha pasado algunas horas en la casa de su amigo? ¿Quién no ha viajado hasta la aldea próxima, la villa no lejana o la ciudad más o menos distante y populosa?

Difícil es que alguno de vosotros deje de hallarse en este caso.

Y ahora, decidme, amiguitos míos: Aunque halléis, en la casa ajena, cariño, libertad y distracciones, ¿no es verdad que no experimentáis en ella la placidez, el encanto, la confianza, la alegría, en fin, que os ofrece el último rincón de la casita de vuestros padres?

¿No es muy cierto también que ni en la aldea próxima, ni en la vecina villa, ni en la ciudad populosa, habéis hallado jamás la placidez, la confianza, el bienestar, la alegría que experimentáis en la calle o en la plaza de vuestra vecindad o de vuestra villa, o en el umbroso olivar de vuestro pueblo o de vuestra aldea?

Sí, queridos míos: ¿quién no ha sentido en su alma el roedor gusanillo de la añoranza? ¡Y cuánto aumenta esa penilla, cuánto se agiganta el malestar, cómo se acrecienta la año-

ranza, si los negocios, los azares de la vida u otras causas nos retienen un tiempo largo y continuado alejados de la nación en que hemos crecido, en que hemos amado y con cuyo idioma elevamos al Todopoderoso las preces de nuestras almas!

¿No adivináis la causa que produce estos fenómenos, tan reales y verdaderos? Pues yo os la diré: el amor innato a nuestro cielo, a nuestro sol, a nuestros campos y montañas, al templo en que aprendimos a orar, al camposanto donde reposan los seres que fueron y hemos querido, a la población en que crecimos, a la provincia cuyas costumbres heredamos, a la nación con cuya lengua expresamos nuestras ideas primeras... En fin, el amor a la PATRIA.

Sí, porque la patria es todo eso. Nuestro cielo, nuestro sol, nuestros campos y montañas, nuestro templo, el camposanto de nuestros ascendientes, nuestro pueblo, nuestra provincia, nuestra nación, nuestro idioma: este conjunto arrobador de afecciones y recuerdos, esto es la PATRIA.

Las aves vuelan a sus nidos y las fieras regresan a sus guaridas: ¿habrá siquiera un solo hombre que desee morir alejado de su patria?

¿Será posible que exista quien no sienta por ella un amor puro y tan grande como entrañable?

Pero sabed que la patria nos exige sacrificios, que tenemos altísimos deberes para con ella.

La patria es un *todo*, y nosotros, sus hijos,

somos los elementos más importantes entre cuantos integran este todo. Si somos buenos, nobles, honrados, laboriosos, agradecidos, la patria florecerá esplendorosa y será fuerte y respetada; y brillarán, doquiera, la paz, la prosperidad y la riqueza. Si no poseemos aquellas virtudes, el malestar, la pobreza, la ruína, la debilidad, el descrédito y la deshonra serán el patrimonio de la patria y, también, nuestro propio patrimonio.

Aprended los siguientes versos del inmortal poeta D. José Zorrilla, que os enseñarán lo que debéis desear para nuestra segunda madre, y os dirán, mejor que yo, lo que debéis practicar para honrarla y enaltecerla.

Yo quiero un pueblo que alegre,
con gracia y con perspicacia,
que lo que derroche en gracia,
su trabajo lo reintegre.

Yo quiero un pueblo que crea
en Dios y que a Dios adore;
pero que trabaje e implore
sin cesar en su tarea.

Yo quiero un pueblo que cante
y que alegre sus talleres;
yendo allí con sus mujeres
y sus hijos por delante.

Quiero un pueblo noble y bravo
que trabaje porque debe;
no que en el trabajo lleve
el yugo vil del esclavo.

Quiero un pueblo que enamore
cantando, mas que se instruya;
que fabrique, que construya,
que maniobre y que labore.

Quiero un pueblo que trabaje
y en su casa no se aburra;
que investigue, que discurra,
que lea y hasta que viaje.

Quiero un pueblo con labranza,
con industria y con caminos,
por donde anden sus vecinos
con holgura y sin holganza.

Quiero un pueblo con ciudades
donde tengan por recreos
Institutos y Museos,
Sociedad y Sociedades.

Quiero un pueblo de aptitudes
capaces de iniciativas
cristianas, serias y activas
y de cívicas virtudes.

Pueblo, en fin, con las ventajas
de las prácticas modernas;
con más granjas que tabernas,
con más virtudes que alhajas;
sin viles pasiones bajas;
sin resabios ni secuelas,

con más libros que barajas,
más aperos que vihuelas;
con muchísimas escuelas
y poquísimas navajas. *

Gloria española

A los cinco minutos de haber empezado la clase de la mañana de aquel día, todos los niños notaron que la faz del celosísimo maestro irradiaba una indecible satisfacción.

Una hora después, don Julián suplicaba atención a sus discípulos, y les hablaba de este modo:

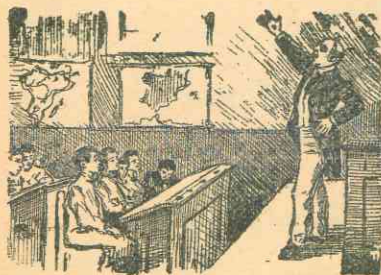
— Hoy voy a hablaros del *Escudo* y de la *Bandera* de la Patria.

¡El escudo y la bandera! He aquí los emblemas de nuestra nación querida.

En ellos habéis de ver simbolizada la Patria y no habéis de reparar en sacrificio alguno

* CONVERSACIÓN. — ¿En qué casa nos sentimos mejor? — ¿En qué pueblo? — ¿Por qué? — ¿Qué siente el que se halla largo tiempo alejado de su patria? — ¿Dónde anhelan morir los hombres? — ¿Por qué la patria nos exige sacrificios? — ¿Qué somos nosotros respecto de la patria? — ¿Qué cualidades debemos reunir para ser buenos patriotas? — ¿Qué sucederá si las reunimos? — ¿Y si no? — Recítense los versos de Zorrilla. — LENGUAJE: ¿Placidez? — ¿Encanto? — ¿Lo contrario de encanto? — ¿Ciudad populosa? — ¿Umbroso? — ¿Lo contrario de umbroso? — ¿Acrecentar? — ¿Lo contrario de acrecentar? — ¿Innato? — ¿Lo contrario de innato? — ¿Patrimonio? — ¿Investigar? — ¿Holgura? — ¿Museo? — ¿Granja? — ¿Alhaja? — ¿Resabio? — ¿Secuela? — ¿Apero?

para hacerles el debido honor. Nuestra gloriosa bandera republicana, la veis ondear diariamente en la fachada de la Escuela, para recordaros vuestros sagrados deberes para con la Patria



¡El escudo y la bandera! He aquí los emblemas de nuestra nación querida

¡La bandera!
¡Ah! Vosotros no sabéis el poder mágico de este emblema bendito. Las páginas de nuestra historia están llenas de hechos heroicos, que no se hubieran realizado

si no hubiese tremolado el lábaro santo de la patria. Ved, si no, uno de ellos.

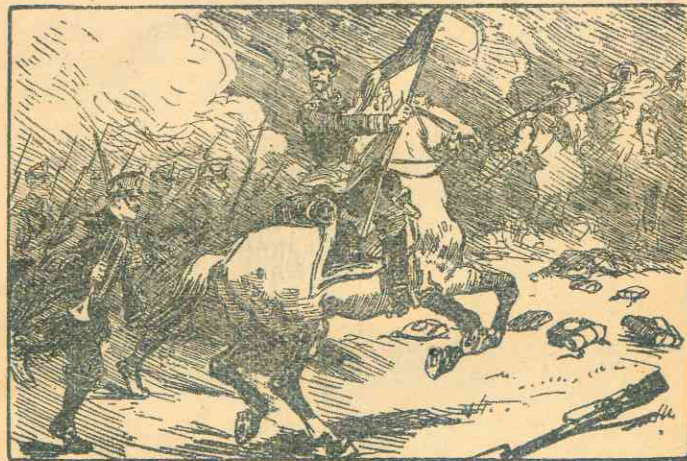
Era el primer día del mes de enero del año 1860. Nuestros soldados combatían heroicamente contra la feroz morisma, allá en los campos del territorio marroquí.

Los batallones españoles, al mando del general Conde de Reus, don Juan Prim, hallaron una resistencia tenaz, desesperada; de tal manera que no podían avanzar un solo paso sin que el plomo enemigo segara vidas y más vidas. Los moros atacaban con feroz ahinco, con brío inusitado, y el desaliento se apoderaba de los nuestros.

En vano el heroico general procuraba infundir valor a sus soldados: arengas, amenazas,

súplicas, palabras de camarada y amigo; todo inútil. Habíanse detenido en el avance y, en cambio, las fuerzas moras se les venían encima. El bizarro caudillo era presa de verdadera desesperación.

De repente, los ojos de Prim se fijan en la bandera de la Patria, que conducía el abande-



Avanzan nuestros soldados con ardidez asombrosa, y, después de una terrible lucha cuerpo a cuerpo, el espanto se apodera de los moros...

rado del regimiento de Córdoba, y brilla, de súbito, en su semblante, una ráfaga de inspiración. Lánzase sobre la bandera, la coge, la tremola en torno suyo, espolea su corcel hasta colocarse de nuevo a la cabeza de la hueste, y exclama con acento tremebundo: «¡Soldados!! Vosotros podéis abandonar esas mochilas, porque son vuestras; pero no podéis

abandonar esta bandera, que es de la Patria. Yo voy a meterme con ella en las filas enemigas... ¿Permitiréis que el estandarte de España caiga en poder de los moros? ¿Dejaréis morir sólo a vuestro general? Soldados... ¡viva la Reina!

Y, sin abandonar el estandarte de la Patria, no reparando en quien le sigue, lánzase decidido a vencer o morir. Avanzan nuestros soldados con ardidez asombrosa, y, después de una horrible lucha cuerpo a cuerpo cual pocas se han visto en los anales de la guerra, el espanto se apodera de los moros y el laurel de la victoria corona las armas españolas.

Tal fué la batalla de los *Castillejos*.

¿Quién podrá negar el poder mágico de la bandera de la Patria?

* * *

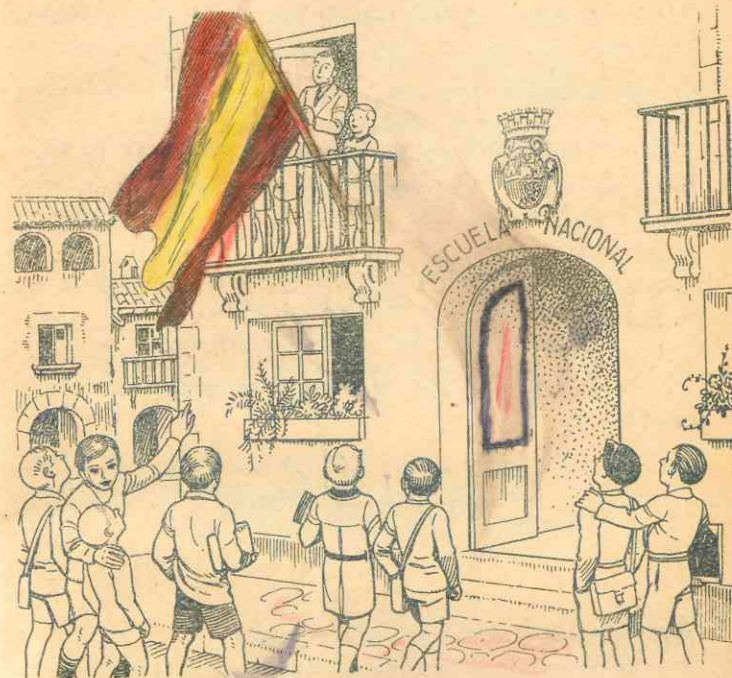
El Maestro continuó:

— Habéis de estar siempre dispuestos a defender, como en el ejemplo que os he puesto, la bandera de la Patria.

Que esta bandera os recuerde siempre el amor entrañable que debéis a vuestra segunda madre. Honrando a aquélla, os honraréis a vosotros mismos y trabajaréis en la santa empresa de engrandecer a nuestra querida España.

Morid por esta enseña sacrosanta, antes que la veáis abatida y mancillada; pues si perdierais, con honra, la vida del cuerpo, la patria,

agradecida, os daría otra vida perdurable: la que merecen los ciudadanos beneméritos, la vida de la inmortalidad.



La bandera es el símbolo de la Patria. Honradla y defendidla

— ¡Viva la bandera de la patria! ¡¡ Viva España!! fué el grito entusiasta con que terminó el maestro aquella patriótica sesión.

PRECEPTOS MORALES

1.º *Amad a vuestra patria con amor puro y desinteresado, que la devoción a la Patria es la primera de las virtudes.*

2.º *Descubríos siempre con respeto ante la bandera, porque ella es el símbolo de nuestras glorias nacionales. **

Canción de esperanza

1. Ya la aurora feliz del nuevo día
anúnciase con trémulo fulgor.
¡Salud, infortunada patria mía!
¡Oh tierra de mi amor!

* CONVERSACIÓN. — ¿Por qué se hallaba contento el maestro? — ¿Qué son el escudo y la bandera de la nación? — ¿Qué poder mágico ejerce la bandera de la Patria? — Explícase el hecho culminante de la batalla de los Castillejos. — ¿Qué prueba el arrojo de los soldados españoles en esta batalla? — ¿Por qué debemos amar a nuestra patria? — ¿Cómo debemos amarla? — ¿Qué debemos hacer ante la bandera de la patria? — ¿Por qué? — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿Faz? — ¿Ondear la bandera? — ¿Emblemas? — ¿Dignificar? — ¿Enaltecer? — ¿Ósculo? — ¿Magia? — ¿Poder mágico? — ¿Hechos históricos? — ¿Lábaro? — ¿Morisma? — ¿El plomo enemigo? — ¿Feroz ahinco? — ¿Arenaga? — ¿Bizarro caudillo? — ¿Ráfaga? — ¿Corcel? — ¿Anales? — ¿Sacrosanta? — ¿Aires nacionales? — ¿Casa Consistorial? — ¿Casa Capitular? — ¿Mancilla... mancillado? — ¿Lo contrario de mancillado? — ¿Ciudadano benemérito?

2. Almas nobles, al ser que os haya herido,
grandes y generosas perdonad,
y al pobre sin ventura, al desvalido,
benignas amparad.
3. Ya en las fábricas suena el ritmo de oro.
Ya el suelo inculto rompe el azadón.
¡Alcemos al trabajo himno sonoro
y férvida oración!
4. Al que labra, la suerte no es esquivá.
El páramo cambiemos en vergel,
y desposemos con la verde oliva
al glorioso laurel.
5. Del arte en las batallas triunfadoras
adoremos la ciencia y la virtud,
y duerman nuestros odios y rencores
en cerrado ataúd.
6. ¡Oh patria, por doliente más querida,
cesen ya tus desmayos y afición;
que tus hijos, por verte enaltecida,
darán brazos, cerebro y corazón. *

MANUEL REINA

* CONVERSACIÓN. — (Después de leída cada cuarteta, el profesor hará respectivamente, las preguntas siguientes): — 1. ¿Qué se anuncia? — ¿Cómo? — ¿A quién saluda el poeta? — ¿Qué dice a su patria al saludarla? — 2. ¿A quiénes se dirige el poeta? — ¿Qué les aconseja? — ¿Qué

Méndez Núñez

Transcurría el año 1866.

A consecuencia de un disgusto ocurrido entre nuestro gobierno y el del Perú, las relaciones de amistad que unían a España con aquella república americana, habían quedado interrumpidas.

Nuestra patria se dispuso a vengar la ofensa recibida, y, al efecto, encargó a sus barcos de guerra esta comisión tan ingrata como penosa.

El hecho más notable de aquella campaña lo constituye el bombardeo de El Callao, plaza fuerte y puerto principal de la nación peruana.

El día 2 de mayo — triste aniversario de otra fecha no menos memorable — la flota es-

les pide, además? — 3. ¿Qué quiere expresar el poeta cuando dice *que en las fábricas resuena el ritmo de oro?* — ¿Qué ve en el campo? — ¿Qué suplica el poeta a las *almas nobles?* — 4. ¿Cómo se ve recompensado el hombre laborioso? — ¿Qué le pide el poeta? — ¿Qué quiere expresarse diciendo *que se despose la oliva con el laurel?* — ¿De qué es símbolo el olivo? — ¿Y el laurel? — 5. ¿En qué quiere el poeta que triunfemos? — ¿Qué pide que adoremos luego? — ¿Cómo quiere que vivamos? — 6. ¿A quién invoca nuevamente el poeta? — ¿Qué le pide? — ¿Qué promete a su patria? — LENGUAJE: ¿Fulgor? — ¿Desvalido? — ¿Lo contrario de desvalido? — ¿Ritmo? — ¿Suelo inculto? — ¿Himno? — ¿Oración ítr-vida? — ¿Esquivo? — ¿Lo contrario de esquivo? — ¿Vergel? — ¿Páramo? — ¿Doliente? — ¿Aflición? — ¿Enaltecer... enaltecido?

pañola, al mando del brigadier de la armada D. Casto Méndez Núñez, conquistó nuevos laureles que difícilmente se marchitarán jamás.



D. Casto Méndez Núñez

Para asegurar el éxito de su empresa, el bravo general distribuyó la escuadra en tres divisiones. Formaban la primera las fragatas *Numancia*, *Blanca* y *Resolución*, con encargo de atacar las baterías formidables del Sur

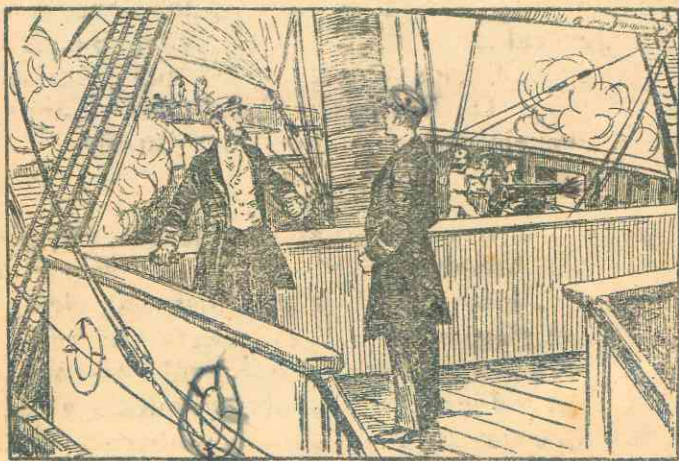
de la plaza. La segunda división la componían las fragatas *Berenguela* y *Villa de Madrid*, que debían atacar las baterías del lado Norte. Las fragatas *Almansa* y *Vencedora* constituían la división tercera, y se hallaban destinadas a luchar contra los buques enemigos.

Disipada a la mitad del día, la espesa niebla que ocultaba la plaza, nuestros barcos rompieron el fuego que fué valientemente contestado por los potentes cañones que guarnecían las fortalezas de El Callao. La valentía de nuestros marinos justificó, una vez más, el arroyo proverbial de las armas españolas, y fué de admirar la precisión y celeridad de su excelente artillería.

Al tiempo que una de nuestras granadas causaba estragos en los fuertes peruanos, un proyectil enemigo hería gravemente a Méndez Núñez, quien, a pesar de su estado, quiso con-

tinuar dirigiendo el combate, hasta que cayó desvanecido a consecuencia de la sangre perdida.

A las tres y media de la tarde, la *Numancia* se incendió, prendiendo fuego en el antepa-



— Antes que mojar mi pólvora, prefiero volar la fragata

ñol de la pólvora de proa. El capitán D. Victoriano Sánchez Berástegui, que la mandaba, recibió hasta tres avisos invitándole a retirarse del combate y anegar la santabárbara; mas el bizarro marino contestó, con frialdad espartana: « ¡ Antes que mojar mi pólvora, prefiero volar la fragata ! »

Media hora después, habíase conseguido apagar el fuego, y el heroico capitán redoblaba en la lucha su brío incomparable.

A las cuatro de la tarde, sólo tres cañones enemigos contestaban al certero y nutrido

fuego de los barcos españoles, y antes del anochecer, nuestra marina de guerra había conseguido la más señalada de las victorias.

Además de Sánchez Berástegui, pelearon con Méndez Núñez en este glorioso combate, los siguientes capitanes: D. Miguel Lobo, mayor general de la escuadra; D. Juan Bautista Topete, D. Carlos Valcárcel, D. Juan Bautista Antequera, D. Francisco Patero, D. Manuel de la Pezuela y D. Claudio Albargonzález.

* *

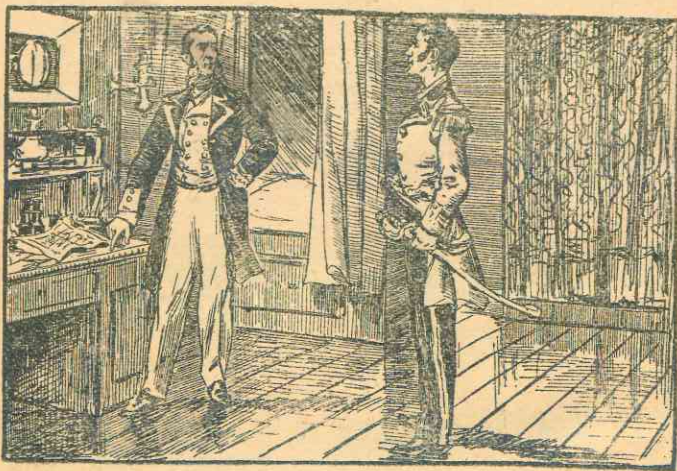
Si el talento y el valor no hubiesen conquistado para Méndez Núñez una página inmortal de nuestra historia, se la conquistaría, ciertamente, el siguiente episodio de esta guerra:

La escuadra inglesa, obedeciendo las órdenes de su gobierno, se hallaba dispuesta a impedir que la flota española bombardease la plaza de El Callao. El almirante británico hizo saber a Méndez Núñez que, si realizaba su intento, cañonearía a los buques españoles, y el bizarro marino le contestó: — « *No importa. España quiere más honra sin barcos, que barcos sin honra.* » Y como el inglés replicase que iba a interponerse entre la plaza y nuestras divisiones, Méndez Núñez añadió con entereza y decisión: « *Si V. se coloca entre la ciudad y mis barcos, mi deber será echarle a pique: no necesito estorbos.* »

Ya se guardó el jefe británico de cumplir su promesa temeraria.

* *

D. Casto Méndez Núñez había nacido en Vigo (Pontevedra) en 1824, y falleció en esta ciudad el año 1869.



— No importa. España quiere más honra sin barcos, que barcos sin honra

En el Museo Naval de la Corte, se conservan el uniforme que vestía el bravo general cuando fué herido en El Callao y sus anteojos de campaña.

Las ciudades de Vigo, Ferrol y Santiago le han erigido estatuas que pregonan las hazañas de nuestro héroe y, por ende, el recuerdo impercedero de su memoria.

PRECEPTOS MORALES

1.º *El buen ciudadano debe cumplir los deberes que tiene para con su Patria.*

2.º *Uno de estos deberes, y quizá el principal, consiste en velar por la honra de nuestra segunda madre.**

Dos almas nobilísimas

¿Quién no ha oído hablar de la guerra de la Independencia?

¿Quién no ha leído los hechos heroicos realizados por nuestros abuelos en Bailén, Gerona y Zaragoza?

¿Quién no sabe de memoria la luctuosa fecha del 2 de mayo?

¿Hay, acaso, español alguno que no pronuncie con orgullo los nombres de Palafox, Álvarez de Castro, Daoíz, Velarde, Castaños y Ruíz?

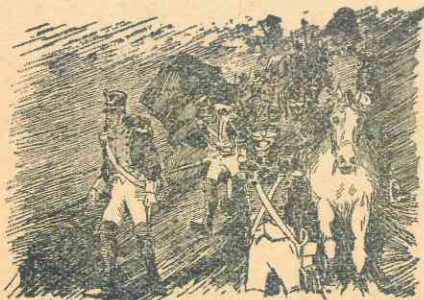
El hecho que vamos a narrar es rigurosamente histórico, y sucedió en 1808, en la plenitud de aquella guerra, sangrienta y horrible como todas.

Sentimos no recordar los nombres de los protagonistas; porque si la actitud de nuestro

* CONVERSACIÓN. — ¿Dónde está El Callao? — ¿Y el Perú? — ¿Qué sucedió entre España y el Perú? — ¿Cuándo? — ¿Cómo vengó España los agravios? — Describid el bombardeo de El Callao. — ¿Cómo demostró un valor temerario el capitán D. Victoriano Sánchez Berástegui? — ¿Cómo se distinguió Méndez Núñez en la lucha? — ¿Qué episodio le ha hecho inmortal? — ¿Dónde nació Méndez Núñez? — ¿Dónde murió? — ¿Qué reliquias conserva el Estado español de este caudillo? — ¿Dónde las conserva? — ¿Qué ciudades han honrado la memoria del héroe de El Callao? — ¿Cómo la han honrado? — ¿Qué deberes tiene el buen ciudadano? — Digase uno de los más principales. — LENGUAJE: ¿Bombardear? — ¿Plaza fuerte? — ¿Flota? — ¿Una fragata? — ¿Una batería? — ¿Proverbio? — ¿Arrojo proverbial? — ¿Precisión? — ¿Celeridad? — ¿Granada (en término de guerra)? — ¿Un proyectil? — ¿Pañol? — ¿Antepañol? — ¿Anegar? — ¿La santabárbara? — ¿Bizarro? — ¿Frialdad espartana? — ¿Episodios? — ¿Almirante? — ¿Echar un barco a pique? — ¿Británico? — ¿Un museo naval? — ¿Hazaña? — ¿Héroe? — ¿Por ende? — ¿Impercedero? — ¿Lo contrario de impercedero? — ¿Nuestra segunda madre?

compatriota resulta de una lealtad sublime, nuestro enemigo nos ofrece un corazón de oro; un hombre altamente humano que, a pesar de ser militar, debía de considerar la guerra como el mayor azote que puede flagelar a los pueblos.

El ejército de Napoleón que operaba en la provincia de Navarra, recibió la orden de diri-



Faltas de buenos guías, las tropas francesas andaban al azar, extraviadas por el monte

girirse a Zaragoza, donde el valor de nuestros hermanos llenaba de admiración y espanto al aguerrido invasor.

Era una noche oscura; tan oscura, que, a

tres metros de distancia, se perdía por completo la negra y borrosa silueta de las cosas.

Faltas de buenos guías, las tropas francesas andaban al azar, extraviadas por el monte y presas de evidente zozobra, temiendo, a cada instante, los horribles efectos de una emboscada.

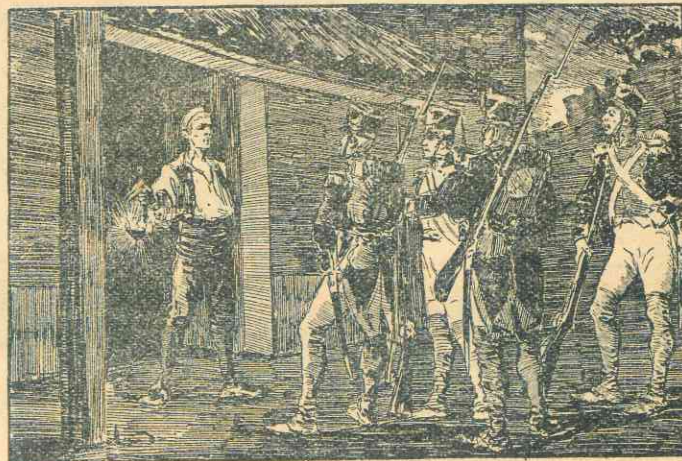
Explorando el terreno, de frente y por los flancos, andaban, como podían, algunas compañías; la vanguardia resultaba, pues, poco menos que inútil.

Uno de los grupos avanzados divisó a lo lejos una luz, a la que fué acercándose tomando toda clase de precauciones.

La luz aquella procedía de una humilde y

solitaria casa de campo, perdida entre pinares y robledales.

Una hora después, la avanzada francesa llamaba a la puerta de la casita, que no tardó a abrirse de par en par, apareciendo en el umbral, un hombre de unos 40 años, en cuyo semblante se adivinaba la característica lealtad de los honrados aragoneses.



— Sois los enemigos de mi patria. Aquí no se conoce la raza de los traidores

— ¿Conoces el camino que conduce a Zaragoza? — le preguntó el oficial.

— Sí, señor — respondió con gravedad el lugareño.

— Entonces, guíanos en seguida, y pagaremos espléndidamente tu servicio.

— ¡Dios me libre! — contestó el buen español. — Sois los enemigos de mi patria. Aquí no se conoce la raza de los traidores.

Las súplicas y las amenazas del francés resultaron infructuosas, pues el noble aragonés se encerró en una rotunda negativa.

Profundamente contrariado, el oficial mandó que prendieran al paisano, y, desandando el camino recorrido, le presentó a su jefe, diciéndole:



— Los hombres como tú no merecen ser fusilados. Vé en paz, noble paisano, vé en paz

— Mi general, ahí traemos un bergante que conoce el país y se niega a servirnos de guía.

— Señor general, ¡yo no soy un bergante! En mi vida he hecho otra cosa que trabajar honradamente para mi mujer y mis hijos — se apresuró a replicar con dignidad el ofendido.

— ¿Tú conoces el camino que conduce a Zaragoza? — le preguntó el general.

— Sí, señor.

— De consiguiente, serás nuestro guía.

— Eso, ¡jamás!

— Te daré cuanto pidas; más que no has ganado en tu vida.

— Guardaos vuestro dinero, señor. El oro es poca cosa para comprar corazones españoles.

— ¿Tú sabes, desgraciado, a qué te expones con tu proceder? — insistió, admirado el general.

— Sí, señor.

— ¿Ignoras que voy a fusilarte incontinenti?

— Ya lo sé; pero yo no puedo ser traidor a mi patria. Haced lo que os plazca.

El silencio más profundo siguió a las últimas palabras de aquel hombre admirable. El asombro, la admiración-sublime se reflejó en el semblante de aquellos soldados, envejecidos en las batallas.

— Los hombres como tú no merecen ser fusilados. Dichosa la nación que los posee. Vé en paz, noble paisano, vé en paz, — dijo el general sin poder ocultar una lágrima y estrechando la mano de nuestro héroe.

PRECEPTOS MORALES

1.º *No hay virtud superior a la lealtad para con la patria.*

2.º *La patria y la humanidad: he aquí los dos amores cívicos que más ennoblecen al ciudadano. **

* CONVERSACIÓN. — Dígase algo de la guerra de la Independencia: el por qué, Napoleón I, sus campañas. — Háblese de los sitios de Gerona y Zaragoza; de la batalla de Bailén: del 2 de mayo y de quiénes eran Pala-

La voz del patriotismo

1. Esquivando el mandato que le ordenaba que a defender su patria fuese a la guerra, por librarse del riesgo que le amagaba tomó Juan el camino de extraña tierra.
2. A Méjico y La Plata con Juan partían otros, como él imberbes y desertores, y que al zarpar la nave se estremecían más de remordimientos que de temores.
3. Todos sobre cubierta y hacia la orilla miraban que la tierra se iba alejando, mientras que de la nave la férrea quilla del mar las altas olas iba surcando.

fox, Alvarez de Castro, Castaños, Daoiz, Velarde y el teniente Ruiz. — ¿Quiénes andaban perdidos por el monte? — ¿De dónde venían? — ¿A dónde iban? — ¿Qué temían? — ¿Qué vió una avanzada francesa? — ¿Qué halló dicha avanzada? — Explíquese la escena ocurrida entre los franceses de la avanzada y el aragonés. — ¿Qué hicieron, entonces, los franceses? — Explíquese la escena entre el general francés y el paisano español. — ¿Qué consideraciones os sugiere el proceder del aragonés? — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿Fecha luctuosa? — ¿Narrar? — ¿Protagonista? — ¿Azotar? — ¿El asote de un pueblo? — ¿Invasor? — ¿La siueta de un objeto? — ¿Andar al azar? — ¿Zozobra? — ¿Una emboscada? — ¿Explorar? — ¿Planco? — ¿Una vanguardia? — ¿Lo contrario de vanguardia? — ¿Lealtad característica? — ¿Bergante? — ¿Paisano? — ¿Lo contrario de paisano? — ¿Incontinenti? — ¿Armer clínico?

4. Acaso contemplaban por vez postrera aquella tierra; tumba de sus mayores, y las casitas blancas de la ribera, que tal vez eran nidos de sus amores
5. Hacia el terruño patrio, con las miradas sus amantes deseos se les volvían, y quizás envidiaban las oleadas que en pos de aquellas playas se dirigían.
6. Y cuando la distancia nubló el encanto y las amadas formas de aquel paraje, sintieron de sus ojos brotar el llanto que aumentó la amargura del oleaje.
7. ¡Cuán dulces se mostraban y cuán hermosos del hogar los recuerdos a su conciencia, porque son al espíritu los más sabrosos, los que hallan el encanto de la inocencia!
8. ¡Oh patria, si tal duelo causa dejarte aun llevando en el alma tus bendiciones, cuánta será la angustia de abandonarte a costa de perfidias y de traiciones!
9. Pensó Juan en América tener ventura que aliviase de España la remembranza, pues cuando el alma es presa de la amargura huye siempre a los sueños de la esperanza.
10. Pero en la amada tierra de sus ensueños encontró, como premio de su vileza, el rigor y el castigo de avaros dueños y duro pan ganado con más dureza.

11. Al cabo de algún tiempo, supo allí mismo
que por fin nuestra patria venció en la guerra,
y oyendo los relatos de su heroísmo
mostrábase orgulloso de nuestra tierra.
12. Pero ¡ay! sintió amargado su gran contento
al propalar las glorias de su campaña,
por el hondo y aciago remordimiento
que le acosaba el grito de ¡Viva España!
13. Y siempre de España se envanecía,
haciendo de su patria pueril alarde,
una voz en su pecho le respondía
con reprensión amarga: "¡Calla, cobarde!"
14. Por ser digno de España volvió a su tierra
a ingresar en las filas de un regimiento,
y Juan, que entre sollozos dejó la guerra,
cuando se fué a buscarla, partió contento. *

RAFAEL TORROMÉ

* CONVERSACIÓN. — (Después de haber leído cada cuarteta, el maestro hará estas o parecidas preguntas): 1. ¿Por qué Juan huía de su patria? — ¿Obraba bien? — ¿A qué deber sagrado faltaba? — 2. Juan y los demás que con él partían ¿marchaban tranquilos? — ¿Por qué no? — 3 y 4. ¿Por qué miraban con tristeza la tierra que dejaban? — 5. ¿Qué envidiaban, quizás, a medida que se alejaban? — ¿Qué sintieron cuando perdieron de vista a su tierra amada? — 7 y 8. ¿Qué acudía entonces a su memoria? — La conciencia del mal proceder ¿aumentaba su tristeza? — ¿Por qué? — 9 y 10. ¿Qué pensaba hallar Juan en América? — ¿Vió realizadas sus esperanzas? — ¿Qué halló? — 11 y 12. ¿Qué supo Juan en América? — ¿Qué le causaban estas noticias? — ¿Por qué sentía remordimientos? — 13. ¿Qué le gritaba su conciencia cuando oía hablar de las glorias de su patria? — ¿Por qué no podía vivir tranquilo? — 14. ¿Qué hizo Juan para acallar la voz de su conciencia? — ¿Qué nos enseña lo relatado? — LENGUAJE: ¿Esquivar? — ¿Desertor? — ¿La quilla de un buque? — ¿Tener cuenta? — ¿Nuestros mayores? — ¿Remembranza? — ¿Un sueño?

LA NATURALEZA

Todo lo ha creado Dios y a cada cosa que vemos en torno nuestro le ha dado ser y vida, según sus condiciones especiales: he aquí la Naturaleza.

Tiene el hombre, además de los miembros necesarios para moverse, una inteligencia que le permite utilizar sus fuerzas naturales.

Tienen los demás animales de todas las especies, manera cómo vivir y un *instinto* adecuado que reemplaza a las facultades del hombre.

De modo, que la Naturaleza nos ofrece los seres dotados de un principio sabio, en armonía con sus necesidades.

No es extraño que la hormiga y la abeja sean laboriosas: cumplen con el instinto poderoso de vivir. No es extraño que el león y el tigre sean fieros: obedecen a la misma ley que impone la conservación de la especie. No es extraño que el hombre carezca de cuernos con que defenderse como el toro, ni de dientes como el elefante, ni de movilidad como la ardilla, ni de alas como el águila... porque, en cambio, tiene una facultad excelsa, poderosa, de que carecen las bestias, y que reemplaza todos los esfuerzos que la Naturaleza ha dividido y subdividido entre los demás animales: la *inteligencia*.

Gracias a esa inteligencia, el hombre puede ser astuto como la zorra, previsor como la hormiga, fuerte como el elefante y puede defenderse contra los animales más fieros y dañinos.

Pero no todo es malo en la escala inferior. Muchos de esos animales son útiles al hombre, como el asno mansísimo, como el caballo, como el buey, como la oveja, como el perro, como tantos y tantos seres que ayudan a la vida doméstica. Inmenso es el número de estos seres, y cada cual es necesario en su esfera. El rui-señor, el gorrión y el pardillo, por ejemplo, limpian de insectos los árboles, y es gravísimo pecado destruirlos.

Lo propio podemos decir con respecto a los vegetales y a los minerales. Todos obedecen a las leyes naturales, armónicas e inmutables, y todos contribuyen poderosamente a la satisfacción de las humanas necesidades.

Como obra de Dios, todo es perfectible en la Naturaleza y nosotros debemos amarla, porque ella es la vida y es pródiga en crear la vida. Gracias a ella, el campo da flores que nos perfuman y plantas que nos sustentan, y en el mar y en la tierra y en el aire, se desenvuelven seres numerosísimos que nos ayudan a vivir y que hacen grato nuestro paso por este mundo. *

* CONVERSACIÓN. — ¿De quién es obra la Naturaleza? — ¿A qué se amoldan el ser y la vida de los seres? — ¿Qué observamos en el hombre? — ¿Y en los demás animales? — ¿A qué reemplaza el instinto de los irracionales? — ¿De qué están dotados los seres? — ¿A qué necesidad obedece el instinto de los irracionales? — ¿Por qué el hombre no tiene necesidad de las defensas de que están provistos muchos irracionales? — Poder de la inteligencia del hombre. — ¿Por qué los animales irracionales son útiles al hombre? — ¿Por qué lo son los vegetales y los minerales? — ¿Por qué debemos amar la Naturaleza? — LENGUAJE: ¿La Naturaleza? — ¿Instinto? — ¿Adecuado? — ¿Lo contrario de adecuado? — ¿Reemplazar? — ¿Qué es un ser? — ¿Carecer? — ¿Lo contrario de carecer? — ¿Ardilla? — ¿La inteligencia? — ¿Astuto... astucia? — ¿Escaja de los seres? — ¿La vida doméstica? — ¿La esfera de un ser? — ¿Perfectible? — ¿Pródigo... prodigalidad... prodigar?

El sueño del campo

¡Qué triste aquella tarde de noviembre! El sopor de la Naturaleza anuncia el sueño invernal. Todo iba inclinándose al reposo. Los árboles, desprovistos de ramaje; las matas secas, convertidas en sarmientos; limpias de hojarasca las rocas; el campo ofrecía al ánimo un espectáculo desconsolador.

Aquí y allá, entre claro y claro, veíase alguna matita color verde-oscuro, de esos diminutos arbustillos que solemos conocer con el nombre de plantas perennes, y que sólo señalaban el cambio de estación en la pérdida de su brillantez.

Los gorriones, que antes tenían su palacio al abrigo de la vegetación lozana, habían tendido su vuelo hacia los aleros y en busca de los muros vetustos, entre cuyas hendiduras encontraban, sin duda, algo con que recordar los encantos primaverales.

Soplaba un airecillo sutil, que, no encontrando hojarasca donde despertar ecos agradables, hería la epidermis con estremecimientos de angustia.

Gris era todo; desde arriba hasta a flor de tierra, desde las nubes hasta el surco; únicamente, allá, en la lejanía, hacia poniente, dibujábase un color de fuego, para más tristeza del cuadro, apagado también.

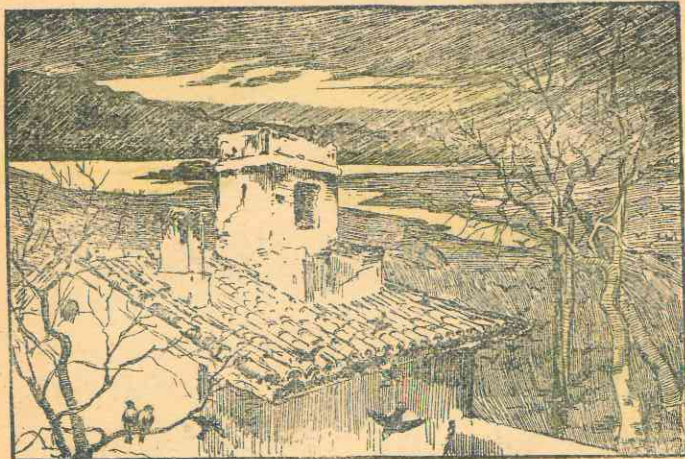
* * *

— Volvámonos al pueblo — dijo Ricardo a

su papá. — No me gusta salir al campo en estos días. ¡Qué horrible es!

— Ciertamente, Ricardo, la campiña no es tan hermosa en este tiempo como en mayo y en julio; pero no deja de tener ahora sus bellezas.

— Pues no las veo: todo esto es frío; me cansa, me apesadumbra.



Los gorriones tendían su vuelo hacia los aleros y en busca de los muros vetustos

— Que te apesadumbre, hijo mío, nada tiene de particular; pero ese aburrimiento sólo proviene de tu ignorancia. Si los árboles no se despojaban, en este tiempo, de sus hojas, difícilmente resurgiría la vegetación, que te da sombra y frescor en los abrasados días del estío; las brisas no murmurarían oreando las hojas; las plantas no te darían frutos jugosos

con qué apagar tu sed. Es necesario que el campo descansa una de sus noches, que es el invierno; como descansas tú cada día, y así como tú repones las fuerzas gastadas durante el ejercicio diurno, la tierra se prepara durante este intervalo para reproducirse en su incesante actividad. ¿Lo entiendes, Ricardo?



— Aunque a tus ojos parezca otra cosa, la vida se renueva y se reproduce sin cesar y en todas partes

— Si, papá; el campo es como un hombre muy grande que trabaja mucho, y que necesita más tiempo para descansar de sus fatigas.

— El campo, hijo mío, es muy grande; pero la Naturaleza, de que todos somos hijos, es un gigante. Fíjate en este riachuelo.

— ¡Calla! El agua corre más aprisa y parece que ha crecido.

— Eso es porque estamos en la estación de

las lluvias. Se llenarán los riachuelos, aumentarán los ríos y las aguas distribuirán doquiera gérmenes vitales, que prepararán los campos para la fecundación.

La nieve, que te parece tan helada, presta a las tierras calor, y después, con el deshielo, cuando la nevasca se convierte en torrentera, los riachuelos se multiplican, los ríos aumentan su caudal, y hasta la agreste montaña se pone en condiciones de renovar la vida. ¿Comprendes?

— Sí, papá, sí: quieres decirme que la Naturaleza es incansable, que trabaja en verano y en invierno, en primavera y en otoño.

— Quiero decirte, en efecto, que aunque a tus ojos parezca otra cosa, la vida se renueva, y se reproduce sin cesar y en todas partes y que, por eso, debemos amar la Naturaleza, que es fuente de vida inagotable.

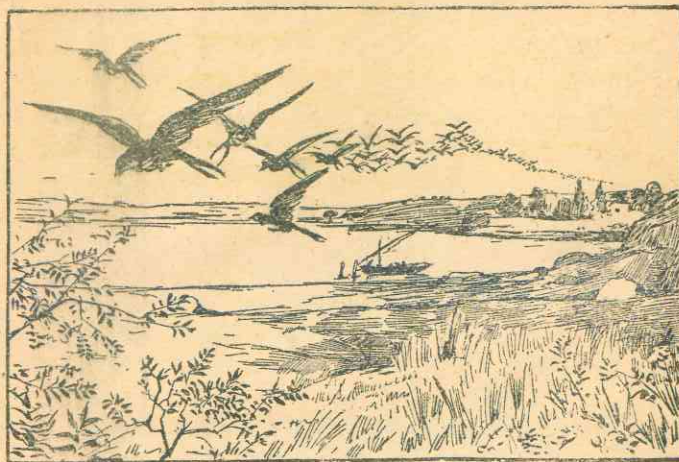
PRECEPTOS MORALES

1.º *La Naturaleza, activa siempre, nos da la norma para que seamos laboriosos.*

2.º *Debemos admirar la Naturaleza y rendirle homenaje amoroso, como madre fecunda que es de todo lo animado.*

3.º *Proteje los animales útiles y fomenta la multiplicación de los vegetales. Si no lo haces así te perjudicas a tí mismo y faltas a la ley de Dios, que manda conservar la vida. **

* CONVERSACIÓN. — La tarde era triste: decid las causas que producían esta tristeza. — ¿Por qué Ricardo quiso regresar a la aldea? — El padre de Ricardo veía bellezas en el campo: explicad en qué las veía, qué



Las golondrinas

1. Ellas cruzan de los mares
el blanco cendal tendido;
Ellas levantan el nido
En nuestros dulces hogares.
2. Ellas rizan azuladas
Las diademas de su pluma,

cosas eran admirables para él? — ¿De qué se convenció Ricardo? — Efecto de las lluvias en la Naturaleza. — Idem de las nieves. — ¿Por qué la Naturaleza es incansable? — ¿Por qué debemos amar la Naturaleza? — Preceptos morales. — LENGUAJE: ¿Sopor... soporífero? — ¿Sarmientos? — ¿Hojasca? — ¿Arbustillos? — ¿Plantas perennes? — ¿Lo contrario de perenne? — ¿Alero? — ¿En qué consisten los encantos de la primavera? — ¿Epidermis? — ¿La lejanía? — ¿Lo contrario de lejanía? — ¿Pesadumbre... apesadumbrar? — ¿Desolación? — ¿Resurgir? — ¿La brisa? — ¿Actividad incansante? — ¿Germen? — ¿Nevasca? — ¿Inagotable?

Y rompen la densa bruma
En magníficas bandadas.

3. Ellas cantan cuando arde
El rojo sol en la tierra;
Ellas gimen cuando cierra
Sus blancos ojos la tarde.
4. Ellas adornan sus galas
Del alba al primer destello;
Tienen muy blanco su cuello,
Tienen muy negras las alas.
5. Ellas, al morir la luz,
Lloran con eco doliente;
Ellas besaron la frente
De Jesucristo en la cruz.
6. Son las aves peregrinas
Que a Dios levantan el vuelo;
Son ¡ay! las aves del cielo,
Y se llaman golondrinas. *

ANTONIO F. GRILLO

* CONVERSACIÓN. — (Después de haber leído cada cuarteta, el profesor hará, respectivamente, las preguntas siguientes): 1. ¿Qué cruzan las golondrinas? — ¿Dónde fabrican sus nidos? — ¿Qué rizan? — ¿Qué rompen? — ¿Qué bruma rompen? — 2. ¿Cuándo cantan las golondrinas? — ¿Cuándo gimen? — 3. ¿Qué adornan? — ¿Cuándo? — ¿Cómo tienen su cuello? — ¿Y sus alas? — 4. ¿Cuándo lloran? — ¿Cómo lloran? — ¿Qué besaron? — 5. ¿Qué son las golondrinas? — ¿Debemos destruirlas? — ¿Qué beneficios reportan al agricultor? — LENGUAJE: ¿Cendal? — ¿Diadema? — ¿Bruma densa? — ¿Lo contrario de denso? — ¿La tarde tiene ojos? — ¿Qué se quiere expresar diciendo "la tarde cierra sus blancos ojos?" — ¿El alba? — ¿Alborear? — ¿Lo contrario de alborear? — ¿Destello? — ¿Doliente? — ¿El primitivo de doliente? — ¿Aves peregrinas?

La Primavera

1. ¿Quién eres, virgen bella, que tras el blanco velo
De mis ensueños puros te siento resbalar?
¿Eres visión del alma o eres ángel del cielo?
¿A dónde se dirige tu misterioso vuelo?
¿Quién pudo tus encantos magníficos crear?
2. Tu voz es la del aura que gime entre la fuente;
Tu aliento es el aroma del nardo en el jardín;
Tus labios son las tintas del alba sonriente,
Y bajo el chal de flores que luces transparente,
La imagen se adivina de alado serafín.
3. Tus bucles son los rayos del sol de la mañana;
Tus lágrimas son perlas que envidian las del mar;
Dibujan tus mejillas la nieve con la grana,
Y escondes como un cielo tu frente soberana
Entre guirnalda bella de pálido azahar.
4. El mundo se engalana cuando en el mundo asomas;
Los valles son tu trono, los montes, tu dosel;
Anuncian tu llegada tus hijos, las aromas,
Y son tus mensajeras blanquísimas palomas
Y alados ruiseñores en mágico tropel.

5. Sacudes en el aire tu blanca cabellera,
Y cuando alegre naces del verde abril en pos,
El mundo te recibe, gallarda Primavera,
Cual risa de los ángeles, cual pura mensajera
Del refulgente mundo donde se ostenta Dios. *

ANTONIO F. GRILLO

* CONVERSACIÓN. — (Después de leída cada quintilla, el profesor hará, respectivamente, las preguntas siguientes): 1. ¿Qué se canta en esta poesía? — ¿Merece ser cantada la *Primavera*? — ¿Por qué? — ¿Qué es una *quintilla*? — ¿Cuántas cosas se preguntan en la primera quintilla? — ¿Qué encantos tiene la primavera? — 2. ¿La primavera tiene *vos*? — ¿Por qué, pues se dice que la tiene? — ¿Qué se dice que es la voz de esta estación? — ¿Y su aliento? — ¿Y sus labios? — ¿Cómo se representa el poeta a la primavera? — ¿El *chal de flores* de la primavera? — ¿Qué se adivina bajo el *chal de flores*? — 3. ¿Qué son los bucles de la primavera? — ¿Qué esconden? — ¿Dónde? — 4. ¿Qué efecto produce la venida de esta estación? — ¿Qué se dice de los valles? — ¿Y de los montes? — ¿Qué anuncia su llegada? — ¿Qué aromas son esos? — ¿Quiénes son los mensajeros de la primavera? — ¿Qué sacude la primavera? — ¿Dónde? — ¿Quién la recibe? — ¿Cuándo? — ¿Cómo? — LENGUAJE: ¿*Ensueño*? — ¿Una *visión*? — ¿Vuelo *misterioso*? — ¿El *aura*? — ¿*Nardo*? — ¿El *alba*? — ¿Por qué se dice que el *alba* es sonriente? — ¿Un *serafín*? — ¿*Bucle*? — ¿Una *perla*? — ¿La *grana*? — ¿*Guirnalda*? — ¿*Azahar*? — ¿Qué es un *valle*? — ¿*Dosel*? — ¿*Mensajero*? — ¿*Tropel*? — ¿*Ir en pos* de algo?



LÉXICO

A

- Abnegación.** — Sacrificio grande y espontáneo que hace uno de todo cuanto puede en favor de otro.
- Abominable.** — Detestable, aborrecible.
- Abstraído.** — Apartado o retirado de toda comunicación con los demás. — Distráido.
- Acechar.** — Observar algo con atención y disimulo, casi siempre ocultamente.
- Acíbar.** — Substancia muy amarga.
- Acrecentar.** — Aumentar.
- Acrisolado.** — Purificado, depurado.
- Acusón.** — Dícese del muchacho que acostumbra acusar a los otros.
- Afán.** — Anhelado grande, solicitud.
- Aflicción.** — Sentimiento grande, pena, congoja.
- Agotar.** — Gastar del todo alguna cosa, consumirla.
- Ahíno.** — Eficacia, empeño o diligencia grande con que se hace o solicita alguna cosa.
- Airado.** — Lleno de ira.
- Ajado.** — Mustio, marchito.
- Alacena.** — Hueco hecho en la pared, con puertas y estantes para guardar cosas.
- Al azar.** — A la casualidad, sin guía.
- Alba.** — Resplandor del día que anuncia la salida del sol.
- Albar.** — Tierra que se siembra.
- Aletargado.** — Como muerto, desmayado, en la inacción.
- Alevosía.** — Traición. Acción oculta contra la vida o la honra de una persona.
- ¡Al higuí! — Exclamación que repiten los niños en ciertos juegos de movimiento.
- Alianza.** — Unión con otro.
- Almirante.** — El que desempeña el cargo supremo de la armada, que equivale a capitán general de ejército en los de tierra.
- Altanero.** — Orgulloso, soberbio, altivo.
- Altivez.** — Orgullo, soberbia.
- Altozano.** — Monte de poca altura en terreno llano.
- Amodorrado.** — Dominado por sueño violento o gran pesadez.
- Amonestación.** — Advertencia que se da a una persona para que se enmiende o abstenga de algo malo.
- Anales.** — Relaciones de sucesos históricos hechos por años.
- Andurrial.** — Paraje extraviado o fuera del camino.
- Anegar.** — Inundar.
- Anemia.** — Enfermedad que consiste en la disminución de la cantidad necesaria de sangre.
- Antepañol.** — Compartimiento in-

mediato y anterior de un pañol.
Pañol. — Compartimiento que se hace en la proa y en la popa de los buques, destinado a guardar bigcocho, pólvora, etc.
Apacible. — Manso, dulce, de trato agradable.
Apenumbrado. — Sombrío, triste.
Apero. — Conjunto de instrumentos y demás objetos útiles para la labranza.
Apetecible. — Deseable, tener gana de alguna cosa.
Aptitud. — Disposición natural para algo, oportunidad, facultad, potestad, suficiencia para obtener y ejercer un empleo o cargo.
Arbitrio. — Facultad de hacer una cosa con preferencia a otra. *Estar al arbitrio de otro:* depender de su voluntad o poder.
Ardidez. — Valor, ardimiento. Sagacidad, astucia.
Arduo. — Muy difícil o penoso.
Arenga. — Discurso dirigido a una o varias personas, principalmente para enardecer los ánimos.
Árido. — Seco, estéril.
Arlequín. — Persona informal, ridícula o despreciable.
Armónico. — Que tiene armonía. Conveniencia de unas cosas con respecto a otras.
Arrobador. — Que causa éxtasis, que nos lleva fuera de nosotros mismos en fuerza de asombro o de gran deleite; que causa grandísimo placer al alma.
Arrullo. — Cancioncilla monótona para adormecer a los niños. Palabras de cariño dulcísimo.
Ascendiente. — Nuestro padre o abuelo, de quien descendemos.
Asedio. — Molestia, persecución, bloqueo.
Asiduo. — Frecuente, puntual constante, perseverante.

Aspiración. — Anhele, deseo grande por alcanzar alguna cosa.
Astroso. — Despreciable, roto, sucio.
Aterido. — Pasmado de frío.
Atónito. — Pasmado, espantado.
Atracción. — Acción o efecto de atraer, esto es, de traer hacia sí alguna cosa, v. g.: *el imán atrae al hierro.*
Audaz. — Osado, atrevido.
Auditorio. — Concurso o reunión de oyentes.
Augusto. — Que merece gran respeto y admiración.
Aura. — Luz sonrosada que se ve momentos antes de salir el sol.
Aversión. — Oposición, gran repugnancia.
Azahar. — Flor del naranjo, del limonero y del cidro.

B

Báculo. — Palo que traen en la mano para sostenerse los que están débiles o son viejos. Bastón.
Balbuente. — Que dice las sílabas de las palabras de una manera incompleta e interrumpida.
Batanar. — Dar golpes a alguno. Pegar.
Batería. — Conjunto de piezas de artillería y de artilleros que las sirven.
Benemérito. — Digno de algún honor, empleo, etc., a que se ha hecho acreedor por sus méritos o servicios.
Benévolo. — Que tiene buena voluntad o afecto a otro.
Bergante. — Pícaro, sinvergüenza.
Bizarro. — Valiente, esforzado, animoso.

Bordón. — Especie de bastón más alto que la estatura del hombre.
Borrasca. — Tempestad, tormenta del mar.
Brisa. — Aire suave que sopla en las costas.
Británico. — Perteneciente o relativo a Inglaterra.
Brocado. — Tela de seda tejida con oro o plata.
Brucos. (dar o caer de). — Boca abajo, de cara contra el suelo.
Bucle. — Rizo de cabellos en forma cilíndrica.
Burdo. — Tosco, grueso. Tela grosera.

C

Captarse. — Conseguir, alcanzar afectos del ánimo de alguna persona, v. g.: *captarse la amistad de alguien.*
Carcoma. — Insecto que roe y taladra la madera.
Carcomido. — Roído por la carcoma.
Caudillo. — El jefe superior que guía y manda a la gente de guerra.
Celda. — Cuarto de las cárceles en que moran los reclusos. — Aposento destinado al religioso o religiosa en el convento.
Celeridad. — Prontitud, presteza, velocidad.
Cendal. — Tela de seda o lino muy delgada y transparente.
Cercenar. — Cortar las extremidades de alguna cosa. Quitar, suprimir por completo. Disminuir, acortar, rebajar.
Cerciorarse. — Adquirir la certeza de algo.
Cerviz. — Parte posterior del cuello. *Bajar la cerviz:* Humillarse uno, dejando el orgullo y presunción.
Cierzo. — Viento norte.
Claudicar. — Proceder y obrar defectuosa y desarregladamente, con respecto a principios que antes se habían seguido. Cojear.
Colmar. — Dar con abundancia. Llenar una medida, cajón, etcétera, de modo que lo contenido levante más que los bordes.
Colina. — Altura de tierra que, por su poca elevación, no llega a ser montaña.
Colono. — El labrador que cultiva y labra una heredad por arrendamiento y vive en ella.
Coloquio. — Conferencia o plática sustentada entre dos o más personas.
Comedido. — Cortés, atento, moderado.
Concordia. — Unión, conformidad.
Condescendiente. — Que se acomoda, por bondad o por necesidad, al gusto y voluntad de otro u otros.
Condolerse. — Compadecerse.
Congratularse. — Alegrarse de los bienes o dichas de otro.
Congregarse. — Juntarse, reunirse.
Conscientemente. — Que siente, piensa, quiere y obra con cabal conocimiento y plena posesión de sí mismo.
Consternado. — Con el ánimo muy conturbado y abatido.
Contagioso. — Dícese de las enfermedades que se pegan o comunican a los demás.
Contrarrestar. — Resistir, hacer frente y oposición.
Copo. — Porción de lana, cáñamo, lino, etc., dispuesto para hilarse.
Corcel. — Caballo ligero.
Cordial. — Afectuoso de corazón.
Correccional. — Establecimiento penal destinado a la corrección de ciertas faltas o delitos.
Cortesía. — Urbanidad, atención.
Crepúsculo. — Claridad que hay

desde que raya el día haya que sale el sol, y desde que éste se pone hasta que anochece.

Crónico. — Aplicase a las enfermedades largas o dolencias habituales.

Culminar. — Elevar, levantar.

Cultura. — Resultado de cultivar los conocimientos humanos, esto es, de dedicarse al estudio con reflexión y constancia.

D

Declive. — Pendiente, cuesta o inclinación del terreno o de otra cosa.

Deprimir. — Humillar, rebajar las buenas cualidades de una persona. Disminuir el volumen de una cosa por medio de la presión.

Desafuero. — Acto violento contra la ley. Acción contraria a la razón.

Desdén. — Menosprecio, indiferencia.

Desechar. — Reprobar, excluir, menospreciar, renunciar, no admitir, arrojar, apartar de sí.

Desenfado. — Desahogo, despejo, y desembarazo.

Desmañado. — Falto de maña o habilidad.

Desolado. — Afligido. Angustiado en extremo. Destruído, arrasado.

Despecho. — Malquerencia del ánimo. *A despecho:* A pesar de alguno.

Destello. — Resplandor vivo y de poca duración.

Desvarío. — Accidente que sobreviene a algunos enfermos, de perder la razón y delirar. Dicho o hecho fuera de concierto. Desunión.

Determinar. — Fijar los términos de una cosa. Señalar. Tomar resolución.

Detestable. — Aborrecible, pésimo.

Deudo. — Pariente.

Diadema. — Corona. Círculo de ramas o flores naturales o de metal precioso, con que se cifre la cabeza como adorno o señal de dignidad.

Diálogo. — Conversación hablada o escrita entre dos o más personas.

Dignidad. — Decoro y gravedad de las personas en la manera de hacer o decir las cosas. Cargo o empleo honorífico.

Dique. — Cosa con que otra es contenida o reprimida. Muro para contener las aguas.

Díscolo. — Indócil, perturbador.

Discreto. — De juicio recto, que tiene tacto para hablar u obrar.

Displicente. — Descontentadizo, de mal humor.

Don. — Gracia especial o habilidad para hacer una cosa. Dádiva o regalo.

Dosis. — Cantidad o porción de alguna cosa.

E

Eco. — Repetición de un sonido por el choque del aire con un cuerpo duro.

Efusión (con). — Con gran afecto o alegría.

Emblema. — Cualquiera cosa que es figura o representación simbólica de otra.

Embrollón. — El que produce enredos, confusión, maraña.

Emoción. — Agitación repentina del ánimo.

Empeñoso. — Llámase así al que hace una cosa con interés, con buen deseo.

Encarnijamiento. — Flaqueza, falta de carnes.

Endeblez. — Debilidad, falta de fuerza.

Engreído. — Envanecido.

Enseña. — Insignia, estandarte.

Ensimismado. — Abstraído. Véase *abstraído*.

Epidermis. — Membrana o parte exterior de la piel.

Episodio. — Incidente. Suceso enlazado con otros que forman un conjunto.

Equilibrado. — Se dice del hombre que piensa, siente y obra bien. Que no excede ni supera a otro.

Escozor. — Sensación dolorosa, como la que produce una quemadura.

Estrepitoso. — Que causa ruido considerable o estruendo.

Estridente. — Aplicase al sonido agudo, desapacible, chirriante.

Etiqueta. — Ceremonia en la manera de tratarse las personas.

Excelsior. — Llámase así lo *excelso*.

Excelso. — Muy elevado, alto, eminente.

F

Falda. — Parte baja de un monte.

Fatuo. — Falto de razón o entendimiento. Lleno de vanidad o presunción ridícula.

Felino. — Gato.

Férvido. — Ardiente.

Físico. — Se llama así lo material. El hombre que profesa la Física.

Flácido. — Flojo.

Flagelar. — Azotar.

Flota. — Escuadra compuesta de buques de guerra.

Foragido. — Delincuente, malvado que anda en despoblado huyendo de la justicia.

Forjar. — Formar, fabricar, inventar, fingir.

Frisar. — Tocar o rayar en, acercarse.

Fulgir. — Resplandecer.

Fulgor. — Resplandor y brillantez con luz propia.

Furibundo. — Airado, colérico.

Fútil. — De poca importancia o aprecio.

G

Galopo. — Bribón, pícaro

Gentil. — Gracioso, galán, brioso.

Germen. — Principio, origen de una cosa.

Gesticular. — Hacer gestos, esto es, mover el rostro de modo que exprese los afectos del ánimo.

Granadero. — Soldado de elevada estatura.

Granja. — Hacienda de campo, cercada de pared, a manera de huerta.

Grotescamente. — De modo ridículo y extravagante.

Gusarapo. — Nombre que se da a varios insectos pequeños.

H

Hada. — Ser fantástico que se representaba bajo la forma de mujer y al que se atribuía el don de adivinar lo futuro.

Halagar. — Dar a uno muestras de afecto con palabras o acciones gratas. Agradar, deleitar. Adular.

Hazaña. — Hecho ilustre, señalado y heroico.

Hebra. — Porción de seda, hilo, lana, etc., hilada, que para coser algo se mete por el ojo de una aguja.

Henchirse. — Llenarse.

Héroe. — Hombre ilustre y famoso por sus hazañas y virtudes.

Hex. — Lo más vil y despreciable de cualquier clase.

Himno. — Canto, o solo, compasi-

ción musical, para honrar a un grande hombre, o celebrar algún suceso memorable.

Holgar. — Comodidad, desahogo, bienestar.

Holocausto. — Sacrificio, acto de abnegación.

Homenaje. — Sumisión, veneración, respeto hacia una persona o cosa.

Horizonte. — Espacio circular de la Tierra, a que alcanza nuestra vista cuando miramos lo lejano.

Hosco. — Malhumorado, áspero, intratable.

Hucha. — Dinero que se ahorra y guarda. Vasija, comúnmente de barro, para guardar monedas.

Hueste. — Ejército en campaña.

Humano. — Que se compadece de las desgracias de los demás. Lo relativo al hombre.

Huraño. — Que huye y se esconde de las gentes.

I

Idiota. — Falto de entendimiento. Imbécil.

Imaginación. — Facultad del alma por la que vemos en nuestro interior las cosas reales o ideales.

Impenitente. — Que no quiere dejar de faltar.

Imperecedero. — Que no parece o muere.

Impertinente. — Que pide o hace cosas que son fuera de propósito. Que no viene al caso.

Impotente. — Que no tiene potencia, fuerza o poder para algo.

Impulso. — Acción o efecto de empujar para producir movimiento.

Impune. — Que queda sin castigo.

Incesantemente. — Sin cesar.

Indigente. — Falto de medios para pasar la vida.

Indulgente. — Que perdona fácilmente.

Inefable. — Que con palabras no se puede explicar.

Inercia. — Flojedad, desidia, falta de acción.

Inerte. — Flojo, desidioso, sin acción.

Inflexible. — Incapaz de torcerse o de doblarse.

Informe. — Que ha perdido la forma primitiva, muy usado.

Infraganti (cogido). — Sorprendido en el acto de faltar.

Infringir. — Quebrantar, faltar a las leyes, órdenes, etc.

Infundir. — Causar en el ánimo un impulso.

Inminente. — Que está para suceder prontamente.

Inmutable. — Que no es mudable.

Innato. — Que ha nacido con el mismo sujeto.

Intervalo. — Distancia que hay de un tiempo a otro o de un lugar a otro.

Intolerable. — Que no se puede tolerar.

Intuición. — Conocimiento claro y rápido de una idea.

Invocar. — Llamar en su auxilio.

Irisado. — Que muestra los colores del arco iris.

L

Lábaro. — Estandarte.

Labriego. — Labrador rústico.

Lacerado. — Lastimado, herido.

Latido. — Golpecito producido por los movimientos del corazón.

Lauro. — Gloria, alabanza, triunfo. Laurel.

Lazarillo. — Muchacho que guía y dirige al ciego.

Lealtad. — Cumplimiento de lo que exigen la fidelidad, el honor y la hembra de bien.

Legión. — Cuerpo de tropas. Gran número de personas.

Lejanía. — Distancia grande entre dos lugares.

Lerdo. — Torpe para comprender o ejecutar una cosa.

Lid. — Combate, pelea.

Lindero. — Línea que divide unas casas o heredades de otras.

Linfá. — Agua.

Lisiado. — Lastimado de una parte del cuerpo.

Lozanía. — Viveza y gallardía en el hombre y demás animales. El mucho verdor y frondosidad en las plantas.

Lucrar. — Obtener ganancia y utilidad.

Luctuoso. — Triste y digno de llanto.

M

Madreperla. — Especie de concha que contiene una o varias perlas.

Mágico. — Maravilloso, encantador.

Magnánimo. — Que tiene grandeza y elevación de ánimo.

Mancillar. — Manchar, deshonrar.

Mansedumbre. — Suavidad, apacibilidad del alma o en el trato.

Mascullar. — Hablar entre dientes o pronunciar mal las palabras, de modo que se entienda con dificultad.

Matiz. — Unión de diversos colores, mezclados con arte. De un modo determinado.

Mayordomo. — Criado principal.

Mayores (nuestros). — Los antepasados: padres, abuelos, etc.

Meditabundo. — Que medita, calla o reflexiona en silencio.

Meditar. — Pensar con gran atención. Discurrir.

Melancólico. — Muy triste.

Mensajero. — El que lleva un recado o noticia.

Merodear. — Vagar por el campo, viviendo de lo que coge o roba.

Moderar. — Templar, v. g: *Moderar la ambición, el precio, el calor*, etc.

Modosito. — Que guarda compostura en su conducta y ademanes.

Monotonía. — Uniformidad. Igualdad de tono en el habla, en la voz, en la música, etc.

Mucosa. — Se llama así la piel delicada y húmeda, por ejemplo, la del interior de la nariz, de la boca, etc.

Músculo. — Fibra carnosa del cuerpo animal, que produce el movimiento.

N

Naturalista. — Persona que cultiva la Historia Natural.

Nausea. — Basca, ansia de vomitar. Disgusto o fastidio.

Nutrición. — Aumentar la sustancia del cuerpo por medio del alimento.

O

Obcecación. — Ofuscación grande y duradera.

Ocaso. — Puesta del Sol o de otro astro. Decadencia, acabamiento.

Occidente. — Punto del horizonte por donde se pone el Sol.

Ocio. — Cesación del trabajo, inacción. Diversión.

Octogenario. — Que tiene de ochenta a noventa años.

Ocurrente. — Que tiene ocurrencias, este es, dichos agudos u originales.

Oneroso. — Pesado, mateado o gravoso.

Órbita. — Línea que describe un

astro, al dar una vuelta entera alrededor de otro.

Orlar. — Adornar las orillas de alguna cosa.

Ósculo. — Beso.

P

Palaciego. — Que asiste o sirve en un palacio. Cortesano.

Palatino. — Propio de los palacios.

Páramo. — Campo desierto, descubierto a los vientos, que no se cultiva y no tiene habitación alguna.

Pasarela. — Puente pequeño, generalmente de madera.

Pasión. — Inclinação excesiva hacia alguna persona o cosa.

Patriarcal. — Digno y santo dentro la sencillez.

Pavonearse. — Hacer una vana ostentación de su gallardía o de otras prendas.

Peregrino. — Extraño, especial, raro. Muy hermoso o perfecto.

Perenne. — Continuo, incesante, que subsiste largo tiempo.

Perforar. — Horadar.

Perla. — Bolita preciosa y muy estimada que se forma dentro de ciertas conchas marinas.

Pernicioso. — Muy dañoso y perjudicial.

Perseverar. — Continuar por largo tiempo.

Perspicaz. — De ingenio agudo, que todo lo penetra, que alcanza mucho.

Pía (obra). — Piadosa.

Piropo. — Lisonja, requiebro.

Pirrueta. — Cabriola, movimiento rápido de los pies, saltando o bailando.

Plácido. — Tranquilidad, sosiego.

Plantío. — Tierra en que se han plantado árboles, frutales o no,

en cantidad. Conjunto de estos árboles nuevos.

Plática. — Conversación.

Plausible. — Digno de merecer aplauso. Recomendable.

Polilla. — Gusanillo que roe la ropa u otras cosas.

Predecesor. — Antecesor, antepasado.

Predilección. — Preferencia.

Predio. — Heredad, hacienda.

Prematuro. — Anticipado, que ocurre antes del tiempo regular.

Prescripción. — Ordenación, señalamiento.

Prestigio. — Concepto favorable que alcanza a una persona.

Previsión. — Acción o efecto de prever, esto es, ver con anticipación lo que ha de suceder.

Proceloso. — Borrascoso, tempestuoso.

Proceso. — Causa criminal.

Pródigo. — Disipador, gastador, que consume su hacienda en gastos inútiles. Muy dádivo.

Progenitores. — Nuestros ascendientes, padres, abuelos, etc.

Prolijo. — Largo, dilatado, extendido con exceso.

Promontorio. — Monte o pedazo de tierra elevada que entra en el mar.

Protagonista. — Personaje principal de cualquier acción, comedia o drama.

Proverbial. — Muy notorio, muy común en una persona.

Provocativo. — Que excita, incita, induce a uno a ejecutar una cosa.

Q

Quimera. — Lo que a nuestra imaginación parece como posible o verdadero, no siéndolo. Pendeñencia, riña, contienda.

R

Ráfaga. — Movimiento violento, del aire. Golpe de luz vivo e instantáneo.

Redentor. — Que redime, esto es, que rescata o saca de la esclavitud.

Redimido. — Que ha sido rescatao o sacado de la esclavitud.

Regazo. — La parte del cuerpo comprendida entre la cintura y la rodilla.

Región cardíaca. — Parte del pecho del hombre en que está el corazón.

Rehacio. — Terco, porfiado.

Reincidir. — Volver a caer en un error, falta o delito.

Relación. — Correspondencia de una cosa con otra.

Reliquia. — Cosa digna de veneración.

Remanso. — Detención de la corriente del agua de un río, ribera, etc.

Repercutir. — Reverberar. Retroceder o mudar de dirección.

Repulsivo. — Despreciable.

Reputación. — Fama y crédito.

Resequido. — Dicese de una cosa que siendo húmeda por su naturaleza, se ha vuelto seca por algún accidente.

Resurgir. — Resucitar. Volver a surgir. (Véase *surgir*).

Retozón. — Saltar y brincar, jugar de alegría y contento.

Retraído. — Apartado del trato con los demás; que gusta de la soledad.

Rítmico. — Armoniosa combinación de palabras y pausas, que se observa, principalmente, en la poesía.

Rústico. — Tosco, grosero. Hombre del campo.

Ruta. — Itinerario de viaje.

S

Sabiduría. — Conocimiento profundo en ciencias, letras o artes.

Saburroso. — Se dice del estado de la lengua, cuando, por enfermedad del estómago, aparece cubierta de una materia gris o negruzca.

Santabárbara. — Paraje de los buques de guerra donde se guarda la pólvora.

Saturar. — Disolver en un cuerpo líquido o húmedo, la cantidad de otra substancia que pueda admitir.

Secuela. — Consecuencia.

Senado. — Cuerpo legislativo. *Legislar:* hacer leyes.

Sendero. — Camino.

Sestear. — Pasar la siesta durmiendo o descansando.

Siluetta. — Retrato de una cosa sólo por su perfil.

Silvestre. — Criado sin cultivo en selvas o campos.

Similar. — Que tiene semejanza.

Sincero. — Puro, veraz, sencillo.

Sinsabor. — Pesar, desazón, disgusto.

Sisa. — Pequeña parte que se hurta.

Solariega (casa). — La más antigua y noble de una familia.

Solazarse. — Darse gusto, placer, esparcimiento, recrearse.

Solemnidad. — Festividad eclesiástica.

Soplo. — Aviso que se da en secreto y con cautela. Delación.

Sopor. — Sueño producido, generalmente, por alguna enfermedad.

Sublimar. — Engrandecer, exaltar, ensalzar.

Sublime. — Excelso, eminente, de elevación extraordinaria.

Supplicio. — Castigo, pena que se da al delincuente. Grave tormento o dolor físico.

Supremacía. — Superioridad.

Surgir. — Surgir.

tar, apa
violencia

Sutil. —

Agudo, p

Tapia. —

Tenaz. — F
pósito.

Teoría. — O

en que se
te de un
de la luz.

Terquedad.

ción, porf

Tradición.

antigua qu
mente de p

Tremebundo.

hace tembla

Tul. — Tejido

seda, algodón

Tullido. — El

dido el movi
o el de un mi
de un acciden

Turbulento. —

ordenado.

Ufano. — Satisf

tento. Envanecido.

Umbroso. — Que tiene sombra.

V

Vacilar. — Titubear. Estar poco

firme en una cosa. Moverse un
cosa.



so. — Que vaga o que fá
te o de continuo se mueve
a otra parte. Tardo, pe
o pausado.

Avanzada. — Parte más avan
un ejército o armada.

— Azotar.

— Persona descendiente

Ramo tierno que brota
o planta.

— Cerca de.
Huerto o jardín ameno.

— Que da o padece

Muy antiguo
Alternativa de suce
o adversos.

El que padece daño
otro o por una cosa.

— Que tiene fuerza

— dtarra.

— Que se inclina al
po, que lo inspira

— dr.

— superior que

— obedecer.

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—



DENTRO
 MANTENEDOSE
 UNIA TLANTICO





DALMAU CARLES, P.L.A. S.A.
EDITORES
GERONA